

EL ORIGEN DE LA RAZA INDÍGENA
DE LAS
ISLAS CAROLINAS

POR EL
P. A. J. BARREIRO

O. S. A.
DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES

Trabajo presentado en el Congreso de las Ciencias de Sevilla
celebrado durante los días 6 a 11 de Mayo de 1917.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID
IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 3.
1920

I

PRELIMINARES

Hace algunos años publicamos un estudio antropológico en el cual investigábamos e hicimos notar las relaciones existentes entre la raza malaya que habita las Islas Filipinas y sus lenguajes respectivos. El examen comparativo de aquellos idiomas y de los que se hablan en Java, Sumatra, en la mayor parte de las islas polinesias y en Madagascar, nos convenció plenamente del parentesco estrecho que ligaba a todos ellos. Eran indudablemente ramas de un mismo tronco y conservaban al través de transformaciones, más o menos hondas, el sello de su filiación filológica. Esta circunstancia hizo resaltar a nuestra consideración un hecho que, a pesar de respetables opiniones de algunos filólogos, no carece de importancia etnográfica. Es éste. El idioma de la isla de Yap y de casi todas las que componen el Archipiélago Micronesio, es decir, de Carolinas y Palaos, aparecía completamente distinto de todos los demás que habíamos estudiado. Dentro de la categoría lingüística ocupa ciertamente un puesto que se aproxima al de aquellos, mucho más que el correspondiente a los idiomas indoeuropeos. Pertenecen las lenguas malayas y polinesias al tipo aglutinante, y el carolino, si en rigor no cabe afirmarse de él que encaja exactamente en dicho tipo, se halla fuera de duda, que puede calificarse de *semiaglutinante* y por consiguiente, que es de un grado muy próximo, bien que inmediatamente inferior. Ahora bien, en presencia de semejante fenómeno que bien puede calificarse de anómalo en el aspecto lingüístico y aun etnográfico, según haremos ver oportunamente, más de una vez nos hemos hecho estas preguntas; ¿por qué el pueblo carolino enclavado, por decirlo así, en medio de la Polinesia, ha de hablar un idioma que difiere tan profundamente del idioma de aquellos otros que le rodean y que precisamente conservan el módulo malayo y por ende la comuni-

dad lingüística, a pesar de observarse en muchos de ellos un alejamiento del centro que podríamos llamar de irradiación filológica, mucho mayor que el de los micronesios?. ¿Dónde se encuentra el tronco lingüístico del cual es rama el idioma carolino? ¿Cabría caso de hallarlo, rastrear el origen y procedencia de ese pueblo, o, al menos de parte de él, guiados por semejante indicio, sin dar, desde luego al olvido, otros caracteres que pueden servirnos en el caso de poderoso auxiliar para conducirnos a una solución del problema, si no completamente satisfactoria, a lo menos con bastante visos de probabilidad?

Estas consideraciones nos han estimulado a realizar algunas investigaciones que tuvieron por primera base varias de las lenguas del Idostán e Indochina principalmente de la península de Malaca. Opinan etnógrafos muy distinguidos que las regiones dichas fueron centros principales de inmigración que enviaron a Oceanía la mayor parte de sus pobladores, y en sus idiomas respectivos creímos poder encontrar alguno cuya construcción gramatical y lexicográfica tuviese a nuestro parecer una factura capaz de revelarnos un parentesco inmediato con el idioma hablado por el pueblo carolino. Hemos de confesar que nuestra empresa no tuvo por este lado éxito alguno. Nada pudimos ver en aquéllos, que, a nuestro juicio, indicase relación aproximada con el idioma en cuestión. Tampoco fuimos afortunados al extender nuestras exploraciones a las principales lenguas de América del Sur. Aun insistimos en nuestros propósitos buscando en las lenguas mejicanas la solución deseada. ¿Hemos sido aquí más favorecidos por la suerte? Nos parece que sí y nos proponemos demostrarlo después. Ligada estrechamente a esta cuestión filológica, hay otra de carácter etnográfico relativa al origen y primitiva procedencia de una parte del pueblo carolino, que asimismo vamos a tratar apoyados en la primera. A este comenzaremos el trabajo ajo por unos preliminares geográficos e históricos de Carolinas; pasaremos después a describir los caracteres físicos, los usos y costumbres de esa raza y finalmente haremos ver las estrechas afinidades existentes entre el idioma carolino y algunos de Méjico basando sobre todo ello nuestra opinión acerca del origen americano de dicha raza o por lo menos, de parte de sus elementos.

II

Ojeada geográfica e histórica sobre las islas Carolinas.

Las islas Carolinas abrazan dos grupos, uno de ellos formado por los Archipiélagos de Marshall y de Gilbert y otro por Hogoleu e islas inmediatas de Namoutouk, Namouito, Namourekste, o Carolinas propiamente dichas, y las Marianas y Palaos. El primer grupo citado ha recibido de los geógrafos el nombre de Carolinas orientales; al segundo se le ha designado con el de Carolinas occidentales. Uno y otro están habitados por pueblos hermanos de procedencia idéntica, pero el segundo nos merece especial atención, por haber formado parte de las posesiones españolas del extremo oriente. Un azar de la suerte quiso que aquellos islotes perdidos allá en las soledades del Pacífico fuesen el único jirón que el tratado de París dejó en nuestro poder, al despojarnos de las Filipinas en 1898.

La extensión de las Carolinas españolas fué calculada por algunos en 700 kilómetros cuadrados; y el número de islas era de 652. Sus habitantes ascendían a 100.000 según algunos geógrafos, mientras que, en sentir de otros, no pasaban de 33.000. Muy próximas a éstas y en dirección Norte se hallan las islas Marianas que son 16, con una extensión de 1.400 kilómetros cuadrados y 1.400 almas de población.

Finalmente citaremos las de Palaos al occidente de las Carolinas con 200 islotes cuya superficie sólo alcanza 750 kilómetros cuadrados. Los habitantes eran hace algunos años alrededor de 14.000. El clima es tropical. La fauna poco abundante y en su flora se citan algunas palmáceas; como el cocotero y especialmente el Arbol del Pan o *Artocarpus incisa* de la artocarpáceas. Algunas islas están constituidas por rocas de origen volcánico; otras son madreporicas.

La historia de las Carolinas tiene para España recuerdos poco gratos por más de un concepto: podemos afirmar por desgracia, que nuestra patria cosechó del dominio sobre aquellas posesiones, muchos sin sabores y ninguna ventaja.

En los sucesos que brevemente vamos a reseñar, aparece muy de relieve el carácter de aquel pueblo y son para nosotros una en-

señanza útil que marca diferencias notables entre el genio levantisco y agresivo del indígena carolino, equivocadamente calificado por algunos de dulce y noble, y el de aquellos pueblos que ocupaban nuestras restantes posesiones de la Malasia.

Las primeras tentativas de evangelización y conquista de las Carolinas para España, fueron llevadas a cabo por los benéritos PP. de la Compañía de Jesús, y constituirán siempre para ellos una página de gloria.

En 1708 salió de Manila para Yap una expedición mandada por el capitán general de Filipinas. En ella iba el P. Bobadilla con el propósito de evangelizar a los habitantes de dicha isla: pero las tempestades no sólo hicieron imposible la llegada a ella, sino que impidieron hasta avistarla. Se repitió la empresa al siguiente año y el éxito fué igualmente desgraciado.

En 1710 insiste de nuevo aquel misionero intrépido y le acompañan en viaje tan arriesgado los PP. Duberon y Castel. Consiguen por fin acercarse a Palaos, y antes de que pudiese la nave dar fondo, saltan en un bote a tierra y se internan sin esperar más. La nave tiene que hacerse de nuevo a la mar ante la imposibilidad de sostenerse en el fondeadero y los Padres quedan allí abandonados, sin que haya vuelto a tenerse noticia de ellos.

En 1711 se dió a la vela en el puerto de Manila la cuarta expedición, destinada principalmente a prestar auxilio a los Padres citados, y una tempestad sepultó al navío en el mar, pereciendo todos sus tripulantes.

Resultados tan desastrosos, no pudieron menos de causar hondo desaliento en las autoridades españolas, las cuales abandonaron durante algunos años una empresa que, a juzgar por el testimonio de tristísimas experiencias, merecía, con justicia, el calificativo de temeraria.

El recio temple de aquellos espíritus aventureros y la fe y celo inquebrantable, de los heroicos hijos de San Ignacio, insistieron todavía en semejante empresa, pretendiendo el P. Cantova pasar en una embarcación pequeña a Palaos, desde las islas Marianas donde se hallaba; pero también esta vez salieron a su encuentro las embravecidas olas del mar a merced de las cuales estuvo por muchos días la débil barquichuela, que vino por fin a estrellarse en las costas de Filipinas, perdiendo la vida cuantos la ocupaban, con la excepción única del P. Cantova.

Increíble parece que, apesar de su probado temple, conserva-

sen alientos aquellos corazones, verdaderamente magnánimos, ni aun para proyectar nuevas tentativas y sin embargo nos asegura la historia que no solamente las proyectaron, sino que se lanzaron a ellas con inquebrantable decisión. No solo tuvo arrestos el P. Cantova para regresar de nuevo a Marianas, sino que dos años después o sea en 1731, otra vez volvió a embarcar con rumbo a Palaos llevando por compañeros al P. Victor Walter. La Providencia divina coronó en esta ocasión sus esfuerzos, consiguiendo llegar primero, al grupo Uluti y después a la Isla de Yap en el archipiélago carolino. Allí se instalaron y permanecieron durante algunos meses en la isleta de Mogmog morada entonces del Tamol o reyezuelo y en la de Falalep que a distancia de la anterior les ofrecía terrenos laborables y agua de beber.

El P. Cantova remitió enseguida al P. Provincial Pedro de la Hera, un mapa esquemático en que aparecen treinta y seis islas, que demoran al sudeste de las Marianas, todas pequeñas y solo ocho pobladas. «Estoy en el cuidado de juntar toda la gente en una o dos islas, pero no puede ser luego y es menester ir con el pie de plomo. Así estas islas como otras muchas de este Archipiélago, están sujetas al rey de Yap, isla grande y muy poblada que demora al Vessuduesto de estas islitas en distancia de unas cincuenta leguas.»

La conducta de los carolinos aparentemente sumisa y leal, y la complacencia con que recibieron a los misioneros y asistieron a las primeras enseñanzas, hicieron concebir al citado Padre esperanzas muy halagüeñas; pero desgraciadamente vinieron a desvanecerse antes de lo que él sospechaba.

En la misma carta al P. Pedro la Hera, aparece una posdata muy significativa. Alvierte en ella el P. Cantova que próxima ya la hora de embarcarse para Marianas, con el fin de agenciar socorros, observó notable mudanza tanto en los indios como en el Tamol de aquella isla. «He reconocido que tienen el ánimo muy alterado así que llegaron aquí unas barcas de la Carolina en las cuales vino un indio de las islas de Ulié que ya estuvo en Guahan y presumo que este mozo ha llenado los oídos a esos naturales con los muchos trabajos que tienen en Marianas los indios.» En vista de esto, prefirió el citado Padre mandar a Marianas al P. Víctor Walter, quedándose él allí para vigilar la conducta de los indios y evitar, en lo posible, con su prestigio personal cualquier alzamiento que pudiera ocurrir.

Parece que al pronto se lograron los deseos del previsor misionero; mas desgraciadamente no transcurrió mucho tiempo sin que viese confirmados sus presentimientos anteriores. Algunos meses después, hizo una visita a la isla de Mogmog y allí fué sorprendido en completa indefensión y villanamente asesinado por los carolinos, quedando, con esto, reducida a escombros la conquista de aquellas gentes para la dominación española, y sobre todo, la obra de la predicación evangélica acometida, con tanto celo y entusiasmo, por aquellos apóstoles intrépidos.

Cuando al poco tiempo regresó de Manila el P. Víctor Walter, desempeñada la misión que se le había confiado, encontróse ante la desconsoladora nueva del trágico fin de su amado compañero, y lleno de gran amargura abandonó definitivamente aquella meritoria empresa, comenzada en medio de tantas penalidades, continuada a fuerza de costosos sacrificios y destruida por la perfidia de los carolinos, al quitar villanamente la vida al inerme P. Cantova. ¡Misterios de la Providencia!

La obra de la evangelización de Carolinas y de su atracción a España quedó entonces suspendida por tiempo indefinido; mas las relaciones con los carolinos continuaron de una manera indirecta, desde las islas Marianas.

Durante la primera mitad del siglo XIX las Carolinas y Palaos fueron objeto de numerosas visitas y exploraciones por parte del capitán de navío Kokrbus, de nacionalidad rusa, 1819; de Freycinet, comandante del *Urania*, 1819; de Mr. Duperrey, que mandaba la *Coquille*, 1824; de Dumond D'Urville, a bordo del *Astrolabio*, 1826; y posteriormente, en 1828, de Lutke, capitán del navío ruso *Semavine*, y en 1838; del capitán de la fragata francesa *Donaide*, que arribó a dichas islas poco después y de algunos navegantes más que no citamos.

A partir de la época arriba mencionada los carolinos figuran repetidas veces en la historia de la dominación española en aquellos países del extremo oriente. Desde el año 40 hasta el 70 fueron visitadas con alguna frecuencia esas islas por los navíos encargados de la persecución de los piratas. Desde la última fecha, los gobernantes de la Metrópoli parecen olvidarse de los derechos de España a los referidos territorios, y de los grandes sacrificios que en anteriores épocas se habían prodigado, a fin de ganar a sus habitantes para la religión y para la patria.

A mediados del siglo los barcos europeos arriban allí en busca

de la copra, y en 1865 establécese la primera factoría. Su presencia y las ambiciones de algunos agentes comerciales motivaron abusos cometidos con los carolinos y acarrearón a las autoridades españolas de aquellas islas muchos y serios conflictos.

Puede afirmarse con toda verdad que los Estados Unidos de Norte América dieron entonces principio en las islas Carolinas a la obra de expoliación, que terminaron definitivamente en el tratado de París de 1898.

En 1887 se vió precisado el gobernador de Carolinas, Sr. Posadillo, a poner a disposición de la suprema autoridad española en Filipinas al misionero protestante norteamericano Mr. Decane, «acusado, dice D. Anacleto Cabeza, de desconocimiento de la soberanía de España, falta de respeto a la autoridad y falsificación de documentos públicos.» A los quince días de esto tenía lugar la sublevación de los Kanacas en los distritos de Chocat y Not, y el cobarde asesinato de dicho gobernador y de casi toda la guarnición. Aunque nada quiso probarse, dice el autor citado, en el ánimo de todo el mundo estaba que aquélla fué la causa de dicha rebelión y que a ella no fué indiferente Mr. Rand, que se encontraba entonces en dicha isla, sustituyendo a Mr. Deoane.

Se mandó por el capitán general de Manila, Sr. Terreros, una expedición militar a las órdenes del enérgico comandante Díaz Varela, a la que acompañó el nuevo gobernador de Carolinas, capitán de navío D. Fernando Cadarso, que algunos años después había de sucumbir gloriosamente en el combate naval de Cavite bajo el fuego de aquellos mismos que antes habían motivado su nombramiento para representante de la autoridad española en las citadas islas micronesias.

Influencias extrañas hicieron ineficaz aquella prudente medida, y la expedición enviada, lejos de lograr su objetivo natural imponiendo severo castigo a los rebeldes, hubo de concretarse a un simple pasco militar, quedando por consiguiente impunes cuantos crímenes habían sido perpetrados en aquella isla, contra los hijos de España.

Para mayor sarcasmo, no tardó en ser restituido a Carolinas el tristemente famoso Mr. Deoane, llegándose al extremo, verdaderamente inconcebible de utilizar su nefasta influencia para apaciguar los ánimos de aquellas gentes y reducirlas a la obediencia de las autoridades españolas.

Imposiciones diplomáticas del Gabinete de Wáshington en-

contraron en este caso una sumisión inexplicable en nuestros débiles gobernantes, quienes hacia ya tiempo que se precipitaban por la pendiente que conducía a no lejana catástrofe, dictando medidas que habían de abreviar los días de la dominación española en sus posesiones del extremo oriente.

Aprovechando una calma tan sólo ficticia, dispuso el gobernador de Carolinas la construcción de un fuerte, de una iglesia, de casa-misión para los Padres Capuchinos (a quienes poco antes había sido encomendada la conquista espiritual de aquellos indios) y por último, de un camino que enlazase los puertos de Santiago y Kiti; pero aún no se había hecho la inauguración oficial de las obras citadas, cuando surge de nuevo la figura, tristemente célebre, del maquiavélico Deoane, alzando su voz de protesta contra las órdenes de las autoridades legítimas, por medio de los metodistas americanos a quienes había él prevenido de antemano, antes de partirse para los Estados Unidos. Pocos días habían transcurrido, y acaccian la nueva sublevación de los carolinos y el infame asesinato del infatigable teniente Porras y de casi toda la guarnición española, con la aquiescencia criminal de los citados metodistas, sabedores de toda la trama y hasta de la fecha en que debía realizarse el atentado.

D. Valeriano Weyler a la sazón capitán general de Filipinas envió inmediatamente desde Manila, fuerzas militares con órdenes terminantes de imponer duro castigo a los autores de tamañas felonías, pero como observa muy bien D. Anacleto Cabeza, médico militar y narrador de aquella expedición (1) las tropas hubieron de sufrir grandes penalidades antes de alcanzar el objetivo de su viaje. La falta de caminos las obligó a una marcha penosísima al través de manglares, hundiéndose hasta la rodilla en el barro y en medio de una lluvia torrencial, y así tuvieron que vencer la tenaz resistencia de los carolinos que, por cierto, se hallaban perfectamente armados y atrincherados.

Con esto puede decirse que termina la intervención de España en las islas Carolinas cedidas algunos años más tarde al imperio alemán mediante el pago de veinte millones de pesetas, ¡menguado precio de tantas heroicidades, sacrificios y amarguras!

Hoy vuelven de nuevo aquéllas a desempeñar el triste papel de

(1) Por nuestra parte recordamos aún perfectamente el relato detallado de esta operación, que oímos, más de una vez, de labios del entonces capitán D. Juan Luis Gabucio Maroto, testigo presencial y actor en aquélla.

manzana de discordia al incautarse de ellas la nación japonesa con motivo de la ruptura de relaciones de ésta con Alemania. ¡Lamentable destino que, como a ciertos pueblos, parece perseguir también a determinados territorios! ¿Será esta la última vez que aquellos islotes surjan de nuevo como objeto de codicia y causa de lucha entre las naciones?

III

Caracteres físicos del pueblo carolino oriental: Religión y creencias, usos y costumbres.

Mr. Blanchard, etnógrafo de la segunda expedición del «Astrolabio», escribe lo siguiente con referencia al asunto en que vamos a ocuparnos (1): «Los navegantes que desde hace un siglo han recorrido la Oceanía nos han dejado descripciones exactas y detalladas; han estudiado sus hábitos y costumbres, y al formar vocabularios en las diversas islas lograron darnos a conocer la lengua polinesia y sus numerosos dialectos. Hoy día los pueblos oceánicos nos son ya bien conocidos, tal vez mejor que muchos del antiguo continente.» Prescindiendo del escaso valor que cabe atribuir a las campañas lingüísticas de los viajeros citados, reducidas todas ellas a catálogos muy breves de términos tomados al azar, las palabras de Blanchard encierran por lo demás un fondo de verdad muy grande; pero eso mismo hace que resalten más las dudas y vacilaciones de los etnógrafos cuando pasan de la descripción detallada y minuciosa de los usos y costumbres de esas razas al estudio de su origen y caracteres físicos. Esto ha dado lugar a una divergencia de opiniones que aparece, bien a las claras, en los calificativos aplicados por los autores para denominarlos.

Dumond D'Urville designó a los carolinos con los nombres de *micronesios*; Quoy y Gaymard los llamaron *raza amarilla de Grande Océano*; M. Lesson, *mongoles pelásgicos*; Desmoulins, *carolinos (especie malaya)*; Bory de Saint-Vincent, *raza oceánica (especie neptúnica)*, etc.

El Almirante D'Urville atribuye un origen común a los carolinos y a los oceánicos orientales. Fíjase para esto en el tinte de la

(1) *Voyage au Pôle Sud. Zoologie*. Vol. II, pág. 1.

piel, la negrura del cabello, formas del rostro más afilado que oval, formas corporales flexibles y airosas, tomando también en cuenta ciertos usos y costumbres. Apesar de todo esto sostiene el marino citado que no debe confundirse etnográficamente a polinesios y carolinos. Estos, según él, tienen el color más obscuro, ojos menos salientes y formas de una esbeltez superior a la de los otros. De aquí el considerarlos como raza especial a la que denominamos *raza micronesia*.

En oposición a esta tesis, sostuvo M. Lesson que la raza carolina era de origen mongólico. Los motivos que le decidieron a opinar así fueron la manifiesta oblongidad de los ojos, la estrechez de la frente y el color amarillo de limón, observados por él en algunos individuos de esas islas.

Quoy y Gaimard incluyeron a los carolinos en la *raza polinesia* que, según ellos, pobló las islas todas de la región Sur, siguiendo a Forster, etnógrafo de una de las expediciones de Kok. «Las islas de los Ladrones y las Carolinas recientemente descubiertas, decía Forster, están habitadas por una raza de hombres que ofrece gran semejanza con la raza primitiva del mar del Sur. La talla, el temperamento, los usos y las costumbres, todo denuncia gran afinidad, y en sentir de algunos escritores se parecen casi por completo a los tagalos de Luzón o de Manila».

Lo mismo defendió Chamizzo. «La raza de estos insulares, decía, refiriéndose a los carolinos, es idéntica a la que puebla todas las islas del Grande Océano».

El capitán Lutke los describe de la manera siguiente: «Sus ojos grandes y salientes, sus labios gruesos y su nariz achatada, presentan notable contraste con la fisonomía de los japoneses y chinos y, al contrario, gran conformidad con los naturales de Tonga, de Sandwich, conformidad que según hubimos de observar se extendía a todo su exterior».

«El color castaño de su cuerpo no se oculta ni aun bajo la capa de polvo amarillo con que acostumbrañ teñirlo».

«En resumen, se parecen más a los habitantes de Tonga que a otros insulares».

Dumond D'Urville reconoció en 1824 a bordo de la *Coquille* las islas de Drumond y Sydenham del Archipiélago de Gilbert, y describe a sus habitantes como individuos de color obscuro, talla mediana y rasgos poco agradables, es decir, como legítimos micronesios; mas este tipo no era predominante en los puntos citados.

El capitán Marshall, dice haber observado en la isla de Hender-ville una raza de hombres vigorosos, bien formados de *color co-brizo*, cabellos negros y largos, cejas muy pobladas y el cuerpo pintado de blanco. Cuando D'Urbille los contempló de lejos creyó que estaban completamente desnudos.

Los indígenas de la isla de Byron eran de elevada estatura, cabellos largos, tinte obscuro y barba poco abundante, según Gaulding. Blanchard afirma de los naturales de las islas Mulgraves, que presentan el tipo legítimo de los polinesios, y Rotzebue y Chamizzo observaron en los pobladores de las islas del grupo de Odia, que sin ser notables su estatura y fuerzas físicas, eran ágiles y bien formados; de cabellos negros y largos y barba rala que dejaban crecer.

Religión, usos y costumbres de los carolinos orientales. —Las ideas religiosas de aquellos pueblos siempre han sido muy confusas. Carrecieron siempre de culto externo, pero profesaban la creencia en dos espíritus, uno bueno y otro malo, ambos con suficiente poderío para ejercer influencia en los hombres según la naturaleza respectiva de cada uno de ellos. También existía entre éstos la ley prohibitiva de acercarse a ciertos sitios o de tocar objetos determinados, como por ejemplo algunos árboles. Esa ley, denominada *tabú* en la Malasia y Polinesia, recibía entre los carolinos el nombre de *pennant* que significa *defendido*.

Poseían asimismo el consolador dogma de otra vida y el culto a las almas de los muertos.

Dumont D'Urbille nos pinta a los carolinos como pueblo de costumbres apacibles y carácter suave, mas los relatos de otros viajeros demuestran, por el contrario, que dichas cualidades eran sólo aparentes.

Blanchard afirma de los habitantes de Kotzebue que eran guerreros y además antropófagos, y Chamizzo dice lo mismo de los indígenas del grupo Odia. Sus armas predilectas eran la lanza, la maza y la honda.

Existía entre ellos la bárbara costumbre de enterrar vivos a todos los hijos que nacían después del tercero, según refirió el carolino Kadon a los tripulantes del *Astrolabio*.

En algunas islas no usaban los carolinos orientales otra indumentaria que un taparrabos de hojas de palma secas.

En la isla de Byron los hombres andaban completamente desnudos; las mujeres ceñían un ligero cendal a la región media del

cuerpo. En la isla de Woodle observó D'Urbille que aparecían desnudos hombres y mujeres.

El cabello negro, largo y abundante, lo recogían y ataban en la región superior de la cabeza los habitantes de las islas Mulgraves, y en la posterior los del grupo Ochia. Estos mismos tenían la costumbre de perforarse los lóbulos del pabellón de la oreja y de agrandarlos después colocando en ellos anillos de *pandanus* o de escamas de tortuga.

Tatuaje.—El tatuaje fué costumbre observada en los pueblos de la Oceanía, con diferencias más o menos notables de unas a otras islas. En la mayoría de las islas de la Polinesia se tatuaban hombres y mujeres todo o casi todo el cuerpo, observándose que practicaban esa operación con singular finura y elegancia. En las islas Mulgraves lo practicaban de idéntica manera los hombres; las mujeres sólo en la espalda y en los brazos. En la isla de Byrm el tatuaje era privilegio sólo de algunos hombres.

De los indígenas de las islas Sydenham eran asimismo pocos los que practicaban un tatuaje, por cierto muy delicado, y sólo en los muslos. Finalmente, no se conocía esa costumbre entre los naturales de la isla de Drummond.

Otra particularidad hemos de citar aún en los carolinos orientales, y es la del teñido del cuerpo. Según Lutke, en varias de estas islas lo hacían con polvo amarillo a diferencia de los polinesios de Henderson, quienes, dice Marshall, que se pintaban de blanco.

En cuanto a su constitución social era semejante a la de los carolinos occidentales, de la que hablaremos después. Su principal ocupación era la pesca, que llevaban a cabo en piraguas de construcción muy esmerada, y constituía la base de su alimentación.

Existía allí la costumbre del saludo entre el hombre y la mujer mediante el frotamiento de la nariz, pero sólo se verificaba en secreto. También tenía lugar el cambio de nombres en testimonio de amistad, según lo testifica el capitán Lutke, quien refiere haberse realizado dicho cambio entre él y el jefe indígena *Nena*.

IV

Caracteres físicos de los carolinos occidentales.

Las primeras noticias concretas acerca de las Carolinas Occidentales se hallan consignadas en la relación del P. Cantova, de fecha 1731. Posteriormente han sido visitadas las Carolinas Occi-

dentales en 1828 por el capitán ruso Lutke, a bordo del *Semavine*, y la historia de este viaje contiene datos interesantes acerca de aquellas gentes. En 1839 arribaron a Yap o Uap las naves que componían la expedición mandada por Dumont D'Urbille, entre ellas el *Astrolabio*, y después de explorar esta isla, continuaron sus trabajos en las restantes del grupo, anotando numerosas e interesantes observaciones, consignadas en los respectivos diarios del citado D'Urbille, del comandante Jacquinot y de los oficiales M. Debouzet y M. Roquemaurel.

En fecha más reciente han sido visitadas y estudiadas algunas de estas islas por compatriotas nuestros, entre los cuales merecen especial mención el médico militar D. Anacleto Cabeza y el señor D. José Montes de Oca. Uno y otro nos han dejado los frutos de sus meritorios trabajos en las conferencias por ellos pronunciadas ante la Sociedad Geográfica de Madrid en los días 24 de noviembre de 1891 y 4 de abril de 1893, respectivamente (1).

También el Dr. Antón, profesor de Antropología en la Universidad Central, se ocupó brevemente del origen de los carolinos con motivo de un estudio consagrado a dos indígenas de aquellas islas, venidos a España con motivo de la Exposición Filipina de 1888.

Ultimamente, en 1906, apareció en la Revista *Globus* un estudio de M. Seufft acerca del mismo asunto. A él haremos referencia después.

Las observaciones de D'Urbille y compañeros, se refieren al Archipiélago de Hogoleu, y en ellas se describen los caracteres más salientes de los indígenas de dicha región. Son, dice M. Blanchard, de estatura regular, bien formados y bien proporcionados. Sus rasgos nada tienen de toscos. Al igual de los polinesios poseen ojos negros y horizontales, nariz ancha, muy poco aplastada, bellos dientes, cabello negro y liso, recogido y sujeto en la parte posterior de la cabeza. Usan peines largos y estrechos, de madera, teñidos de amarillo, y se adornan con plumas.

Puede afirmarse que, atendiendo a su exterior, ocupan los carolinos de Hogoleu un lugar medio entre los malayos y los polinesios.

M. Roquemaurel comparte esta opinión y añade, además, que su rostro de ellos es algo aplastado, la frente derecha y ligeramente

(1) Han visto la luz pública en el vol. I del *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* de 1893.

deprimida sobre los temporales, la nariz pequeña, el labio superior y los pómulos un tanto salientes, la barba rala.

El médico militar D. Anacleto Cabeza dice haber visto entre los habitantes de Ponapé, «dos tipos completamente opuestos que parecían más bien representantes de ramas distintas, que hijos de un mismo tronco. Así, los unos, tienen los pómulos salientes hacia adelante, lo que da a la cara una forma ovalada y larga, y los otros, los tienen dirigidos hacia los lados, y según su separación sea mayor, así la cara resultará ancha y aplastada. El color varía en grande escala: *bronceado más o menos obscuro* en unos, *cobrizo, tirando a amarillento*, en otros, parece ser una mezcla del castaño aceitinado o amarillo verdoso en muchos, teniendo los de cara larga un moreno obscuro muy subido que alcanza en algunos al 29 de Broca. La cabellera siempre negra, espesa, fuerte y abundante, más o menos lisa en muchos, es rizada en algunos, y llega a ser crespa en otros.» Los datos consignados por este autor acerca de la barba, ojos, labios, frente, nariz y proporciones de los miembros, coinciden en el fondo con los indicados por Blanchard y compañeros, aunque aparecen mucho más completos que los recogidos por estos autores.

D. José Montes de Oca da de los pobladores naturales de Yap esta descripción, que concuerda bien con la precedente: «El aspecto, en general, es simpático y no desagradable; son bien formados, pero no fuertes; de complexión ligera y elegante; estatura regular; color variando en intensidad, pero nunca más obscuro que el de los indios filipinos y *más semejante al de los mulatos americanos*; ojos grandes, negros, expresivos y de forma regular, quizás más anchos que el de los europeos; nariz pequeña, alguna vez poco fina, pero jamás chata, ni de aspecto feo; boca grande; labios gruesos y dientes negros por el uso constante del buyo; el pelo abundante, negro, mate, liso, ondeado o rizado y poca barba y vello; la conformación de la cabeza buena, y el óvalo de la cara más ancho que entre nosotros.»

El capitán Lutke atribuye los mismos rasgos a los de Lougonor, con excepción de la talla, que califica de superior a la ordinaria. El mismo autor exploró las islas de Namoutouk, Namonouito, Namorek, Ifalouk, Ouleaf, Mourileu y Fananou; y finalmente Mogmog, y dedujo que los naturales de ellas presentaban, con pequeñas diferencias, la misma fisonomía e iguales notas exteriores que los primeros.

Mr. Gaimard visitó en el «Viaje del Urania», las islas de Poulousouk, Poulouhot, Tamatam, Ollap, Fanadik, Satahoual, Gouliap, Goulimaro y Loamourek. Sus descripciones concuerdan en absoluto con las arriba transcritas.

Con referencia a las de Yap y Palaos, afirma Mr. Blanchard que no existía fundamento alguno para diferenciarlos de los restantes arriba mencionados. Sin embargo, el oficial M. Debozuet encontró a los habitantes de las segundas, muy inferiores a los demás carolinos en el aspecto físico, debido sin duda a la influencia de sangre papua en ellos existente.

También llama la atención lo que escribió Lutke acerca de las diferencias verdaderamente notables que asegura haber observado entre los indígenas de Ponapé y los demás carolinos; pero esas diferencias, originadas de cruces con los papuas, distaban mucho de ser comunes a todos aquellos habitantes, en los cuales observó rasgos fisonómicos y caracteres antropológicos iguales M. Blanchard de la expedición del *Astrolabio*.

Religión, usos, costumbres y organización social de los carolinos occidentales.

Las noticias más antiguas que se conocen acerca de la religión y creencias de los carolinos occidentales encuéntrase en la ya citada carta del P. Cantova, de fecha 1731. «Tocante a sus creencias, dice refiriéndose a ellos, son puros gentiles, y creen que hay varios espíritus que llaman *Eluz*, de los cuales temen y esperan, pero solamente cosas temporales, porque ignoran completamente lo que nos espera en la otra vida. Y aunque dicen que las almas después de desatadas del cuerpo van al infierno, no saben en qué últimamente paran, ni qué cosa es el infierno. Tienen algunas oraciones para rogar a su *Eluz* que les dé mucha Tuba, Vimay, pesca, etc., etc.; pero no tienen templo, ni altar, ni ídolo, ni sacrificio, sino es algunos cocos que le ofrecen al pie de algún árbol donde piensan que está el *Eluz*.»

Dumont D'Urville, Lutke y demás exploradores de la primera mitad del siglo XIX, confirman lo arriba expuesto, aunque sólo se ocupan de este asunto de una manera muy vaga.

En fecha ya reciente las Carolinas occidentales han sido visitadas por compatriotas nuestros, quienes tuvieron el buen acuerdo

de recoger cuidadosamente cuanto acerca del asunto, en cuestión, llegó a noticia de ellos.

D. Emilio Butrón y de la Serna, comandante del Crucero español «Velasco», el año 1885, recibió en esta fecha la orden de desempeñar una comisión en Carolinas y Palaos, y con este motivo escribió, en colaboración con varios jefes y oficiales de dicho buque, una memoria bastante detallada que contiene, acerca del presente asunto, datos interesantes. «Viven, dice, sin el menor conocimiento de una divinidad, sin fe, sin religión, ni supersticiones, que tan difíciles son de desarraigar a los que se trata de convertir. En cuanto a lo que se dice de los malos espíritus, Dios y Diableo creen, menos de lo que nosotros creemos, en la mitología griega. Nada aciertan a responder cuando se les pregunta quién ha criado el cielo, la tierra y lo demás. Tienen sus fábulas algo análogas a la mitología griega, y acaso por eso los insulares miran muy mal al que pretende mirar a una mujer en el baño, temiendo no le suceda lo que a Acteon por haber visto a Diana. Miran al sol, la luna y las estrellas como personas animadas, e imaginan que hay reinos super-terrestres habitados por pueblos celestiales que viven en el aire, como nosotros en la tierra. Por lo demás, no rinden culto alguno a tales personajes.

Tampoco tienen ídolos, ni templos, ni sacerdotes, ni sacrifican. Veneran algunos de sus muertos, que ellos creen han pasado de su vida mortal a otra mejor. Hay hombres y mujeres que pretenden tener relaciones con los muertos y avisan a los vivos cuales de aquellos han ido a la gloria y cuales al infierno.

Los elegidos o dichosos salen del Cielo al cuarto día para errar visibles en la tierra; en casa de sus parientes y amigos les llaman buenos espíritus e intercesores. Cada familia tiene uno o varios, y a ellos recurren en sus necesidades y peligros, los enfermos les piden la salud, en la mar viento favorable, en la pesca mucho pescado, etc.

Para obtener, o después de haber logrado algún favor de esa clase, suspenden cerca de la casa del jefe ciertos regalos.»

Don Anacleto Cabeza, dice, refiriéndose a los habitantes de Ponapé, visitados por él en 1890, que creía careciesen de toda creencia religiosa, apesar de lo enal, añade, consideraban al rayo como cosa sobrenatural a quien temían, aunque no adoraban. Tenían además supersticiones como la creencia en los brujos, llamados *Ani*, y la de admitir que las anguilas encerraban en su cuerpo

el espíritu de antepasados suyos, por lo cual, lejos de comerlas, huían de su vista.

La opinión de D. José Montes de Oca acerca del mismo asunto, con respecto a los carolinos de Yap, puede afirmarse que coincide en el fondo con las que acabamos de citar más arriba.

Con respecto a la religión de los indios de Palaos, consigna estas observaciones el ya citado comandante del Crucero «Velasco»: «No parece que tengan culto externo; sin embargo, delante de la casa del Rey y en otros lugares, tenían una especie de casita de madera, elevada sobre pilares de madera, cerrada con llave y dentro de la cual encerraban un canasto con buyo. El Rey actual es un escéptico y se ríe de esto y no permite que haya en Koror como hay en otros puntos acólido o gran sacerdote. Este es consultado por todos, y de sus oráculos viven bien en Arlingol. Pero aun sin templo, ni ritos, es muy probable que adoren a Dios. Ello es que tienen algunos principios excelentes de moral.....»

Indumentaria, usos y costumbres de los carolinos occidentales.

El P. Cantova dejó consignadas las siguientes noticias respecto al traje de los habitantes de Falalep, en la carta arriba citada: «No traen los varones más vestidos que un bajaque a modo de un paño de manos que tejen de abacá estos indios, no sin alguna curiosidad de labores, y los tiñen de amarillo muy encendido que van a comprar a Yap y es cosa entre ellos de gran estima.»

Esa misma indumentaria existía aún el año 1885 en Yap, según consta de la Memoria escrita por el comandante Butrón.

D. Anacleto Cabeza dice así de los indios de Ponapé (1890): «Hombres y mujeres van casi desnudos, con un taparrabo que baja hasta la rodilla, adornado en la cintura con hilos y borlitas de estambre, generalmente de color rojizo y rizadas a veces las fibras a manera del encañonado de las pellices que usan nuestros clérigos.....»

Las mujeres antiguamente usaban unos taparrabos de la misma forma que el de los hombres, formado por las fibras de la corteza del palo bobo (halibago en Filipinas), sólo que es mucho más largo, llegando hasta media pierna, y lo ponían cruzado sobre un hombro de un lado y atado bajo el sobaco del otro. Hoy ha des-

aparecido y alguna que otra mujer lo usa para pescar. En la actualidad usan dentro de sus casas un pedazo de tela ceñida a la cintura, que llega hasta la rodilla. Si salen de su casa o van de visita, las más pudorosas usan un pequeño pedazo de tela cuadrada, como casulla corta que agujerean por el centro para meter la cabeza y cubrir los pechos.»

El Sr. Montes de Oca añade acerca del traje de los isleños de Yap, los siguientes detalles: «Usan las mujeres dos pequeños delantales, uno por delante y otro detrás, sujetos a las caderas y cubriendo hasta las rodillas, hechos con las fibras del coco o de otras hojas secas; sobre ellos colocan otros dos más largos y aminorados de hojas, que les cubre hasta el tobillo, en que colocan algunas fibras teñidas de colores. Los hombres, declarados tales, llevan taparrabos de filamentos en manojos, que sujetan con cierta elegancia a la cintura por medio de una cuerda. Los que aún no han sido declarados hombres (y esto no se sujeta a la edad, sino a ciertas condiciones), no pueden usarlo, y si sólo unas especies de toallas con flecos, de un tejido del país o trozos de tela de procedencia europea, generalmente de vivos colores.»

Tatuaje.—Los hombres (aunque no todos) se labran y pintan todo el cuerpo, y tienen grandes agujeros en las ternallas de las orejas y otro agujero más pequeño en la ternilla de la nariz, y en estos agujeros tienen manojitos de flores o yerbas olorosas y zarcillos de abalorios que ellas labran de cáscara de concha, y casi todos, así hombres como mujeres, traen pretina de dos o tres dedos de ancho, compuesta de cuentecillas blancas y negras. Esto decía el P. Cantova de los indígenas de Falatep en la fecha ya citada.

En Yap se tatuán las mujeres con profusión en brazos, muslos, piernas, empeine y muslos. Los hombros se tatúan menos. (Butrón y de La Serna). Los esclavos no pueden tatuarse.

Acerca del tatuaje en la isla de Ponapé, ha recogido D. Anacleto Cabezas datos de mucho interés que vamos a transcribir aquí: «Aunque aceptando cierta uniformidad varía tanto, como la fantasía de estos individuos lo permite. Los usan hombres y mujeres, y lo efectúan de la manera siguiente: Comienzan por señalar el dibujo, pintándolo sobre la piel con una tinta hecha con el fruto redondo ovalado, parecido a la avellana, que recogen ya maduro y caído del árbol que llaman *Engk*.

Le quitan la cáscara a este fruto y envuelven lo exterior en un

trapo que colocan encima del fuego del hogar por un espacio de tiempo que no baja de dos meses, con objeto de secarlo; luego de seco lo tuestan hasta quedar como un carbón, y enseguida lo trituran y muelen, mezclándolo con agua para formar una tinta.

El instrumento para el tatuaje consiste en tres, cuatro o cinco espinas de las ramas del limonero, sujetas perpendicularmente en el extremo de una varilla delgada de madera como de un palmo de largo; después se mojan en tinta, se colocan tocando a la piel encima del dibujo y se golpea sobre la varilla, siempre con un trozo de caña dulce. Como esta operación es bastante dolorosa, se hace por tiempos, durando cada uno dos o tres semanas, con intervalos de días; en las mujeres, generalmente se hace un trozo cada año; en los hombres, con menos dibujo, se hace más rápidamente. Durante esta operación los individuos no se bañan. Cuando por efecto del tiempo transcurrido el dibujo se decolora, éste se renueva sobre las mismas líneas.

El tatuaje comienzan a efectuarlo en los niños de 8 años y de 10 a 11 en las niñas, debiendo terminar antes de la menstruación, pues de lo contrario tendrían vergüenza de presentarse ante sus compañeras. Como los dibujos se van haciendo por tiempos y tienen que aumentarse a proporción que el cuerpo crece y engorda, y ciertas partes se decoloran por la acción del tiempo, necesitando renovación, se puede decir que la operación de tatuarse se está verificando toda la vida.

Hay uniformidad en el conjunto del tatuaje, existe como un tipo que es general; pero dentro de éste varía a veces la disposición de los dibujos, no distinguiéndose por ninguna particularidad los diferentes rangos de los individuos, sólo en el sexo se determina la separación, siendo en mucha menor escala y menos variado en el hombre, que es siempre igual en la pierna, variando el de los brazos a capricho del operador.

El tatuaje es tan general en esta isla y su costumbre tan arraigada, que es la única contra la cual han luchado sin éxito los metodistas; así es que con dificultad se encuentra un individuo sin sus marcas correspondientes. Las partes del cuerpo que acostumbra aquí a tatuar, son: en los hombres, desde la unión del primero con el segundo tercio del muslo, hasta el tobillo, formando una franja; en los brazos usan estrellas, cruces, su nombre o el de las mujeres a quienes quieren; en el antebrazo dibujos diversos que van aumentando con la edad, y en el dorso de la muñeca, dibujos

perpendiculares al eje del brazo. Las mujeres se tatúan la parte externa y posterior de las pantorrillas y toda la redondez del muslo; en el vientre, desde el pubis hasta el ombligo: a esta altura alrededor del cuerpo dos fajas; pero en ambas nalgas es donde se efectúa con más esmero y profusión.

No todos practican la operación del tatuaje; hay mujeres especiales para esto que son, por lo regular, viejas, y a las cuales llaman Chong-inting (pintoras), las cuales cobran el trabajo bastante caro, sobre todo a las mujeres. Como la operación es larga y se verifica por sesiones que duran hasta dos horas cada una, la operadora por lo regular se queda en la casa de su cliente mientras dura la operación.

El tatuaje, sobre todo cuando es extenso y rápido provoca a veces accidentes, que consisten en grandes dolores e inflamación de la parte operada, que retiene al paciente en la posición horizontal hasta por una semana, y que ellos curan con leche de coco.»

Adornos: Los adornos usados por los carolinos de Falalep en la época a que se refieren las primeras noticias recogidas por los misioneros, consistían en guirnaldas de flores, de yerbas olorosas y hojas blancas de coco. A ellos eran particularmente aficionados los jóvenes de ambos sexos quienes engalanaban con semejantes preseas la cabeza, el cuello, los brazos y las piernas.

En Yap suelen ostentar los hombres grandes zarcillos de abalorios, coral y careys, suspendidos de los orificios que desde niños practican en los lóbulos auriculares. También llevan al cuello collares de cristal, de abalorios o de conchas; en cambio las mujeres usan una especie de trenza negra, tejida de filamentos vegetales. Usan asimismo los hombres pulseras y cinturones, hechos unas y otros de caracoles, y ciñen a los tobillos adornos consistentes en un tejido fabricado con hojas de palma.

Los hombres adornan con peineta de caña o de madera en forma de abanico, su cabellera ya rizada y flotante o ya también encrespada sobre la frente y recogida después en un moño detrás de la cabeza. Las mujeres hacen uso del mismo artefacto y separan su pelo en dos bandos. Tiñen también aquéllas de amarillo las manos y la garganta.

M. Lesson observó en los naturales del archipiélago de Hogoleu la costumbre de lucir collares de granos y conchas y anillos de madera poco pesada, teñidos de amarillo y a guisa de pendientes.

La tintura de curcuma era entre ellos de uso tan frecuente, que

no sólo teñían con ella los vestidos, adornos y otros utensilios, sino que también embadurnaban con semejante producto el cuerpo y la cara, sobre todo en ocasión de guerra.

Los indios de Lougonor, dice Lutke, frotaban los rostros con tintura de color anaranjado. En la isla de Ouleai, sólo las mujeres se pintaban los rostros; pero en este caso era de amarillo. En Ponapé, colocaban, aún no hace mucho, aretes y otros objetos en los orificios practicados en los lóbulos de las orejas así las personas del sexo femenino como las del masculino. Estas se taladraban, asimismo, la parte superior de la oreja, colocando en el orificio flecos y bolitas de estambre rojo. Hombres y mujeres usaban el pelo corto, que sujetaban las mujeres con una cinta de color rojo, a semejanza de las niñas europeas.

Como en Yap y en otras islas, llevaban también los de Ponapé al cuello collares de abalorios, y en particular los hombres adornaban su cabeza con plumas de gallo. Aún tuvo ocasión de observar el Sr. Cabeza en esa isla el empleo de otro objeto indudablemente raro y exclusivo de dicha localidad. Consistía en un fragmento de espejo que colocaban en la cavidad de medio coco muy pequeño, que servía de marco. También aquí se teñían los hombres de amarillo toda la mitad superior del cuerpo, y se perfumaban con aceite de coco, al que añadían cierta cantidad de grasa del pescado conocido en Filipinas con el nombre de *nímaral*.

Dumont D'Urville notó en la isla de Ualan a Kusac una costumbre que, según él, sólo se ha observado *en ciertas tribus de América del Sur*, y que consiste en cubrir el labio inferior con la valva de una concha de molusco.

También dice Blanchard de los carolinos de Hogoleu o Ruk, que, apesar de andar los hombres ordinariamente desnudos, acostumbraban a usar algunas veces el *clásico poncho americano* finamente fabricado por ellos con un telar propio asimismo de América del Sur, del cual aseguraba M. Lessón que *era el resto único que aún conservaban de las artes de sus antepasados*.

Habitaciones. Las habitaciones de los carolinos visitados por los misioneros en la primera mitad del siglo XVIII consistían en pequeños albergues de caña cubiertos de nipa y apoyados sobre aríques tan cortos, que los techos alzaban muy poco del suelo. Los relatos de viajeros y marinos españoles que han arribado a Yap a Ponapé y a Palaos en fecha posterior, han encontrado gran semejanza entre las casas de Carolinas y las construidas por la mayor

parte de los polinesios, observando, además, detalles de construcción que demostraban gusto artístico y no escasa habilidad. Estas mismas cualidades aparecen de relieve en el estilo de sus canoas, muy afrosas, ligeras, de escaso calado y forma bastante distinta de aquella que presentan las fabricadas por los indios filipinos.

Instrumentos músicos. A juzgar por el testimonio de los misioneros, los carolinos de Mogmog y Falalep parecían de instrumentos musicales; pero no así los de Yap, Ponapé y otras islas, en las cuales se hacía de una flauta llamada por ellas *Parri* y de un tambor designado asimismo con el nombre de *Piki Riki*.

En cambio, es común en todos los puntos citados la afición al canto y a la danza, que ejecutaban separadamente los hombres de las mujeres, con la prohibición de asistir aquéllos a los de éstas y viceversa. Semejantes manifestaciones tenían lugar muy especialmente en noches de luna.

Armas. Eran la lanza, las flechas y la honda de uso común entre los pueblos primitivos, sobre todo en la Oceanía.

Otras costumbres. Es grande el respeto y consideración que guardan a su Rey, que es también para ellos el gran sacerdote. Se inclinan y encurban ante aquél, guardando esta posición mientras están en su presencia, y le besan siempre pies y manos antes de acometer una empresa cualquiera. Este respeto lo inculcan a los hijos en la misma niñez; son asimismo hospitalarios al estilo de indios filipinos; arreglan sus diferencias mediante una tercera persona, sin emplear jamás las armas, que reservan para luchar con los extraños. El saludo entre amigos se verifica cruzándose los índices por las caras palmares. El heso es una aspiración nasal sobre la mano o la cara.

No son raros entre ellos ni el robo ni tampoco el rapto, satisfaciendo en este último caso el varón con una cantidad dada de dinero, en caso de reclamación y queja de la parte agraviada.

La poligamia existe también allí, aunque no es general. Se castiga el adulterio de la mujer, y sólo repuéllan a esta en caso de fuga.

Practican la circuncisión y la epilación; y gustan de hacer gala de su valentía y resistencia soportando voluntariamente incisiones de cuchillo, en pecho, brazos y piernas, a más de quemaduras en forma de punteados y dibujos, hechas con un ascua.

Con respecto a otros extremos, como enterramientos, casamientos, etc., convienen con los carolinos orientales. Parece haber existido entre ellos la antropofagia, pero es lo cierto que

semejante aberración se ha extinguido allí espontáneamente, sin que llegase a perdurar hasta los tiempos de nuestra dominación efectiva.

Finalmente, se distinguían entre los carolinos occidentales tres clases sociales, a saber, la de los jefes, *pilum*, en *Yap*; la de los hombres libres, *madanon*, y la de los esclavos, *pimilingay*. Estos tienen más pequeñas sus viviendas y no pueden tatuarse ni usar peinetas para sujetar el cabello. Por lo demás, reciben de sus amos un trato suave y considerado, que reduce la esclavitud casi a una fórmula.

Ojeada retrospectiva. Un examen comparativo de cuanto acabamos de consignar sobre los caracteres, creencias, usos y costumbres de los carolinos así orientales como occidentales, nos conduce a las siguientes conclusiones: 1.^a, no existe uniformidad etnográfica entre los malayos, polinesios y micronesios. 2.^a, dentro de cada uno de esos tres grupos aparecen variantes anatómicas: de estatura, configuración, color y otros caracteres físicos, que denuncian la presencia de factores muy distintos y la combinación y fusión de los mismos a través de los tiempos; 3.^a, sus creencias tienen como carácter común el animismo, apesar de la vaguedad de que adolecen; 4.^a, sus costumbres y usos ofrecen marcada semejanza, dentro siempre del carácter peculiar que cada grupo y cada isla suele imprimir en ellos, y 5.^a, los principios morales son relativamente elevados y parecen indicar la existencia de una civilización prehistórica superior a la actual.

V

El Malayo.—Sus caracteres filológicos.—Area de extensión.—Los idiomas filipinos.—Las lenguas de Formosa.—Las lenguas polinesias.—Lenguas de los negritos australianos.

Es un hecho fuera de duda que la lengua de los carolinos, lejos de ofrecer aquellos puntos de semejanza que tanto se hacen notar entre los restantes idiomas de casi toda la oceanía, no guarda con éstos relación inmediata perceptible.

Los misioneros que arribaron allí en la primera mitad del siglo XVII reconocieron ya que era *muy distinta de las lenguas de*

Filipinas y Marianas, con excepción de la que se hablaba en Ulie. Posteriormente vinieron a confirmar eso mismo, Dumond D'Urville y demás tripulantes del «Astrolabio», Lutke y, en una palabra, cuantos han visitado y estudiado aquel archipiélago, especialmente los españoles.

La importancia de este fenómeno resalta de un modo especial cuando se comparan entre sí los idiomas malayo-polinesios. Fijémonos ante todo en el *malayo*, que podemos tomar, desde luego, como tipo de referencia.

Con el nombre de lengua malaya designamos el idioma de los pueblos malayos que habitan la Península de Malaca y las regiones costeras de Kedah, Johor, Pahang, Trengganou, Polo-Pinang, Singapour, etc. Este háblase también con ligeras variantes ortográficas y prosódicas, en el antiguo reino de Menangkabaw y costas de Sumatra, y, lo que es aún más de notar, esas variantes aparecen en el malayo de algunas poblaciones situadas en el interior de la Península de Malaca como testimonio muy probable de una emigración directa desde Menangkabaw, distinta de aquella otra que partiendo de Palembang dió lugar a la fundación de Singapour y del antiguo imperio de Malaca.

El origen de la lengua malaya es tan oscuro como el de la raza del mismo nombre; pero en cambio, su característica ha perseverado a través de los tiempos y a pesar de la influencia que las lenguas arianas y semíticas hayan podido ejercer en ella.

En época ya remota, llegaron a Malasia los hindues, introdujeron su religión y sus leyes, impusieron su cultura, muy superior a la cultura de los malayos, y dejaron en la lengua de éstos huellas evidentes.

Hacia últimos del siglo XII o principios del XIII se repitió el fenómeno anterior con el arribo de los árabes, y la lengua malaya se enriqueció con sustantivos y verbos correspondientes a las ideas importadas por la nueva civilización y de un modo especial con los términos relativos a la religión y jurisprudencia musulmanas.

Finalmente, a principios del siglo XVI fondean en aquellas aguas las primeras naves europeas, y portugueses, holandeses, ingleses y españoles, incorporan al *malayo* multitud de palabras de sus idiomas respectivos; es sustituido el alfabeto árabe por el latino, e imprímense en caracteres latinos gran número de libros que contribuyen eficazmente a la difusión del segundo, quedando, sin

embargo, escritas en letras árabes casi todas las obras de aquella literatura nacional.

La influencia extranjera en el idioma de los malayos no pasó del léxico de éstos ni era fácil que pasase, como después veremos, y los nuevos términos permanecen como un mosaico de incrustaciones filológicas que conservan su típica factura y su fisonomía especial, salvo en los casos de abreviación o supresión de letras, en que se obedece a la ley universal del *menor esfuerzo*.

La Sintaxis y la Prosodia malayas han perseverado inalterables a través de las generaciones, y a pesar de contrarios impulsos y el idioma en cuestión, ha conservado su característica que Marsden describe con estas palabras: «La lengua malaya es particularmente clara, agradable y dulce al oído. No tiene palabras de articulación dudosa cuyo sonido no sea *lleno* y cuyas sílabas no sean *completas*.» Obsérvese en ella una *regularidad constante* en el empleo relativo de vocales y consonantes, y los pueblos malayos esfuerzanse, dice el mismo autor, en pronunciar su lengua de la manera más dulce posible, hasta un grado tal, que no sólo cambian sistemáticamente las letras en las palabras derivadas a fin de buscar así la eufonía, sino que también dulcifican con especial cuidado las consonantes *duras* para conformarlas a los propios órganos. De aquí el que no haya en ella, según Favre, sonido alguno que no pueda ser apreciado y percibido por el oído menos práctico, ni articulado perfecta y distintamente por el órgano de la voz aun más torpe, y esto con la misma facilidad que lo haría la persona más práctica y ejercitada. Por su delicadeza y dulzura, ha merecido la lengua malaya el calificativo de *Italiano de Oriente*.

A pesar de estas ventajas, el idioma malayo dista mucho de la perfección de las lenguas indoeuropeas, y por lo mismo no se presta ni a la concisión, ni tampoco a la elegancia y variedad de estilo. En la composición de frases son frecuentes repeticiones y pleonasmos que lo hacen excesivamente difuso.

El malayo es lengua aglutinante formada de elementos yuxtapuestos. Su fondo filológico se halla constituido por un material esencialmente significativo e irreductible en sus elementos, que recibe el nombre de *raíz*. La significación de ésta corresponde a idea indeterminada, como la que se expresa por medio del tema en las lenguas indoeuropeas. En el malayo, todas las raíces encierran en su significación el verbo *ser*; ser cualquiera cosa *Kūda*,

caballo, se traduce literalmente, *ser caballo*; *putih*, blanco, *ser blanco*.

Para referir la idea al espacio y al tiempo empleanse *partículas* que generalmente se anteponen a la raíz; algunas veces se posponen y en casos, menos frecuentes, se intercalan entre las letras de la misma raíz: así de *kata*, palabra, hacen *megnāta*, hablar; de *angkat*, elevar, hacen *angkat-kan*, elevado, etc.

Frecuentemente acuden para formar palabras a la repetición de la raíz, de *hābis*, hacen *hābis-hābis*; de *bunuh*, muerto, *membunuh bunuh*, matar, anteponiendo un prefijo a la raíz duplicada; de *kuda*, *kuda-kuda-ña*, caballito, adicionando un sufijo. También forman circunloquios mediante la unión de dos palabras: así de *mata*, ojo y *hāri*, día, hacen *mata-hāri*, sol, es decir, *ojo del día*.

Las raíces malayas indígenas, son todas disilabas, pudiendo afirmarse que las trisílabas tienen origen extranjero.

Con respecto a las unidades glotológicas denominadas artículos, pronombres adjetivos, etc., el malayo dispone también de ellas aunque en proporción muy inferior a la que corresponde a las lenguas indoeuropeas y aun a otras de carácter aglutinante.

No existe en este idioma término alguno que corresponda exactamente a nuestro artículo *le las los*; nuestras expresiones *la casa*, *el país* y demás por el estilo, tradúcense en malayo por *rumah*, *magri* es decir, *casa*, *país*. Cuando el artículo se toma en sentido determinado hacen uso de *yang*, *ini*, *itu* y *si*: *yang bāpa*, el padre, *kuda itu yang lari*, el caballo que corre; *si pen-xuri*, el ladrón.

Con respecto a nombres, los hay *simples*, es decir, que en su estado radical tienen significación nominal, como *bāpa*, padre, *orang* persona; los hay *derivados* que se forman anteponiendo al radical, los prefijos *men* y *pen* a las raíces; *men-pūwal*, vender, *pen-pūwal*, vendedor. Los nombres abstractos se hallan constituidos por un radical y el sufijo *an* de *bahāgi* hacen *mem-bāhagi*, dividir y *bahāgi-an* división; de *manis* dulce, *mānisan*, dulzura; de *dāwun*, hoja, *dawum-an* follaje.

Cuando los nombres derivan de verbos de acción, para significar ésta, interponen la raíz entre el prefijo *pe* y el sufijo *an*: *rasa*, sentir, *pe-rasa-an*, acción de sentir; *hāsih*, amar, *peng-hāsih-an*, amor. También suele sustituirse la partícula *pe* por *ka* y entonces de *jādi*, producir, crear, hacen *ka-gadi-kan*; de *kapa*, pobre, deri-

van *kapapā-na*, pobreza, y de *kurang*, menos, *ka-kurang-an*, necesidad.

El idioma de los malayos carece de terminaciones para los géneros, los cuales, al igual que los números singular y plural se expresan mediante palabras especiales. Tampoco tiene casos en el sentido estricto, es decir, que carece de lo que llamamos propiamente declinación. Los casos se distinguen mediante preposiciones, y así dicen, por ejemplo, el niño, *ānak*; del niño, *ānak-pūña*; al niño, *ka-pada-ānak*, etc., etc.

Numerales. Para enumeración de objetos, no sólo hacen los malayos uso del sustantivo y numeral correspondiente, sino que también añaden otra palabra destinada a expresar una cualidad que existe o se supone existir en aquéllos. Si se trata de seres racionales, emplean el término *orang*; *laki laki ampat orang*; cuatro hombres literalmente, *cuatro personas*; *budak dua-orang*, dos niños, o sea *dos personas*.

Cuando se trata de animales añaden *īkor*, cola; *kuda ampat īkor*, cuatro caballos; *karbawo sambilan īkor*, nueve búfalos. Si se trata de frutos, casas, ciudades, navios, islas, lagos, etc., añaden *buah*, fruto, *limau manis tujuh buah*, siete naranjas; *dua buah, rumah*, dos casas.

Para granos y objetos pequeños, usan *biji* grano; *telor ampat biji*, cuatro huevos; *dua biji langa*, dos granos de sésamo.

Para objetos largos, tienen la palabra *bātang*, tallo; *pohon dua batang*, dos árboles; *bātang pisang*, algunos troncos de banano.

Para cuerpos delgados usan *kepīn* y *halèy papan dua kepīn*, dos planchas; *tiga-kepīn perak*, tres onedras de plata.

Sistema de numeración malaya. El sistema de numeraciones completo y muy sencillo. Tiene términos para los números dígitos, para las decenas, centenas, millares y millón. Algunos de aquéllos, proceden del sánscrito; otros, como *tujuh*, siete, son de carácter local y sólo se encuentran en el malayo y sunda; *ribu*, mil, tiene semejanza con *ribo* hebreo y *ribet* árabe, de los cuales parece proceder. *Laksa*, diez mil, *keh*, cien mil, y *juta*, un millón, son términos claramente sánscritos.

Pronombres. El malayo dispone asimismo de pronombres personales, *aku*, *hamba*, *bèta* y *guwa*—éste de origen chino—, que expresan la primera persona del singular, es decir, *yo*; usan también *sahāya* y *patek*, ambos en el sentido de sorvidor, esclavo. Para el plural *nosotros*, hacen uso de *kita*. La segunda persona

tiene equivalente en *augkaw*, y *dikw*, *tú* y *kamu*, *vosotros*; la tercera en *iya* que se convierte en *día*, algunas veces, y significa *el*, y para el plural *día orang* o *iya orang*, ellos, ellas. El relativo que, el que, los cuales, etc., lo traducen *yāng*. Los demostrativos éste, ése, el que etc. por *mī*, *itu*, el interrogativo; ¿qué? por *gapa?*; el reflexivo, nosotros mismos, yo mismo, por *diri*, *sendiri*, y *kendiri*; el indefinido castellano uno un, por *orang*.

Adjetivos. Para indicar posesión aplican los pronombres, *aku*, *kamu*, etc., suprimiendo la primera o las dos primeras letras, *rūmah-ku*, mi casa, *rūmah-mu*, tu casa; *rūmah-ña* su casa; *rūmah kami*, nuestra casa; *rūmah kamu* vuestra casa; *rūmah dia orang*, la casa de ellos. El mismo procedimiento siguen siempre en la formación de los adjetivos demostrativos, interrogativos e indefinidos, es decir, que en estos casos hacen uso de los pronombres correspondientes.

Calificativos comparativos y superlativos. Calificase en malayo mediante el empleo de *raíces llenas*, es decir, que significan por sí mismas una cualidad, como ocurre con *besar*, grande; *kāya*, rico; *kesil*, pequeño; y *pāpa*, pobre. Otras veces, concretan la significación del radical con un prefijo, *būdi*, prudencia, *ber-budi* prudente.

El comparativo de superioridad, lo hacen con *lebēh*, mas, y *kurang* menos, antepuestos al adjetivo.

El superlativo, prefijando *ter* al positivo, *ter-kuasa* muy poderoso *ter-bisar* muy grande. También obtienen significación de superlativo duplicando el adjetivo: *kesil-kesil* muy pequeño, *tigni-tigni*, muy grande. *Verbos.* En malayo no existe conjugación propiamente dicha. Las raíces no están sujetas a inflexiones, ni a desinencias para designar las diferentes formas del verbo y los modos, tiempos y personas. Estas se distinguen mediante los pronombres, los tiempos y modos, con el auxilio de adverbios, y las formas por medio de partículas afijas o sufixas.

El malayo verbaliza los nombres, los adjetivos y los adverbios.

Las raíces verbales malayas, significan de ordinario un *estado o modo de ser* del individuo. Para que una raíz malaya adquiriera la significación de *verbo de estado* o de *verbo neutro*, basta anteponerla el prefijo *ber*: *gantung*, depender, *ber-gantung*, ser dependiente. La partícula *me*, antepuesta a una raíz, da a ésta el sentido de acción: *me-minta ampun*, pedir perdón.

Para indicar *acción transitiva* usan el sufijo *i*: *men-datāng-i nagri*, llegar a la ciudad.

Un verbo o raíz verbal toma *sentido causativo*, mediante el sufijo *kan*. La repetición o reduplicación del radical con prefijo en el primer miembro, tiene *sentido frecuentativo* o de *intensidad*: *megn-irik*, colocar el pie sobre un objeto cualquiera; *mengn-irik-irik*, patear. Si el prefijo precede inmediatamente al segundo miembro indica reciprocidad: *pukul-memukul*, golpearse mutuamente, de *pukul*, golpear, *forma pasiva*. Es ésta de uso mucho más frecuente en malayo que la forma activa, pudiendo establecerse como regla general que toda raíz verbal que puede adquirir sentido activo, prefijándole la partícula *me*, tiene por sí misma forma pasiva.

Esta se obtiene anteponiendo a la raíz los prefijos *di* y *ter*: *di-per-bāpa*, ser reconocido por padre; *meng-gerāk*, mover; *terk-gerāk* movido. Por último, el participio pasado se sustantiva con las partículas *an*, pospuesta, y *ka*, antepuesta: *datang*, llegar, *ka datang-an*, llegada.

Modos del verbo. Por comparación a las lenguas flexivas distinguen en el malayo los modos indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo, vetativo e interrogativo.

Toda raíz verbal tiene sentido indicativo siempre que no se manifieste otra mediante una partícula adjunta: *hambā meng hāmpir*, yo me acerco, *hambā meng-hāmpir-kan*, fuí obligado a acercarme.

El imperativo tiene siempre en malayo el carácter de invitación o súplica, nunca de mandato, y se manifiesta, generalmente, por el sufijo *lah*: *memādam-kan*, extinguir, apagar; *padam-kan-lah*, apaga, ten la bondad, etc.

El optativo se forma con los auxiliares *bārang*, *apā-lah kirāña* o *muga-muga*, que significan, respectivamente, *por consiguiente*, *puede ser*, *quiera Dios*, *plegue a Dios*. De un modo semejante se forman el vetativo y el interrogativo.

Los tiempos se indican también mediante adición de partículas que determinan el presente, pretérito, etc.

Adverbios.—El malayo tiene numerosas raíces de significación adverbial: *amat*, mucho; *bāgey*, como, lo mismo; *pernah*, jamás; *sigrāh*, prontamente, etc.; pero utiliza también otras que, a pesar de su carácter de preposiciones, desempeñan frecuentemente el de adverbios: *ātas*, sobre, arriba; *bānak*, mucho, etc., etc. Esta lengua

es, sin duda alguna, muy rica en locuciones adverbiales lo mismo que en conjunciones e interjecciones.

Sintaxis malaya.—La sintaxis de esta lengua es igualmente sencilla como su analogía. La falta de conjugación propiamente dicha y de declinaciones en sus nombres adjetivos, etc., trae consigo el encadenamiento inmediato de las palabras y su colocación conforme al orden lógico que guardan entre sí las ideas. Los nombres que designan a una misma persona o cosa, de tal manera que uno es complemento del otro, se colocan inmediatamente uno de otro sin preposición alguna: *tuan mantri*, el señor ministro. Cuando un nombre indica el instrumento o medio empleados para realizar un acto o también las circunstancias relacionadas con el precio y valor de aquél, lleva antepuesta la partícula *degnan* por motivos de eufonía: *ia sudah beli dia itu degnan lima ringgit*, lo compro por cinco piastras.

Los nombres que indican la época en que ha ocurrido un suceso van precedidos ordinariamente de la partícula *pada*.

Los pronombres preceden, por lo general, al verbo; los adjetivos le preceden o siguen, según sean demostrativos o calificativos.

Con frecuencia se añaden partículas que, sin ser necesarias para la claridad de la frase, dan, sin embargo, a ésta mucha elegancia.

La sintaxis del verbo es igualmente sencilla. Es muy frecuente el empleo de la forma pasiva, en lugar de la activa, y acompañan al verbo el sujeto y el régimen correspondiente sin que aparezcan nunca los casos de hipérbaton tan usados en las lenguas flexivas.

Los adverbios que modifican la significación de un verbo siguen ordinariamente a éste: *hamba lari lekàs*, él corre velozmente.

Las preposiciones se colocan de ordinario entre el verbo y el sustantivo regido por aquél o entre dos verbos cuando uno depende del otro. Las conjunciones, de uso muy común en las lenguas indoeuropeas, suelen omitirse en el malayo que prescinde de ellas por innecesarias y poco conformes con su índole filológica.

Hemos expuesto aquí el mecanismo gramatical de la lengua malaya por considerarlo como centro genético de donde podemos considerar como derivados los restantes idiomas que forman la *gran lengua polinesia*. Con respecto a su léxico abundante, es sin duda donde se reflejan más las influencias de otras lenguas muy diver-

sas, como el inglés, el portugués, el árabe, etc.; pero los términos permanecen como superpuestos en el malayo que, por otra parte, conserva todavía aquella riqueza primitiva que ha podido legar en gran parte a los demás idiomas que podemos considerar como sus inmediatos descendientes.

El javanés y sus dialectos. Formación del kovvi. El javanés es el idioma que hablan la gran mayoría de los habitantes de la isla de Java, tiene su alfabeto propio llamado *Xarakan* y *Anaxarakan*, mensaje, de origen desconocido y que M. W. Humboldt hace derivar del antiguo alfabeto polinesio usado por los tagalos, bugis, etcétera, y perfeccionado por los hindues al introducir su religión en la región citada. Los caracteres son sánskritos, y en él solamente se encuentran el *virama*, sánskrito y la d y t cerebrales, que no posee ningún otro idioma polinesio.

El carácter fonético de la lengua de Java es idéntico al del malayo, con la diferencia de ser las nasales más frecuentes en éste, que en aquél. Las líquidas l y r, y las semivocales w e y, abundan en el javanés y escasean en el malayo.

El javanés ha tomado del sánskrito un número de términos tan considerable, que, según Crawford, asciende a *ciento diez por mil*. Advierte el mismo que esa proporción disminuye gradualmente a medida que los pueblos se alejan del centro javanés. (1).

El Abate Fabre observa, con razón, que la mayoría de las obras que forman la bella literatura javanesa o son imitaciones y traducciones de obras hindues o están basadas en la mitología de la India. La prueba fehaciente de la gran influencia que los hindues adquirieron en Java son las huellas que aquéllos dejaron en la lengua javanesa, huellas tan hondas, que no han sido borradas, ni siquiera deformadas por la acción de diez y nueve siglos que, según Crawford, van transcurridos desde la llegada de los mensajeros de la India, a la isla citada. A pesar de haber arribado los árabes a ésta en época muy posterior, es bastante escaso el material filológico prestado por ellos al idioma javanes. Este era ya suficientemente rico para no necesitar términos extraños, y por otra parte las leyes gramaticales del árabe, presentan un carácter completamente opuesto a las del javanés, como advierte oportunamente el Abate Fabre.

(1) El autor citado asegura que los idiomas filipinos tienen dos o tres palabras sánskritas solamente; pero esto es inexacto. Nosotros hemos encontrado cerca de trescientas en el pampango; ochenta en los dialectos visayas y treinta y cuatro en ilocano. El Dr. Pardo de Tavera ha comprobado lo mismo.

Estructura gramatical del javanés. La estructura gramatical del idioma citado guarda relación estrecha con la del malayo. Quanto hemos dicho acerca de los procedimientos seguidos en éste para formar las unidades glotológicas, es aplicable al primero. Como en éste, hay raíces disílabas y monosílabas que se convierten en palabras compuestas por duplicación del radical o por duplicación de su primera sílaba; de *ider* círculo, hacen *mider-mider*, dar vueltas; de *putrà* niño, *puputrà* engendrar; de *tan*, no y *ora*—del mismo significado—hacen *tanora*, que niega con más energía.

Las diferencias entre uno y otro idioma nacen, en primer lugar, del gran exceso de términos sánscritos que el javanés posee sobre el malayo; de la diferencia de alfabetos entre uno y otro ya indicada; del cambio de colocación de algunas partículas, como, por ejemplo, *an*, que desempeña en javanés el papel de *prefijo*, mientras en malayo es siempre *sufijo*; del uso que el javanés hace de la partícula *na* como *sufijo*, a diferencia del malayo, en el cual no existe; de la permutación de letras que hace el javanés con respecto al malayo, convirtiendo la *a* de *kan* malayo en *e* y escribiendo y pronunciando *ken*; de la adición de letras, ya al principio de partícula, transformando el *i* en *di*, o ya también al medio: *yang*, en malayo, *ing kang*, javanés, equivalentes una y otra a nuestro artículo el, las, los, y de la sustitución de algunas partículas malayas usadas en la formación de los modos del verbo por otras peculiares del javanés.

También se notan diferencias entre los numerales malayos y los javaneses. Estos propenden con frecuencia al monosilabismo y al cambio de unas letras por otras. Así se ve en los siguientes casos:

	MALAYO	JAVANÉS
Uno.....	sātu	sa y siji
Dos.....	dūa	ro y roro
Tres.....	tiga	telu
Cuatro.....	ampat	pat
Cinco.....	lima	»
Seis.....	anam	nem

.....
He aquí las principales diferencias que median entre ambos idiomas citados, cuyo inmediato parentesco filológico es, por otra parte, indiscutible.

El *kawi*, es, según Crawford, la lengua misteriosa de Java y de Bali, originada a consecuencia de la denominación hindúe en esas regiones.

El sánscrito importado por los hijos de la India era, por su complicación y riqueza fonética, el polo opuesto del idioma javanés. Los habitantes de Java se hallaron por un lado bajo la influencia inmediata y avasalladora de un pueblo eulitísimo que imponía ideas y orientaciones trascendentales y completamente nuevas, y por otro en la imposibilidad de asimilarse un idioma que chocaba con la ineptitud del aparato fonador para pronunciar palabras sánscritas, y entonces crearon el *kawi*, tomando del idioma de la India los nuevos términos, pronunciándolos con arreglo al idioma nativo y suprimiendo en ellos cuanto no se conformaba con sus aptitudes étnicas y someticiéndolos a la sintaxis malaya. De este modo formaron una lengua malaya, con un léxico sánscrito en su mayor parte.

Este fenómeno se repite siempre cuando se pretende difundir entre los habitantes de un país un idioma que no es el suyo, y se repite con doble motivo si las diferencias entre ambas lenguas, advenediza y nativa, son tan hondas como las que separan al sánscrito, modelo el más perfecto de lenguas flexivas, del javanés, tipo de lenguas aglutinantes.

El caso del *kawi* se reprodujo en las colonias francesas con el francés llamado *criollo*, y en Filipinas con el *caviteño*.

Cada pueblo, dice Favre, por circunstancias de clima, temperamento y hábitos tiene apropiado el órgano de la voz para pronunciar con facilidad determinados sonidos y articular cierta clase de palabras, mientras que será inhábil o muy torpe, para hacer lo mismo con otras.

Los idiomas de Filipinas. Se hablan en Filipinas once idiomas principales y algunos dialectos que son, respecto de aquéllos, lo que el *sunda*, *madura* y *bali* respecto al javanés. El parentesco lingüístico aparece ante todo en el cúmulo de términos idénticos que constituyen un fondo común lexicográfico. Sus procedimientos gramaticales guardan entre sí tal semejanza, que muy bien puede llamarse identidad. Los numerales hasta diez conservan la misma forma con ligeras variantes; desde ese número en adelante emplean auxiliares distintos para expresar las unidades que median entre diez y veinte, partiendo en todos los casos de la repetición de los dígitos.

Comparados los idiomas filipinos con el javanés, aparece en primer lugar la diferencia de alfabetos. Aquéllos adoptaron el alfabeto latino; el segundo hemos visto ya que lo tiene propio, derivado del sánscrito; y así como el javanés no ha podido asimilar-se muchos sonidos del *hindue*, tampoco las lenguas del Archipiélago Magallánico han conseguido incorporar a su material fonético la ll, ñ, ch, g, y ni la x y z. Con respecto a la f, ocurre un caso notable. Mientras la casi totalidad de los idiomas de nuestras antiguas posesiones del Extremo Oriente, o confunden el sonido de la f con el de la p, pronunciando Pilosopía por Filosofía, o al contrario, hacen de la p una f, diciendo *Filife* por *Felipe*, en la lengua ibanag la f es de uso muy frecuente y hasta en los mismos numerales han sustituido el *sa-puluti* del malayo, equivalente a diez, por *mafulu*, del mismo significado.

Otra diferencia notable existe entre el javanés y los idiomas filipinos, y es la siguiente. El primero tiene tendencia manifiesta a la contracción de raíces, sobre todo en su sistema de numeración, como ya hemos visto; pues bien, los segundos presentan el fenómeno opuesto, es decir, que buscan siempre la *reintegración* de la raíz y el redondeamiento de la frase y convierten el *sa* javanés, uno, en *isa*; el *ro*, dos, en *aldua*..., el seis, *nem* en javanés, en los idiomas citados *anam*, *anem* o *anim*, etc., etc.

El malayo y los idiomas filipinos. Entre los idiomas filipinos y el malayo el parentesco lingüístico es inmediato, y, mucho más estrecho que aquél, liga a los primeros con el idioma javanés.

Opina Crawford en su *Historia del Archipiélago Indiano* que la isla de Java fué el foco de donde irradió la civilización de toda la Oceanía, y, por consiguiente, que la lengua javanesa es la madre del *gran idioma polinesio*. Difícil es adivinar el estado en que siglos atrás se encontraría el javanés, pero si su evolución ha sido semejante a la que ofrecen como ejemplo los idiomas filipinos y malayo, podemos desde luego afirmar que la opinión del historiador mencionado no se apoya en sólido fundamento. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que los pueblos filipinos llevaron su patrimonio lingüístico de Malaca y Sumatra y que dicho patrimonio fué aumentando con su civilización y progresos y fraccionándose en múltiples dialectos que por la inflexión de los órganos bucales, común a todos ellos, han conservado inmutable el sello típico de la lengua malaya.

La invasión árabe, a últimos del siglo XII o principios del XIII,

fué un obstáculo para el progreso de la lengua malaya, porque paralizó el desarrollo de la lengua nativa al imponerles otra que resultaba filológicamente opuesta a ella. Los pueblos filipinos, lejos de encontrarse en su marcha con esta dificultad, tuvieron por el contrario la suerte no pequeña de ver arribar a sus playas, en lugar de salvajes mulsumanes, a misioneros instruidos, que ostentaban la doble aureola de virtud y sabiduría, y que no solamente difundieron la fe del Redentor por todo el Archipiélago, sino que fueron también heraldos de la cultura en todos los órdenes de la vida. La filología filipina debe a los misioneros católicos, debe a las órdenes religiosas, servicios inmensos por haber estudiado aquellos idiomas, por haberlos sistematizado, deduciendo sus leyes gramaticales y exponiéndolas en trabajos tan acabados, que no tienen rival en ninguna otra colonia española ni extranjera.

Los religiosos españoles enseñaron a los indios la propia lengua de éstos, y los idiomas filipinos desarrollaron su caudal fonético, enriqueciéndose con multitud de términos derivados de su material nativo, aumentaron los prefijos, perfeccionaron las conjugaciones y, sin perder nada de la sencillez y claridad del malayo, adquirieron una perfección muy superior a la de éste. En las lenguas de Filipinas se observan la leyes de la eufonía con un esmero propio del oído literario mejor educado, y en la formación de palabras polisintéticas, que recuerdan a los idiomas americanos más adelantados, hay tal tino y habilidad al combinar las raíces, al duplicarlas, al emplear los prefijos y sufijos, añadiendo letras que hagan el enlace más fácil y más grato al oído, o la palabra más llena y sonora, que hacen de dichas lenguas verdaderos modelos de belleza filológica de un carácter que, no sin motivo, puede ser calificado de *plástico*.

Un solo ejemplo citaremos en confirmación de cuanto acabamos de consignar. El malayo forma los numerales once, doce, trece, etc., ecétera, hasta el veinte, repitiendo los dígitos *sa*, *dua*, *tiga*, seguidos de *belás*, once, *sa-belás*, doce; *dua-belás*, etc.; entre los idiomas filipinos tan sólo se ha conservado un recuerdo de esta forma en el tagalo y pampango, pero introduciendo en ella una inversión doble, es decir, convirtiendo la raíz *belás* en *labes*, *labeng*, *labing*, colocándola antes del numeral, y *labing addua*, *labing allu*, y haciendo así la frase más sonora y fácil de pronunciar que en el malayo.

Esta lengua es, por lo tanto, la fuente de donde nacieron los idiomas filipinos, que en su marcha progresiva han aumentado su caudal filológico, sin dejar por eso de conservar la estructura y composición del manantial primitivo.

La lengua de Formosa. El malayo no solamente se ha extendido por las Islas Filipinas, sino que ha llegado hasta Formosa y Botel Tobago Xima, dando lugar a los dialectos siguientes: Botel Tobago Xima, Ami, Atayai, Banga, Bantanlag, Balusán, Favorbang, Kag-i Lilixa, Paohien, Palauan, Pepohoan, Pilam, Puyuma, Sek-hoán, Sibukan, Tamari, Tangao, Tipun, Tsarisen, Tauti-hoán, y Vonum. Las diferencias existentes entre éstos son del mismo carácter que aquellas que hemos observado entre los dialectos de Java, es decir, sustitución de unos términos por otros, cambios de acepción de una misma palabra, mezcla de palabras extranjeras, etc., etc. El sistema de numeración es malayo, y mientras la casi totalidad lo conserva y usa como único, salvo las modificaciones de alguna o varias letras, el *Pilum* dispone de dos o tres términos distintos para expresar cada uno de los nueve primeros números. Su léxico es también malayo, con la diferencia de que en vez de los términos árabes, ingleses, etc., que, según hemos visto, existen en éste, aquél tiene bastantes palabras chinas y japonesas.

El malayo se habla también en Singapur, en Ceilán, y según el misionero explorador M. C. Fontaine, en gran parte de las regiones enclavadas en la zona oriental de la cuenca del Mekong, desde la China y el Tonkín hasta la Cochinchina. En fin, es el idioma de la Oceanía, puesto que se habla en las islas que, partiendo de Sumatra, se extienden por el centro hasta más allá de las islas del Príncipe, con la excepción única de Carolinas y Palaos; por el norte en las de Sandwich y por el sur en los archipiélagos que tienen por límite la isla de Madagascar.

Las diferencias que separan al malayo polinesio del malayo de Sumatra y de Filipinas, son consecuencia del grado inferior de civilización que alcanzan los primeros. Así sucede que, mientras esa lengua ha llegado a un máximo de desarrollo y esplendor en el Archipiélago Magallánico, en cambio ha ido perdiendo elementos a medida que se aleja del centro indicado. Las lenguas de Formosa tienen dieciséis consonantes en vez de las dieciocho del malayo; las de las islas de Fiji y de los Amigos no cuentan ya más de quince; las de los Navegantes y Taiti, diez; las de Nueva

Zelanda, nueve; las de las islas Marquesas, ocho, y, por último, las de las islas Sandwich, sólo siete.

Por el contrario, puede decirse que el empleo de vocales se halla en razón inversa. Eso que podríamos llamar *equilibrio* entre consonantes y vocales, es decir, el cuidado con que en malayo se coloca casi siempre una consonante entre dos vocales a fin de evitar el hiato, desaparece por completo en los idiomas polinesios y especialmente en los de Sandwich e islas Marquesas, donde se encuentran hasta siete vocales seguidas, cual ocurre en la palabra *kaya-kaya*, que significa en malayo *muy rico*, y se transforma en aquéllas en *haaiaaia*, grandes riquezas.

Por otra parte, si en la lengua de países civilizados se observan con tanta frecuencia provincialismos y variantes dialectales a pesar de una educación lingüística que comienza en la misma niñez, no es de admirar que faltos aquellos países de pauta reguladora y sin norma alguna a que atenerse, introduzcan múltiples modificaciones de carácter local que deformen más o menos la estructura de la lengua madre. Sin entrar en detalles más minuciosos, citaremos tan sólo la palabra *dos* para confirmar lo dicho. Ese numeral se expresa en javanés por *ro* o *loru*; en batak, por *duá*; en Baya Marul (Borneo), por *dut*; en *Zayan* (Borneo), por *duá*; en Buled-Upi, *duha*; en Bugui, por *duá*; en Arfura (Isla de Waigion), por *dui* o *seru*; en Uleay, por *rua*, en Ponapé, por *riau*; en Radak, por *tuo*; en Savu, por *vua*; en Taíti, por *rua*; en Vaihú, por *rua*; en Huka-Hiva, por *uá*; en Amsterdam, por *uá*; en Tonga, y Fiji, por *rua*; en Maori y el Príncipe, por *rua* y *lua*; en las Islas de Salomón, por *rua*, y en Madagascar, por *rooe*. Como se ve cada tribu pronuncia esta y lo mismo las restantes palabras de su sistema numeral cambiando letras o suprimiéndolas; pero a pesar de eso queda siempre un indicio de parentesco que denuncia la unidad primitiva de todos ellos. Este sistema de numeración se usa en Malaca y demás regiones ya citadas del Continente asiático y en toda la Malasia y Polinesia, con excepción de Ternate y de los idiomas micronesios de Carolinas, Marianas y Palaos, menos Ponapé. Hay asimismo un fondo lexicográfico común, idénticos procedimientos gramaticales y por lo general los mismos términos para la expresión de proaombres, sobre todo demostrativos.

La misma sencillez de la gramática malaya favorece la difusión del idioma, cuyos cambios se mantienen siempre dentro de cier-

los límites impuestos y condicionados por caracteres étnicos no sólo psicológicos, sino también fisiológicos y anatómicos.

El carolino propiamente dicho o la lengua de Jap. Aunque en algunos puntos de Carolinas, como Ponapé, se hablan dialectos mezclados de términos malayos, parece indudable que han sido importados por emigrantes filipinos; de aquí el que hagamos ahora caso omiso de ellos, pasando a estudiar el idioma de Jap, que consideramos como lengua propia de aquellos pueblos.

Los primeros estudios acerca del idioma de Jap se deben a los misioneros capuchinos españoles, que escribieron la única gramática que conocemos de la lengua citada. Hasta 1888, en que vio aquélla la luz pública, sólo se disponía de algunas listas de palabras carolinas, consignadas en los viajes del *Astrolabio* y demás navíos exploradores de principios del siglo pasado. Estos datos eran insuficientes por sí solos para establecer juicio fundado acerca de la estructura de dicha lengua y, por consiguiente, para ensayar una clasificación filológica de la misma. De aquí las inexactitudes en que se ha incurrido al clasificarla, considerándola unos como monosilábica; otros, entre los cuales se halla el Abate Favre, como un dialecto malayo, y, finalmente, el incansable y malogrado explorador español Enrique d'Almonte, como resto de un antiguo dialecto polinesio. Un examen detenido del idioma en cuestión nos hará ver el verdadero carácter del mismo y sus relaciones con otras lenguas.

Alfabeto carolino. Consta el alfabeto carolino de veinticinco letras, o con más exactitud de veintisiete, puesto que la *é* y la *ó* tienen doble sonido. Dispone, por lo tanto, de cinco letras consonantes más que el malayo y sus derivados, a saber: *ch*, *j*, *z*, *ts*, y, *f*. Vemos, pues, que mientras el malayo de las islas más próximas al archipiélago carolino ha ido perdiendo consonantes, éste conserva las suyas en número doble con respecto a algunos, y casi doble relativamente a otros.

¿Usaron los carolinos caracteres alfabéticos? Parece que no, a juzgar por el testimonio de Santiago Arago, cronista del viaje del *Urania*; pero en cambio conocían muy bien la escritura jeroglífica, como él mismo pudo observar. En la obra del autor citado, titulada *Memorias de un ciego*, aparece una muestra de dicha escritura, trazada, según aquél, con caracteres rojos y destinada a un señor Martínez que probablemente ejercía algún cargo público en aquella colonia. Es una tabla de forma cuadrilátera y contornos

desiguales. En el medio se ve un ramo que semeja una convolvulácea, y coronando ésta otra figurilla como de niño. La figura de la parte superior, es decir, la del niño, «sería, observa Arago, para mandar felicitaciones; los signos colocados en la columna de la izquierda indican los géneros de mariscos que el carolino enviaba al Sr. Martínez; y en la columna de la derecha estaban pintados los objetos que en cambio quería, a saber: tres grandes anzuelos y cuatro pequeñitos, dos pedazos de hierro cortados a manera de hacha y otros dos más largos. El Sr. Martínez lo comprendió perfectamente, sostuvo su palabra y aquel mismo año recibió en testimonio de reconocimiento un gran número de hermosos mariscos, los cuales me regaló.» Vemos, pues, que a principios del pasado siglo estaba en uso la escritura ideográfica entre los habitantes de las Islas Carolinas, como lo estaba entonces y aun hoy el alfabeto malayo entre ciertas tribus de Mindanao.

Elementos gramaticales del carolino. Al contrario de lo que hemos observado en el malayo, empléanse constantemente en el carolino los artículos, lo mismo en singular que en plural. Para uno y otro tiene elementos adecuados que constan de una partícula o tema idéntico e invariable y un sufijo que cambia del singular al plural: el, la, lo, *faré*; los, las, *fapt*; todavía encontramos una tercera terminación, *fagali*, para expresar el dual, es decir, los dos, las dos: el hombre, *faré Pimohon*; los pájaros, *fapt artsé*; los dos pájaros, *fagali artsé*. En esta materia lleva, por lo tanto, la lengua de Jap una ventaja positiva sobre el malayo y sus afines.

Nombres. En carolino tienen el carácter nominal aquellas raíces que sin el concurso de elemento alguno poseen significación de sustantivos. Son invariables, y para modificar su significación, empléanse procedimientos semejantes a los que hemos descrito ya en las lenguas oceánicas restantes.

Pronombres. Tratando de los pronombres, comenzaremos por señalar la existencia de declinaciones que no hemos observado en ninguno de los idiomas polinesios arriba citados. Véase el siguiente cuadro:

Pronombres carolinios.

Singular 1.ª persona.		Plural absoluto.	
Yo.....	Igag	Nosotros.....	Gadad
De mí.....	Rog	De nosotros....	Rodad
Para mí.....	Gufanay	Para nosotros..	Ngadafaneu
Mí.....	Ngog	Por nosotros...	Ngodad
En, por.....	Rog	En, con.....	Rodad

Dual absoluto.		Plural exclusivo.		Dual exclusivo.	
Ns. dos.	Gadou	Ns. solos .	Gomad	Nos. dos solos..	Gomôu
»	Bodou	»	Romad	»	Romôu
»	Ngadafaneu	»	Gufaned	»	Guífaneu
»	Ngodou	»	Ngomad	»	Ngômôu
»	Rodou	»	Romad	»	Romôn

Singular 2.ª persona.		Plural.		Dual 2.ª persona.	
Tú.....	Igur	Vosotros..	Gemed	Vosotros dos..	Gumeu
De tí.....	Ròm	De, etc....	Romed	»	Romeu
Para tí... ..	Mufanay	»	Mufaned	»	Mafaneu
Te, a tí... ..	Ngôm	»	Mgomed	»	Ngomeu
En, etc....	Rom	»	Romed	»	Gumeu

Singular 3.ª persona.		Plural.		Dual.	
El, ella....	Fanem	Ellos, etc.	Pitsanem	Ellos dos...	Galitsamen
»	Roc	»	Rorad	»	Rorou
»	Fanay	»	Rofad	»	Rafaneu
»	Nḡac	»	Ngorad	»	Nḡorôu
»	Rôc	»	Rorad	»	Rorou

En ella, se observa la formación de los casos por medio de raíces propias en las primera, segunda y tercera persona singulares. Los plurales absolutos se derivan del mismo singular cambiando la letra inicial nominativo por otra distinta y adicionando los sufijos *ad* y *eu*; los plurales exclusivos, sustituyendo las letras segunda y tercera de los anteriores, o sea vocal y consonante, por otras distintas: *gadam*, nosotros, por *gomad*, nosotros solos; y *gadamou*, tú y yo, por *gomou*, tú y yo solamente. Como se ve, el procedimiento es sumamente sencillo, regular y de una perfección lingüística comparable a la que ofrecen los idiomas indoeuropeos y muy superior a la que presentan la mayoría de los que conservan aún sus declinaciones.

Nos encontramos, pues, aquí con casos de verdadera flexión por causa de la modificación de la raíz, bajo la influencia más o menos directa de los sufijos.

Debemos hacer notar todavía otros caracteres muy dignos de mención en el caso presente. 1.º, la existencia de varios plurales para evitar repeticiones y circumloquios muy frecuentes en otras lenguas; 2.º, la duplicidad de pronombres demostrativos destinados unos para expresar las personas y otros para los animales y las cosas; 3.º, la duplicidad de posesivos empleados en un caso para designar partes de nuestro cuerpo y otras veces para todos los objetos que no tienen relación con él; 4.º, la duplicidad de pronombres relativos, unos para personas y otros para animales y cosas.

Por estos conceptos parece indudable que el carolino es verdadero modelo lingüístico, superior a los idiomas polinesios y tan perfecto como las lenguas más acabadas.

Verbos. Como lengua aglutinante, tiene este idioma raíces que adoptan significación más o menos general de verbos. Estas raíces son algunas veces *uniliteras*, cual ocurre con la que expresa la idea de morir, representada por una sola *m*. Esta letra se pronuncia en la conjugación mediante el auxilio de la vocal última del pronombre que siempre la precede: yo muero, *Congum*. Otras raíces son monosílabas, como *og*, decir; y por último, las hay polisílabas y propias de idiomas polisintéticos, como *gozagacey*, deshacer.

Se conocen en carolino hasta seis modelos de conjugación. En todos ellos se forman los singulares de los tiempos presentes con una raíz invariable precedida de partículas pronominales; yo deshago, *ngogo gozagacey*; los restantes tienen ya un sufijo propio

de cada uno de los tiempos. Las personas de éstos se distinguen mediante pronominales propias de cada una: nosotros deshaeíamos, *do gozagacey ed*. A veces se repite la misma partícula pronominal para las primeras personas de dos tiempos similares; y entonces basta para distinguirlos la presencia del sufijo peculiar de cada tiempo: nosotros hablamos, *cada-non-ad*; nosotros dos hablamos, *cada-non-ôu*.

Constan las conjugaciones de tiempos presente, pretérito, futuro e imperativo, además del participio pasivo. Cada uno de los tres primeros tiempos tiene un plural absoluto y otro restrictivo y dos duales, absoluto y restrictivo. El imperativo, plural y dual.

El mecanismo de la conjugación es análogo al de las declinaciones pronominales, y ambos obedecen a un plan idéntico, sencillo, perfecto, que llamará siempre con justicia la atención de los filólogos.

Adverbios. La lista de adverbios carolinos es numerosa en todas las clases, observándose algunos que están tomados del malayo.

Numerales. El sistema de numeración tiene palabras para designar los números desde el uno al diez, para el veinte, treinta, cuarenta, etc., hasta mil. No hemos encontrado término alguno que signifique millón. Pueden contar hasta el novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve. Algunos de los términos citados son monosílabos: uno, *reb*; dos, *rub*; cinco, *lal*; seis, *nel*; otros son disílabos: tres, *adolib*; ocho, *meruc*; nueve, *merec*; diez, *argag*; finalmente: cuatro, *aningec*; siete, *medilib*. También es monosílabo el veinte, *r'liu*, y el ciento, *raay*. Los restantes son disílabos o trisílabos: treinta, *aguyey*; cincuenta, *uguem*. Para expresar los números intermedios o entre el diez y el veinte, entre veinte y treinta entre treinta y cuarenta, etc., etc., se valen de la combinación de estos últimos con los nueve primeros: *argag nge tareb*, es decir, diez y uno; *r'liu nge logoru*, veintidós; *uguem nge-lal*, cincuenta y cinco.

Comparado este sistema con el polinesio ya citado, no se advierte entre ambos ni la semejanza más remota.

Partículas. Con este nombre se conoce en el carolino un número de raíces que, sin ser indispensables para la claridad de la expresión, constituyen, sin embargo, el complemento eufónico de la frase. Son las siguientes: *mere*; mañana vengo, puede decirse *cabut e gub* literalmente, pero el carolino añade siempre la par-

licula *mere* en estas formas: *mere cabul egub*, *cabul mere egub* y *mere cabul mere egub*. De un modo semejante proceden con *ra*, *ri*, *fil*, *de*, *butsugury* y otras. El cúmulo de prefijos determinantes de la significación de las raíces parece inferior al que observamos en los idiomas polinesios, lo cual tiene su explicación con sólo recordar que mientras la conjugación malaya forma, por lo regular, sus tiempos con el auxilio de dichos elementos, son éstos excluidos por la indole y factura especial de la carolina.

Léxico carolino. Los datos que conocemos acerca del léxico carolino son insuficientes para juzgar de su riqueza. Desde luego creemos poder afirmar, que posee cuantos términos son necesarios para la expresión adecuada de los actos vitales, así del orden intelectual como del sensible, etc., de los miembros del cuerpo humano, de los animales y plantas de aquellas regiones, etc., etc. Tiene palabras distintas para designar el agua, según sea dulce o marina; al cadáver lo llaman *Edou* si la muerte ha sido violenta y *yam* en caso opuesto. No hemos visto término que signifique escribir, pero en cambio *babier* significa libro y *arifiri'fuéy* pintar.

Los idiomas europeos no han dejado huellas en la lengua carolina, como las dejaron en el malayo, javanés, etc.; pero sí hemos encontrado algunas raíces malayas. La mayoría de las raíces de la lengua de Jap son disílabas, no son tampoco raras los monosílabas; pero en cambio es muy corto el número de las trisílabas y más aún el de las tetrasílabas.

El uso constante de la *ts*, de la *f* y *z* y a veces de la doble *r* unido a las terminaciones *ay*, *ad*, *en*, *ul*, etc., dan a las palabras carolinas un sonido, una fisonomía especial y característica, que jamás podrá asimilarse a la que es propia de los léxicos malayos, ni confundirse, por lo tanto, con ella.

He aquí la serie de consideraciones que nos han conducido a establecer, en contra de la opinión de algunos filólogos, una separación completa entre este idioma y los demás arriba estudiados.

Lenguas de los negritos australianos.

Carecemos de datos suficientes para juzgar de la estructura gramatical de las lenguas citadas. Nuestras observaciones están fundadas en el examen comparativo de los léxicos correspondientes

a varias tribus habitantes, unas en la circunscripción de Sidney, otras en Puerto del Rey Jorge, otras en Irruk (Isla del Estrecho de Torres), y, por último, otras en Isla Mera (Murray) en el mismo estrecho.

La raíces por nosotros examinadas son casi todas disílabas, algunas trisílabas y por excepción hemos observado alguna monosílaba. La combinación de letras y de sílabas es muy sencilla, sin que aparezca en ellas, si no muy rara vez, el hiato, ni siquiera la formación de palabras por duplicación del radical. No se aprecia semejanza alguna entre unos y otros, al contrario de lo que se ve en los dialectos de los negritos de Filipinas. Sol, *Koang*, Sidney; *Chaal* (Puerto del Rey Jorge), *Mey* (Isla Mera). En casi todos estos aparece un fondo común de términos iguales, algo deformados por la distinta pronunciación que suele dárseles en las diferentes rancherías. La mayoría de ellos llevan el sello malayo, cosa que no ocurre en los dialectos australianos, cuyas palabras nos parece que recuerdan más bien a otras pertenecientes a idiomas de Suramérica.

El sistema de numeración es quinario en algunas tribus de Sidney y de Puerto del Rey Jorge, pero no hemos podido notar la menor semejanza entre el de estas últimas, y el perteneciente a las primeras.

Australianos de Sidney.

- 1 Uaglé
- 2 Bula
- 3 Bruí
- 4 Karga
- 5 Blauré

Australianos de Puerto del Rey Jorge

- Kalu
- Koyin
- Tuan
- Orre
- Pul

Desde esta última cifra comienzan a contar: *Blauré naglé. pül kalu*, o sea cinco y uno, cinco y dos.....

Estos procedimientos nos recuerdan otros semejantes, observados entre los montañeses de Sunda — Java — donde contaban antes por 6; del *püde* — Isla de Flores — donde dicen cinco y mano, o sea, diez; del *achagua* — Colombia — donde *abacaje*, significa cinco dedos de una mano; *tuchamacaje* diez dedos de dos manos, y por último de los negritos de la provincia de Bulacán, donde el diez, se expresa por ma-ma-pa, igual a *dedos de dos manos*.

Lenguas aborígenes de América del Sur. El Quechua, el Pano, el Guaraní, el Cumanagoto, el Saliva, etc.

Ante la imposibilidad de ocuparnos de la multitud de lenguas y dialectos, hablados en los extensos territorios de Suramérica, hemos de referirnos, siquiera sea brevemente, a los arriba dichos, no sólo por su importancia y difusión considerables, sino también por haber dispuesto nosotros de obras clásicas que nos han servido de guía para el examen y conocimiento de las mismas.

Quechua. Era el idioma de los Incas o Reyes que dominaron en el Perú, antes de la llegada de los españoles. El imperio inca abarcaba en la época de su esplendor una multitud de pueblos que habitaban la inmensa extensión de tierra limitada al N. por el río Ancumayo entre Quito y el Pasto, bajo la línea equinocial y al S. por el río Manli, que corre E. W. E. pasado más allá de Chile y distante más de 40° al S. del Ecuador con una anchura que oscilaba entre 120 y 70 lenguas aproximadamente. Los reyes incas acometieron la ardua empresa de imponer su idioma en todos sus dominios, unificando así aquella multitud de pueblos separados unos de otros, por diversidad de lenguas y costumbres. Para realizarla establecieron escuelas de quechua en todos los pueblos de su imperio, y exigieron el conocimiento de esa lengua, a toda persona mayor, como condición indispensable para ejercer cargo público. Semejantes medidas contribuyeron, de un modo especial, al estudio y perfeccionamiento del quechua, y a la investigación de sus leyes gramaticales, dadas a conocer por los misioneros españoles que evangelizaron aquellas regiones.

El quechua y sus congéneres citados son idiomas aglutinantes, como lo son las lenguas polinesias; pero mientras en éstas se halla restringido el uso de sufijos tan sólo a ciertos y determinados casos, en aquél siguen, casi siempre, a la raíz, ocupando en la palabra el lugar postrero, y por lo tanto, se clasifican aquéllos como *idiomas aglutinantes con sufijos. Alfabeto.*

Tiene cinco vocales y diez y nueve consonantes. Carece de *f* como el malayo, y casi todos sus derivados, y además de la *j*, *v*, y *x*. La *g* es suave, y se confunde a veces con la *c*, haciendo v. gr.: *punga púnca*, que significa hoja; la *b* conviértese asimismo en *p*, y en lugar de *pamba* pronuncian *pampa*; la *ch* adopta un sonido sibilante, de la *e* no hacen apenas uso, y la *o* suelen confundirla con la *u*,

a semejanza de los idiomas polinesios. La *ng*, tan característica de estas últimas, no existe en el quechua.

Faltan en esa lengua, como en el malayo y javanés, los términos correspondientes a nuestro artículo *el, la, los*; pero, en cambio, dispone de declinación idéntica para el sustantivo y el pronombre. Esta se hace por medio de sufijos en la siguiente forma:

Nom.	Huasi,	la casa.
Gen.	Huasip, pa, pac,	de la casa.
Dat.	Huasipac,	para la casa.
Ac.	Huasita,	a la casa.
Voc.	Huasi,	»
Abl.	Huasipi,	en la casa.

El plural lo componen intercalando la partícula *una* entre el sustantivo y el sufijo:

Huasicuna,	las casas.
Huasi-cunap-p,	de las casas.
Huasi-cuna pac,	para las casas.

.....

Pronombre.	Ñuca,	Yo.
	Ñucap,	de mí.
	Ñucapac,	para mí.

.....

En el plural interponen solamente la partícula *cu* menos en la primera persona:

Ñucaycu,	nosotros.
Ñucay-cu-p,	de nosotros.
Ñucay cu-pac,	para nosotros.

.....

.....

Numerales.—El sistema de numeración es completo y llega hasta el millón. Comparado con el ya descrito al tratar de los idiomas polinesios, obsérvese, ante todo, una desemejanza absoluta entre los términos respectivos: en lugar de *isa, addua, atlu apat*, etc., dicen los quechuas *suc*, uno; *iscay*, dos; *quimsa*, tres; *chusco*, cuatro, etc., etc. El mecanismo para formar el once, doce, etc., está de acuerdo con el malayo y javanés ya citados: *chunga suc*, once; *chunga iscay*, doce... *iscay chungu*, veinte: es decir, *dos diez*es... mil, *huaranga*, etc., etc.

Verbos.—Los verbos quechuas se conjugan todos de la misma manera y son, por consiguiente, regulares. Sus modos son los ya citados al hablar de las lenguas polinesias. El infinitivo termina siempre en *y*; pero esta letra se suprime al formar los tiempos verbales.

Los tiempos se distinguen mediante interfijos a excepción del presente que sólo consta de raíz y sufijo. Este se repite en todos los tiempos:

Ñuca ca ni,	yo soy.
Cam ca nqui,	tú eres.
Pay can,	él es.
Ñucanchic canchic,	nosotros somos.
Cancuna canquichic,	vosotros sois.
Paycuma ca-n,	ellos son.

El perfecto o pasado tiene por característica la partícula *rea*:

Ñuca ca-rea-ni, yo era.

El pluscuamperfecto emplea la partícula *sca*:

Ñuca ca-sca ni, yo había sido.

Estos interfijos se repiten en la conjugación de los verbos todos, mas no así los sufijos. En los verbos transitivos se hallan sustituidas las terminaciones arriba citadas: *ni*, *nqui*, *nchic*, etc., por *iqui*, *iquichic*, *iqui*, etc.:

Ñuca cuya iqui, yo te amo.
 Ñuca cuya iquichic, yo os amo.

 Ñuca cuya rea yqui, yo te amaba.

Cuando el sujeto es la acción de la segunda persona, empléase el interfijo *huanqui*: *Cam-cuya-huanqui*, tú me amas.

Dicha partícula cambia por *huarcan* en el pretérito perfecto; por *huascan* en el pluscuamperfecto; por *huay* en el imperativo; por *huapti* en el presente de subjuntivo, etc., etc., y, finalmente, por *hua* en el gerundio.

El quechua tiene todos los tiempos del castellano, menos el imperfecto y el futuro perfecto.

La conjugación es un modelo de sencillez, comparable a las más perfectas de las lenguas europeas.

A semejanza de lo que hemos observado en las lenguas malayas, la raíz verbal modifica su significación por la influencia de partículas que en vez de anteponerse a dicha raíz, cual ocurre de ordinario en aquéllas, aquí en el quechua, se posponen a la misma u ocupan un lugar medio entre la raíz y el sufijo terminal: así, de *cuguni*, mover, hacen *cuy-ca muni*, ponerse en movimiento; de *cuyani*, amar, *cuya-cu ni*, amarse; de *yacu*, agua, *yacu-chani*, regar; de *rimani*, hablar, *rima-icani*, estar hablando, etc., etc.

El número de partículas quechuas es bastante superior al de las malayas; hemos contado más de treinta de aquéllas, mientras que éstas no llegan siquiera a la mitad, aunque ligadas unas a otras por idéntico oficio gramatical, media entre ellas la desemejanza fonética más completa. Las partículas malayas *ber*, *ter*, *di*, *meng*, *ma*, *maca*, *naga*, etc., etc., se hallan sustituidas en quechua por *ca*, *cu*, *cha*, *chi*, *ica*, *illa*, *paya*, *napa*, *yacu*, *yachi*, *yoc*, etc. Sólo *mi*, *ca*, *na*, *naya* y algunas más recuerdan algún tanto a las de algunos dialectos malayos.

Léxico quechua.— El léxico quechua es abundante y rico. Apenas se encuentra en él una raíz monosílaba; en cambio son frecuentes las raíces disílabas y las hay de tres y cuatro sílabas en número bastante crecido. Las terminaciones en *ni* son muchas, y por este concepto la lengua quechua nos recuerda, sin duda, al italiano: *inairachini*, abanicar; *saquini*, abdicar; *utcachini*, abreviar; *tucurini*, acabar, etc., etc.

El Pano. Es un idioma común a todas las tribus que ocupan las regiones del Ucayali y «Madre de Dios». De él son derivados los dialectos Settebo, Shipibo, Cunibu y Cashibo, además de aquellos que son propios de las tribus *araonas* y *pacaraguas* en el mismo «Madre de Dios».

Alfabeto. Consta de cinco vocales a, e, i, o, u. Confunden con frecuencia la e y la i, así como también la o y la u. Sus consonantes son las del castellano, menos la f y x, de las cuales carece. La d sólo se usa en medio de palabra como *adiza*, yuca. La j se pronuncia fuerte, y adquiere a veces sonido de h aspirada. La l y ll, sólo muy rara vez se emplean.

Tiene además el alfabeto pano la Sb, que suena como ch francesa y la tt y tz que se pronuncian muy claras.

El pano tiene como el quechua una sola declinación para los nombres una conjugación para todos los verbos, e idéntico mecanismo, para formar los pronombres posesivos. Existe, por consiguiente, entre ambos verdadera semejanza de procedimientos, al modificar y concretar el valor significativo de las raíces tanto nominales como verbales: así de *huañuni*, morir, hacen en quechua, *huañu-chini* matar, *huañu-chi-chini*, hacer matar, *huañu-nayani*, estar agonizando: en pano de *mahuai* morir, hacen *mahuai-mai* matar, *mahuai mama*, hacer matar, *mahuai-casa* agonizar. De *huasi*, casa hacen en quechua *huasi-yoc*, el dueño de la casa; en pano, de *tapin*, casa, hacen *tapin ya*, el dueño de la casa.

Sin embargo de esto, median entre quechua y pano diferencias muy notables, relativas sobre todo a las declinaciones y conjugaciones. Mientras que la declinación quechua distingue por medio de terminaciones propias los casos unos de otros, según hemos visto, en el pano sólo carece de sufijo terminal el nominativo, hay uno común para genitivo y dativo, y dos distintos para el acusativo y ablativo, respectivamente.

Nom.	Juni	El hombre
Gen.	Juni-na	De el hombre
Dat.	Juni-na	Para el hombre
Ac.	Junti-no	Al hombre
Voc.	Juni	Oh hombre
Abl.	Juni-bué	Con el hombre

Para distinguir el plural del singular, añaden a éste el sufijo *bu*

Nom.	Juni-bu	Los hombres
Gen.	Juni bu-na	De los hombres

Abl.	Juni-bu-buélan	Con los hombres.

Con respecto a la conjugación, podemos afirmar que se diferencia todavía más que la declinación, cuando aquélla se compara con la que hemos descrito al tratar del quechua.

En la conjugación del dialecto pano observamos con respecto al verbo *iqui* que significa *ser*, las siguientes particularidades: 1.ª Las personas se distinguen tan sólo por el pronombre, observán-

dose la falta del sufijo que caracteriza a la verdadera conjugación, como vimos en el quechua: ejemplo *iqui*, ser:

Ebi iqui	Yo soy.
Mibi iqui	Tú eres.

2.º El plural presente tiene un sufijo para distinguirlo del singular:

Nubi iqui-icañ	Nosotros somos.
----------------	-----------------

3.º El pretérito imperfecto se forma prefijando la partícula *iba*, y anteponiendo la *s* a la raíz verbal; en el singular:

Ebi iba s-iqui	Yo era
.....
.....
.....

Para formar el plural interponen *can* en medio de la palabra citada y así dicen

Nubi iba-can-siqui	Nosotros éramos
.....
.....

Los tiempos restantes, puede afirmarse que cada uno constituye por sí un modelo distinto de conjugación:

Ebi-ra itose	Yo había sido
.....
.....
Nubumbi- rana itose	Nosotros habíamos sido
Ebi ibano	Yo seré
.....
.....
Nubumbi-ca-icano	Nosotros seremos
.....
Ebi rura-ibacque	Yo habré sido
.....
.....
Nubi rurana-ibacque	Nosotros habremos sido
.....

Es realmente muy digno de notarse este modelo de conjugación, en que la raíz *iqui* se transforma en el imperfecto de indicativo

en *siqui*; en el imperfecto de subjuntivo, en *qui*; en el infinitivo, en *in*; en el participio de presente, en *icai*; en los gerundios, en *imon*, e *icars*, quedando reducida a una simple *i* en el pluscuamperfecto, futuro imperfecto y futuro perfecto de indicativo: yo había sido ebi-ra *itose*; yo seré, ebi *ibano*; yo habré sido, ebi *rura-ibacque*.

Esta irregularidad tan digna de mención, no aparece en las conjugaciones de los verbos restantes, donde la raíz conserva su ser individual en todos los tiempos.

Sistema de numeración. Consta, al parecer, de sólo dos términos, *jachupi*, uno, y *rabué*, dos. El cuatro, lo forman diciendo *rabue-rabué*, es decir, dos y dos. Los restantes, se suplen contando por los dedos, y tomando los términos del quechua.

Sufijos verbales. Las raíces verbales modifican y concretan su significado general por la influencia determinativa de los siguientes sufijos: *casal casel, casi*, dar al verbo la expresión de deseo: *piai*, comer; *picasi*, tener hambre.

May añadida al verbo, significa ejecución: *mahua-mai*, matar; *mahua-mamai*, hacer matar. *Na*, indica reciprocidad, *ni* tiempo presente, *raman*, interrogación, etc.

Hay asimismo partículas nominales que expresan pluralidad, como *bu* y *bo*; negación, como *ma*; restricción, como *bires*; *jachupi*, uno; *jachupi-bires*, uno solo, etc., etc.

Léxico. Es abundante y consta de raíces, generalmente disílabas y trisílabas y aun tetra y pentasílabas, en gran número. Son muchas las terminaciones en *i, ai, ei, qui*, etc. Comparado con el quechua, apenas se encuentra un término común a los dos.

El Guaraní. Es la lengua de una multitud de tribus indígenas de América del Sur, diseminadas por la región meridional del Brasil, y por otras de Argentina, Paraguay, Uruguay y Quito.

Alfabeto. Carece el guaraní de la *f* (como las lenguas malayas) sustituyéndose por *p*; de la *l* que confunden con la *r*; de la *j*, en lugar de la cual, usan la *ch*; y por último de la doble *rr*. Tiene en cambio, sonido gutural y nasal, representado por el signo siguiente (—) colocado sobre la vocal o vocales y algunos más para los cuales no hay expresión alfabética.

Declinación. No existe en sentido estricto, ni aun con las limitaciones del Pano, pero se da el caso anómalo de tener un sufijo propio para el dativo, y nada menos que tres para el ablativo: véase:

Nom.	Aba.	El hombre.
Gen.	Aba.	De el hombre.
Dat.	Aba-upe.	Para el hombre.
Ac.	Aba.	Al hombre.
Voc.	Aba.	Oh hombre.
Abl.	Aba-guí.	Del hombre.
	> v'ehé.	Por el hombre.
	> p'ipe.	En el hombre.

En la declinación del pronombre siguen la misma regla, sin más diferencia que la de substituir la partícula *upe* del dativo, por el sufijo *be*.

Che.....	Yo.
Che-be.....	A mí.

El plural «nosotros» se expresa por medio de *oré*, o también *ñande*, formas distintas de la usada en singular.

La segunda persona del singular «tú», tiene su equivalente en *nde*, que se repite para todos los casos; plural «vosotros», *pee*; a vosotros *peème*, etc. La tercera persona «él, ella, ellos», *haé*, *haebaé* y para el dativo *haé upe*, como en la declinación del nombre.

Conjugación. La conjugación guarani tiene un carácter muy distinto de las ya citadas, al hablar del quechua y pano. Las personas se distinguen mediante prefijos *a*, *ere*, *o*, para el singular; *oro*, *ya*, *ña*, etc., para el plural, prescindiéndose en este caso de la costumbre general del uso del pronombre:

A-mboe,	Yo le enseño.
Ere-mboe,	Tú le enseñas.
O-mboe,	El le enseña.
Oro-mboe,	Nosotros dos enseñamos.
Ña-mboe,	Nosotros enseñamos.
P-mboe,	Vosotros enseñais.
O-mboe,	Ellos enseñan.

Los tiempos tienen sufijo propio de cada uno, mediante el cual se distinguen:

Amboé biña.	Yo enseñaba.
.....
.....

Amboé raco.	Yo enseñé.
.....
.....
Amboé rima acoiramo.	Yo había enseñado.
.....
.....

Para formar el imperativo, tienen tres clases de prefijos que dan lugar a otras tantas modalidades distintas: *e*, *te* y *pe* para el imperativo que podemos llamar *absoluto*:

Emboé.	Enséñale tú.
Tomboé.	Enséñele aquél.
Pemboé.	Enseñadle vosotros.
Tomboé.	Enséñenle ellos.

El imperativo *prohibitivo* lo forman con el presente, al que posponen la partícula *tey* y el sufijo *ne* de prohibición:

Amboé tey ne.	No le enseñes.
.....
.....

Finalmente, hacen el *permisivo* anteponiendo a la raíz verbal la *A* seguida de una vocal y una consonante eufónicas.

Tamboé.	Séame permitido enseñarle.
Teremboé.	Séate permitido enseñarle.
.....
Toromboé.	Séanos permitido enseñarle.
.....

Conjugaciones mediante pronombres.—Al mecanismo de conjugación que acabamos de exponer, sustituye en los verbos absolutos y neutros otro más sencillo, que consiste en colocar antes de la raíz los pronombres, *che*, *nde*, etc, en la siguiente forma:

Chemaëndua.	Yo me acuerdo.
Ndemaëndua.	Tú te acuerdas.
Imaëndua.	El se acuerda.
Oremaëndua.	Nosotros dos nos acordamos.
Nandemaëndua.	Nosotros nos acordamos.

En esta misma forma se conjugan el imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto de indicativo, añadiéndose, para el futuro, la particu-

la *ne* pospuesta a la raíz y anteponiendo la *t* al verbo al hacer el imperativo.

Partículas.—Los verbos guaranis reciben acción modificativa de algunos prefijos, a semejanza de las lenguas polinesias. Son los siguientes: *mbo* o *poro*, que incluyen concepto de generalidad: *ohapĩ*, lo quema; *o-poro-apĩ*, quema; *ye* o *ñe* sirven para convertir a un verbo en reflexivo: *ahãihu*, le amo, *aye-ahãihu*, amo a mí mismo; *yo* o *ño* indican reciprocidad: *ahãihu*, le amo; *oro-yo-ahũ*, nos amamos.

Las partículas *mbo* y *mo* significan hacer que otro haga. *Ro* y *mo* expresan acción en compañía.

En algunos casos ocupan aquéllas el último lugar, posponiéndose al verbo como verdaderos sufijos; así ocurre con la *e*: *ayapo*, hacer, *ayapo-é*, hacerlo aparte; con *en*, hacer una cosa después de otra, y con algunas partículas más.

Los participios, exprésanlos por medio de *hara*, *bae*, *temi* y *ĩra*: *hãihu*, amar, *hãihu-hara*, el que ama; *aha*, voy; *oho*, va; *oho-bae*, el que va.

Numerales.—Son cuatro en esta lengua: *petẽ* o *moñepetey*, uno; *mocoĩ*, dos; *mbohapi*, tres; *yrundĩ*, cuatro. Los ordinales se forman anteponiendo *yomo* al numeral y posponiendo *haba*: *yomopetĩ* *haba*, el primero.

Abundancia de prefijos, sufijos e infijos en el Guaraní.—Este idioma dispone de un número considerable de prefijos, sufijos y demás términos auxiliares, muy superiores al de todas las demás lenguas hasta ahora estudiadas. Fácilmente se comprende que, aun dentro de su carácter aglutinante, tiene el guaraní recursos más que abundantes para dar a su estilo una variedad que no es dable conseguir en sus similares de América.

Léxico.—No es menos rico que el quechua y el pano. Sus palabras tienen prefijos cuyas primeras letras son: la *i*, la *t*, la *che* la *mb*, la *ey*, etc. Adquieren por estas circunstancias una fisonomía propia en virtud de la cual se distinguen a primera vista de las que son características de otros idiomas semejantes.

Por primera vez encontramos también en el guaraní la *ng* tan usada en los idiomas todos de la Polinesia.

El Cumanagoto. Con este nombre fué designada la lengua de las tribus indias, pobladoras de la región de Venezuela.

Formada esa nación por un agregado heterogéneo de pueblos

completamente distintos de ella, su idioma no podía menos de reflejar las influencias de factores tan diversos, resultando de aquí un conjunto filológico constituido por varios dialectos diferenciados unos de otros por más de un concepto.

Alfabeto. Carece este alfabeto de la *ng* del guaraní y también de otras letras, como la *g*, *f*, *z*, y algunas más.

Declinaciones. La del nombre es semejante a la estudiada en el guaraní, es decir, que aquél permanece invariable en todos los casos sin más diferencia de unos a otros que la adición de un sufijo para el dativo y de tres para el ablativo:

Yechem	Señor
»	Del Señor
Yechcem úya	A o para etc
Yechem	Al Señor
Yechem	Oh Señor
Yechem poy	El Señor

La declinación de los pronombres está sujeta a leyes muy semejantes a las que rigen para el nombre.

La primera persona del singular se expresa por medio del término *Vre*, que se repite en todos los casos, sin más variante que aquella que resulta de añadir los sufijos *isya* al dativo, y *yac* para el ablativo.

Las restantes son como sigue:

Amuere	Tú
Muche	Aquel
Amna	Nosotros
Amiamorcomo	Vosotros
Muchiamo	Aquéllos

Para expresar con énfasis los pronombres añaden *re* o *ro*, *Amuers-re*, tú mismo, etc.; *Amiamorcomo-re*, vosotros mismos.

Tienen conjugación para el reflexivo de tercera persona:

Tipueque	De sí
Tiuya	Para
Taquer	Consigo
Chaquer	Conmigo

.....

Además de los pronombres citados hay todavía otros que los antiguos tratadistas conocían con la denominación de «pronom-

bros derivativos». Desempeñan éstos triple oficio, a saber: de sustantivos, de calificativos y al mismo tiempo de posesivos.

Yequin	<i>Cosa mía</i> ANIMADA
Muchir	<i>Cosa mía</i> INANIMADA
Avequin	<i>Cosa tuya</i> ANIMADA
Amuchir	<i>Cosa tuya</i> INANIMADA
Chequin	<i>Cosa suya</i> ANIMADA
Tequin	<i>Cosa suya</i> INANIMADA
Ymuchir	<i>Cosa nuestra</i> INANIMADA
.....
.....
Amiamorcomo muchir	COSA VUESTRA, ETC.
.....

Conjugaciones. Atendiendo a la terminación del presente de infinitivo pueden distinguirse en la lengua cumanogoto hasta cinco clases de conjugación, a saber: la de aquellos que tienen su última sílaba en *ar* como *ygar*, quitar; la de los terminados en *er* como *chener*; mirar; la de los que acaban en *ir*, como *hueniquir*, dormir; la de los en *or* como *chapor*, hablar, y de los en *ur*, como *chayur*, tostar.

Los modos tienen sus finales de la misma forma: así el indicativo acaba en *ce* o *che*; el imperativo en *e* o *k*, y el subjuntivo en *chí*.

Los tiempos se forman mediante procedimientos idénticos a los del quechua, pano y guaraní. El presente y pretérito perfecto de indicativo constituyen para los cumanogotos un solo tiempo, que tiene por distintivo la partícula *hu*, antepuesta a la raíz verbal cuando ésta comienza por *a*, *e*, *o*; a pesar de esto, tienen también forma propia para el perfecto. El imperfecto se forma, posponiendo a la raíz el sufijo *puere*; el futuro, mediante adición de la partícula *chin*, y de un modo semejante los restantes:

Huaze	Yo soy
Maze	Tú eres
.....
.....
Huaze puere	Yo era
Maze puere	Tú eras
.....
.....

Huechy	Yo fui
Mechy	Tú fuiste
.....
.....
Huetacai	Yo había sido
Matacai	Tú habías sido
Etacai	El había sido
Amna metacai	Nosotros habíamos sido
Metacatei	Vosotros habíais sido
Etacatei	Aquéllos habían sido
.....
.....
Huechi	Yo sea
Mechi	Tú seas
Echi	El sea
Amnamechi	Nosotros seamos
Tatechi	Nosotros seamos (exclusivo)
Meteu	Vosotros seáis
Neteu	Ellos sean

El Tiene el idioma cumanagoto una forma particular para el subjuntivo negativo:

Huechnono	No sea yo
Techi	No seas tú
Echnono	No sea él
Amna echnono	No seamos nosotros
Teteu	No seáis vosotros
Echtono	No sean ellos

Hay también otro modo subjuntivo para expresar «cuando» por ejemplo

Hucchiriau	Cuando yo sea
Avechiriau	Cuando tú seas
Yvechiriau	Cuando él sea
Amnavechiriau	Cuando nosotros seamos
Quínechircomiau	Cuando nosotros seamos (exclusivo)
Avechircomiau	Cuando vosotros seáis
Yvechircomiau	Cuando ellos sean

Se conocen asimismo *tres formas de infinitivo* correspondientes respectivamente una al afirmativo y dos al negativo.

En resumen, la conjugación cumanogoto tiene para el indicativo los tiempos siguientes: presente, pretérito imperfecto, pretérito perfecto, pretérito pluscuamperfecto, futuro imperfecto y futuro perfecto. Hay además el imperativo, el presente de subjuntivo con *tres formas*, una para el optativo afirmativo, otra para el optativo negativo, y otra para el temporal «cuando»; el imperfecto de subjuntivo el perfecto, el pluscuamperfecto y un futuro. El infinitivo tiene *tres formas*, una afirmativa y dos negativas; ser, *huechir*, no ser *echipra* y también *huechimnar*.

Por último, debemos mencionar los participios de pretéritos *touechem*, cosa que es, *teuechamo*, cosas que son; y el gerundio que expresan así:

Echpor	De ser
Vechpor	Para ser
Vechet	Para ser
Vechirine	Por ser
Vechirpueke	Por ser

El idioma en cuestión, tiene una riqueza de formas en sus conjugaciones, cual no hemos visto en ninguna de las lenguas hasta ahora examinadas.

Es asimismo notable la sustitución del pronombre personal que precede o sigue el verbo en las conjugaciones de casi todas las lenguas por afijos a la raíz, así como las transformaciones que ésta experimenta en los distintos tiempos del verbo *ser*, en los cuales o desaparece por completo la raíz primitiva *huechir*, como ocurre en el imperativo *echke*, o quedan de ella tan sólo dos letras, como *echpuin*, cosa que no es.

Tampoco debemos omitir que el único pronombre personal que conserva su individualidad en todos los tiempos, es el *amna* equivalente a «nosotros».

En conjugaciones distintas de la citada obsérvase más regularidad, con respecto a la persistencia de la raíz en los diferentes tiempos: así en la conjugación del verbo *chapoicar*, que significa apartar, la raíz *apoica* no pierde esta forma en ninguno de los tiempos.

Carecemos de datos acerca de los numerales cumanogotos, tal vez por no existir realmente entre aquéllos términos apropiados al caso. Nada tendría de extraño, pues como hemos visto arriba,

el pano sólo tiene el *uno* y el *dos*, representados por *jachupi* y *rabué*, respectivamente.

Partículas. Hácese de éstas uso al formar las declinaciones y conjugaciones. En las primeras entran *pona*, *ca*, *yaca*, *cuaca*, *upiam iraguere*, etc., etc., para el acusativo, y *poy pra puin* y otras, para el ablativo.

Las verbales son, como hemos visto arriba, *hu*, *puere*, *chim*, *tupurpe*, etc., etc. No podemos equiparar por este concepto al idioma cumanogoto, con la lengua guaraní, cuya riqueza particularía supera, con mucho, a la del primero; pero sí haremos notar, que éste tiene en el acusativo y dativo verdadera exuberancia de posposiciones, que no deja de ofrecer contraste con la alta absoluta, de ellas para los restantes casos.

Léxico. Está formado por raíces disílabas y trisílabas que por adición de sufijos pasan, en conjugaciones y declinaciones, a formar palabras de cuatro, cinco y a veces hasta seis sílabas.

La factura especial de algunos términos denuncia bien a las claras su origen de otros idiomas americanos, distintos del cumanogoto.

Son numerosas las palabras que designan mamíferos, sobre todo aves y reptiles; pero en cambio no hallamos ninguna relativa a las plantas. Abundan mucho las raíces que comienzan con *i*, *chua*, *che*, *chi*, y *te*. No es raro encontrar distintas palabras para expresar una misma idea, pero de ordinario se observa que algunas proceden de los dialectos *caribe* y *palenque*.

Lengua sáliva.—Con este nombre fué designada por los americanistas el idioma de las tribus nómadas que, partiendo de las riberas del Orinoco y del Vichada, ocuparon primero el Macaco a últimos del siglo XVIII y, posteriormente, hacia la mitad del XIX, el Orocué, Barranco Pelado, San Juanito y Culloto.

Alfabeto.—Acerca de éste han publicado observaciones muy interesantes los PP. Agustinos Recoletos Pedro Fabo y Jesús Martínez. En conformidad con ellas podemos establecer las siguientes reglas: 1.^a El alfabeto sáliva conviene en líneas generales con los restantes del quechua, pano, etc., arriba citados; 2.^o La *j* tiene valor de *h* francesa; según el P. Fabo, la *ch* equivale al *ch* inglés; la *n* y *ñ* confúndense en virtud de la nasalidad de la pronunciación. La *f* tiene a veces sonido de *j* y la *t* sonido de *d*.

•Llama la atención que conozcan el sonido de *rr* como lo conocen y usan los guahivos, siendo cierto que de las lenguas americanas

tienden a desaparecer los sonidos dobles o fuertes, si no es que tienen oficio de onomatopeyas.» P. Fabo. Según éste, los achaguas, los guahivos y los tunebos, hacen frecuente uso de la *p*, *b*, *m*, que pronuncian y modulan con fuerza.

Declinaciones.—Se forman por idéntico procedimiento a los observados ya en los idiomas antes citados. El nombre permanece invariable y los casos se distinguen por medio de sufijos:

Cocó	El hombre
Cocó si	Del hombre
Cocó gua	Para el hombre
Cocó sebácuá	Al hombre
Cocó	Hombre
Cocó cui	Con el hombre

Para el plural emplean la partícula *jínco*, y a éstas posponen las mismas del singular:

Jínco	Los hombres
Jínco cocosi	De los hombres

.....

.....

De la semejante manera proceden los dialectos *guahivo*, *guajiro* y *caribe*, sin más diferencia que la resultante del uso de partículas peculiares a cada uno de ellos.

Conjugaciones.—Debemos advertir, ante, todo que existen con respecto a la conjugación sáliva dos clases de verbos o, mejor dicho, de raíces verbales: unas, que admiten infijos, sufijos y, por excepción, afijos, indicativos de tiempos, números y personas, y otros con solo sufijos que varían en cada tiempo y sirven para distinguir unos de otros, el presente del pretérito, éste del futuro y así sucesivamente. En estos segundos se hace necesario anteponer los nombres a la raíz verbal, para distinguir las personas, y los sufijos para expresar los tiempos, y así dicen:

Jinsi Yecadá,	Yo enseño.
Incuí Yecadá,	Tú enseñas,
Yojo Yecadá,	El enseña.
Jicu Yecadá,	Ella enseña.
An Yecadá,	Nosotros enseñamos.
Incuído Yecadá,	Vosotros enseñáis.
Ijñate Yecadá,	Ellos enseñan.

Para formar el pretérito perfecto cambian en *o* la *e* del verbo, en la primera persona del singular, y añaden la partícula *jioca*: yo enseñé *yo cadapioca* . . . nosotros enseñamos *y cadapioca* (suprimiendo la primera vocal de la raíz.)

Las partículas de los tiempos restantes son: *qua* para el futuro, *dí*, y *do* para el imperativo, *queda* para el presente de subjuntivo, *quache* para el imperfecto, etc., etc.

Se trata, por lo tanto, de una forma de conjugación rudimentaria e imperfecta y *no vista* en las lenguas americanas arriba citadas.

El otro modelo de conjugación sáliva guarda semejanza con los demás que ya conocemos. Tiene, sin embargo, algunas particularidades que anotaremos brevemente. Hay verbos como *quere*, hacer, en los cuales se forma el presente, añadiendo a la raíz (que en este caso permanece invariable) todos los distintos sufijos, que sirven para señalar las personas:

Querecha	Yo hago
Querecha <i>dí</i>	No hago
Quero <i>qua</i>	Tú haces
Quere <i>a</i>	El hace
Quereka	Ella hace
Querta	Nosotros hacemos
Querecuado	Vosotros hacéis
Quereja	Ellos hacen

Este mismo modelo se repite en los demás tiempos, sin más diferencia que la resultante del empleo de las partículas *jioca qua*, *quache*, etc., correspondientes, respectivamente a los tiempos restantes:

Querecha <i>jioca</i>	Yo hacía
.....
Querechaqua	Yo haré
.....
Queréchaquache	Yo hiciera

Para los gerundios de genitivo, dativo y acusativo, hacen uso de *vejeta*, *chu* y *veta*, sustituyendo además la vocal final de la raíz por *o*, o por *u*.

Querécho vejeta	De hacer yo
Querechupu	Para hacer yo.

En los participios de presente y de pretérito dicen: *querépa* el que hace, y *querépaob* los que hacen.....

A esta forma de conjugar, siguen otras, en las cuales se designan las personas, mediante cambio de la primera sílaba de la raíz; o sólo de la primera letra, la cual desaparece en la tercera persona del singular.

Chempa	Yo llevo
Cuempa	Tú llevas
Ympa	El lleva
Kempa	Ella lleva
Tempa	Nosotros llevamos
Cuempado	Vosotros lleváis
Jempo	Ellos llevan

Con esta misma forma y las partículas *jioca*, *qua*, etc. nos da el *sáliva* los tiempos restantes, a excepción del imperativo y los gerundios.

De lo dicho se deduce claramente la existencia de tres modos de conjugar, *completamente distintos*, en la lengua *sáliva*.

Sistema de numeración. Cuentan por los dedos de las manos y pies dice la Gramática *sáliva*, y varían en los vocablos según la significación del sustantivo a que se llegan los numerales y así *jatapa-coco*, un hombre; *jinote ñucuidima*, un día; *taite ñoate*, un hacha.

Los numerales de que hacen más uso son los siguientes:

Jotapa	1
Coaba haypciódé	2
Tirijuede	3
Quedepade	4
Baypecode	5
Jimeteate	6
Coimo jotupa	7
Coimo tinjuedé	8
Coimo quedepade	9
Coimobaypecode	10
Metada	11
Coabapa jotapa	12
.....
.....
Jotapa cocó	
Tisijuede jinco	40

«Esto quiere decir: veinte, *los dedos de un hombre*; cuarenta, *los dedos de dos hombres*; sesenta *los dedos de tres hombres*, etc. Regularmente usan de estos numerales para contar hombres y mujeres. Sus partes tienen otros numerales, aunque no todas.»

1 cabeza	Jiyuté iguchu
1 dedo	Yedede endече
1 casa	Yaicude ito

Son numerosos en el sáliva los adverbios y locuciones adverbiales, sobre todo de tiempo y así dicen: *abednanaje*, al amanecer; *abonatacoco*, a media mañana; *pacoco*, a medio día; *igunatacoco*, por la tarde; *payena*, cuando atardece, etc., etc.

Léxico. Sólo conocemos el del *r*. Jesús Martínez de San Agustín, publicado por el P. Fabo. Es una lista de unas mil palabras, expresivas de las acciones y objetos más usuales. Aunque no faltan entre aquéllas algunos monosílabos, la mayoría consta sin embargo de dos o tres sílabas. No son tampoco raras las de cuatro sílabas, como *chutopopo*, abismo; *najavaludí*, acertar; de cinco, *rapajinguachin*, barrenas; *fapadainrri*, alcanzar; de seis, como *pidichoquipaja*, acusador; de siete, como *ichaquelevaigaidi*, adelgazador; y hasta de ocho como *jajagarrirrraodejugá*, ablactar, etc., etc.

El uso frecuente de la *j*, *rr*, *cha*, *ai*, *ei* y *ñ*, dan a estas palabras una fisonomía fonética, muy característica y muy distinta de la que hemos observado en los restantes.

Ojeada retrospectiva sobre los idiomas de América del Sur.

Antes de dar por terminada la brevísima reseña que acabamos de trazar de los idiomas suramericanos, creemos oportuno consignar aquí un examen comparativo de sus elementos constitutivos a fin de hacer así más patentes sus relaciones y analogías, al par que sus diferencias.

Ante todo, hemos de advertir que ninguno de los idiomas arriba citados tiene signos alfabéticos propios. Al aplicaries, pues, el alfabeto latino había de resultar necesariamente una adaptación forzada, y de aquí que no correspondan muchas veces los sonidos

de dichos idiomas al signo alfabético que les ha prestado la lengua de Lacio.

Aparte de esto, los idiomas aquí mencionados tienen las *cinco vocales* de nuestro idioma y como *minimum* diez y nueve consonantes. En la pronunciación de éstas se notan, como en todas las lenguas, variantes de carácter más o menos local.

Así en el quechua la *g* se pronuncia suave y adquiere el sonido de *c*; la *b* se confunde con la *p*; tienen la *ng* del malayo y en cuanto a las vocales apenas hacen uso de la *e* y convierten la *o* en *u*.

En Pano siguen las vocales una marcha idéntica, pero ya no existe la *ng*, ni la *f* y la *x*, ni la *l* y *ll*. Tiene, en cambio, dicho idioma la *ht*, y la *ts* muy claras.

El guaraní, no difiere de las anteriores con respecto a las vocales; también carece de la *f* como el pano y lengua malaya: la sustituyen con la *p*; de la *l* y *j* en lugar de las cuales usan la *r* y la *ch* respectivamente. Tienen la *ng* del quechua y además otro sonido *gutural* y *nasal* que expresan por el signo de la *ñ*.

El cumanogoto tampoco hace uso de la *f*, *j* ni *s* y algunas otras consonantes.

Por una excepción rara, encontramos en el sáliva la doble *rr*, que también se halla en el guahivo. Es una anomalía tanto más digna de advertir cuanto que los idiomas americanos manifiestan marcada tendencia a la supresión de consonantes dobles.

Existe aquí la *f*, aunque cambia a veces su sonido por el de la *j*; ésta a su vez tiene el de *h* francesa, como la *ch* tiene el de *sh* inglesa y la *t* el de la *d*.

Conviene, pues, los idiomas citados en el número de vocales; en la sustitución de unas por otras; en el número de consonantes, y en la supresión de la *f*, con excepción del sáliva.

En contraposición a estas analogías obsérvanse diferencias fundadas en la existencia de consonantes peculiares de algunas de ellas; así la *ng* encuéntrase en el quechua, pano, y guaraní; falta, en cambio, en el cumanogoto. La *tr* y *ts* son propias y exclusivas del pano, y la *rr* del sáliva y el guahivo.

Con respecto a las declinaciones, observamos una gradación descendente desde el quechua, sáliva, pano y cumanogoto hasta el guaraní, que ocupa el último lugar.

Tiene el primero terminaciones propias para cada uno de los casos, menos el vocativo, siempre que se trata del nombre, pues con

referencia al pronombre, no falta terminación ni aun para el caso citado.

En el sáliva encontramos sufijos propios para el genitivo, dativo, acusativo y ablativo. Es verdad que no se ve en ésta la regularidad y el mecanismo sencillo e ingenioso que brilla en el quechua, pero, en cambio, nos parece más acabada que las restantes del 'pano y guaraní y bastante superior a las de otros idiomas del grupo aglutinante.

El pano sólo dispone de sufijos para tres casos: genitivo, acusativo y ablativo en cuanto a la declinación del nombre; para la del pronombre, las terminaciones son completas.

La declinación cumanogoto es muy semejante a la del pano en cuanto al nombre y aun al pronombre. En este último, se advierte la existencia de un procedimiento sencillo para formar las expresiones enfáticas equivalentes a *yo mismo*, *tú mismo*, etc., repitiendo *re*, *ro*: *amue-re*, *tú mismo*; *amiamor-como-ro*, nosotros mismos. Tiene además declinación propia para el reflexivo de tercera persona del singular, *de si*, *para si*, etc., y además un género de pronombres llamados derivativos, los cuales desempeñan el triple papel de *sustantivos*, de *calificativos* y al mismo tiempo de *posesivos*.

En el guaraní puede ya decirse que desaparece por completo la declinación, aunque se conoce una partícula para indicar el dativo, y *hasta tres* distintas para el ablativo.

Como se ve por lo expuesto, existe notable diferencia entre las declinaciones de las lenguas citadas en lo que se refiere el número de sufijos y forma de los mismos.

Pasando ahora al examen de las conjugaciones, nos encontramos con la del quechua que tiene terminaciones para cada una de las personas, anteponiéndose además el pronombre.

Hay además sufijos para cada uno de los tiempos, los cuales sufijos cambian en los verbos transitivos. Las partículas ocupan, de ordinario, el *lugar último* posponiéndose a la raíz.

En el pano las personas se distinguen *tan sólo por el pronombre*, sin la intervención de sufijos observada en el quechua.

El plural se forma añadiendo un sufijo al singular. El preterito imperfecto lleva antepuesta la partícula *iba* y la raíz va precedida de una *s*. El pluscuam perfecto, el futuro, etc., ofrecen notables irregularidades, como hemos visto arriba. Es digno de notarse el caso de que mientras en algunos tiempos desaparece la raíz

primitiva, en otros conserva ésta inalterable su individualidad.

Los tiempos del pano: son el modo indicativo, el presente, pretérito imperfecto y pretérito perfecto (con forma común) el pluscuamperfecto y ambos futuros. En subjuntivo, el presente, pretérito imperfecto y el pluscuamperfecto; y en la voz pasiva, los dos futuros.

La conjugación guaraní guarda con la quechua una relación más remota que la del pano. Permanece invariable la raíz y se distinguen las personas por medio de prefijos, y los tiempos con el auxilio de sufijos. Hay además otro modelo de conjugación que forman anteponiendo los pronombres personales al término-raíz.

Los tiempos son: presente, imperfecto, perfecto y futuro. En subjuntivo hay el presente, pretérito imperfecto, pretérito perfecto, pretérito pluscuamperfecto y futuro. En el imperativo encontramos tres formas: una para el *absoluto*, otra para el *permisivo* y otra para el *prohibitivo*.

La conjugación cumanogoto recuerda a las anteriores en el modo de formar los tiempos, y como en el guaraní, se designan en ella las personas mediante prefijos que derivan frecuentemente unas de otras por sustitución de alguna o algunas letras.

Hemos observado casos en los cuales los términos de algunas personas no conservan el *menor vestigio de la raíz primitiva*: así ocurre en el verbo *ser*, arriba citado. Tampoco omitiremos la abundancia de formas que aparece en algunos tiempos y en el modo subjuntivo.

La conjugación sáliva puede clasificarse con relación a tres modelos: uno en que se expresan las personas anteponiendo el pronombre personal a la raíz sin aditamento alguno; otro en el cual se hace uso de prefijos para designar dichas personas, y finalmente, un tercero en que aquéllas son señaladas por medio de sufijos.

El primero es sin duda el menos perfecto y nos recuerda, hasta cierto punto, al de la conjugación malaya. De los dos primeros, tenemos ejemplos en la conjugación guaraní. Debemos advertir, sin embargo, que en el modelo tercero de la conjugación sáliva los sufijos del presente se repiten después en todos los tiempos restantes, los cuales se distinguen de aquél tan sólo por la partícula propia de cada uno de ellos.

Los tiempos de la conjugación sáliva son los siguientes: indicativo; presente, pretérito perfecto y futuro imperfecto; subjun-

tivo: presente, y pretérito imperfecto y pretérito pluscuamperfecto, además del imperativo, gerundios y participio de presente.

Infiérense de lo dicho las siguientes consecuencias: 1.º, la conjugación quechua es lo más perfecta, regular y sencilla; 2.º, los tiempos no están completos en ninguna de las conjugaciones pertenecientes a las lenguas citadas; así en unas falta el pretérito imperfecto de indicativo, cual se observa en el quechua y pano, en otras como el guaraní, falta un futuro, etc.; 3.º, cada una de las lenguas citadas tiene formas típicas y variadas en alguno de los tiempos: en el quechua, cambian los sufijos de los verbos transitivos; en el pano, los dos futuros *sólo para la voz pasiva*; en el guaraní, las tres modalidades del imperativo; y en el cumanogoto, las del modo subjuntivo, aparte de otras; 4.º, preescindiendo del empleo de partículas para caracterizar los tiempos, no existe por lo demás norma alguna común en la formación de las conjugaciones de los idiomas aquí estudiados.

Sistemas de numeración. Es completo y sencillo el quechua y lo son, aunque en grado inferior, el sálva y el achagua.

En guaraní *no pasa del cuatro*; en pano llegó solo hasta el dos; en cumanogoto no lo hemos encontrado; en otras lenguas suramericanas, como el achagua, usan de términos que significan como *abacaje cinco dedos de una mano*; *tuchamacaje diez dedos de dos manos*; *abaitacai dedos de pies y manos*; *fuchamatacai, dedos de dos hombres*, o sea cuarenta; en tunebo (idioma de la región de Casanare, Colombia) hay términos simples hasta el diez, y compuestos desde el diez hasta el ciento. Del diez al veinte, forman los intermedios, combinando el diez con el uno, dos, etc., etc.; once *cuitar-icti*, es decir, diez y uno; *cuitar bucay*, diez y dos; *ucasi bucay*, veinte, o sea dos dieces, etc., etc. Por lo que acabamos de ver, existen profundas diferencias entre los numerales, no sólo en lo referente a su perfección, sino también en cuanto al modo de formarse.

Partículas. Las partículas del quechua y guaraní, son numerosas. En el pano, cumanogoto y sálva, abundan menos.

Léxicos. El quechua es rico y abundante con muy raros monosílabos, y en cambio son raíces por lo general disílabas, y también de tres y cuatro sílabas. Las terminaciones en *ni* e *ini* son numerosos.

El pano tiene asimismo sus raíces de dos, tres, cuatro y hasta cinco sílabas, y las terminaciones en *i*, *oi*, *ei*, *qui*, etc.

El guarani está formado de términos también polisílabos y sus palabras reciben un sello y fisonomía especial de los prefijos *i*, *t*, *che*, *mb*, *ey*, etc.

El *cumanogoto* semeja a los anteriores por el número de sílabas que integran a la mayor parte de sus términos. Las raíces comienzan frecuentemente por *i*, *chua*, *che*, *chi*, y *te*, y no pocas palabras proceden de los dialectos caribe y palenque.

En el *sáliva* abundan los polisílabos, más aún que no en el *cumanogoto* y demás citados, notándose además el uso frecuente de la *j*, *rr*, *cha*, *ai*, *ei*, *ñ*, etc., que las comunican un sello propio. Se ve, por consiguiente, que dentro del carácter *común polisilábico* de los léxicos mencionados, cada uno tiene una fisonomía fonética propia y exclusiva, resultante del predominio de ciertas y determinadas letras y del empleo de prefijos y sufijos característicos y privativos de cada cual de ellos.

Lenguas mejicanas. El azteca nahueli o mejicano, el opata o teguima, el eudeve o dohema, el cahita, el pima o névoma, el tarahumas, el cora.

Los idiomas citados guardan entre sí relaciones estrechas que parecen denotar un origen común; de aquí la conveniencia de agruparlos para el estudio y comparación debidos.

El azteca o mejicano se habla en el distrito de Chihuahua por los Conchos y Chinarros, en gran parte de Sinaloa y entre algunas tribus de Durango, en seis curatos de San Luis de Potosí, en los Estados octavo y noveno de Sahica y algunos pueblos de otros cantones. En siete u ocho pueblos del Estado de Colima. En la zona paralela del Estado de Mechoacán. En la mayor parte de los Estados de Méjico, Guerrero, Tlascala y Puebla. En varios pueblos de Veracruz, Oaxaca, Chiapas y Tabasco. Se conserva también el idioma mejicano entre los Pipiles de Guatemala, los Tlaxcaltecas de San Salvador y los Niquiras de Nicaragua. Tal es la extensión del idioma mejicano, según el filólogo Francisco Pimentel.

Alfabeto. Consta de las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u* y de las consonantes *ch*, *h*, *k*, *l*, *m*, *n*, *p*, *t*, *tl*, *tz*, *v*, *x*, *y*, *z*: en total diez y nueve.

No hay palabra alguna que comience por *t*; las restantes letras son, en cambio, de uso frecuente; así en principio como en medio y fin de dicción, principalmente la *x*, *t*, *tz*, *tl*, y en medio de pala-

bra también la *l*. Suenan como en castellano casi todas, a excepción de la *ll* que equivale a *l* doble; de la *ts* que se parece a la *s* y de *s* muy semejante a la *s*.

Declinaciones. No hay en ellas distinción de casos y cuando se trata de objetos inanimados, ni siquiera de números singular y plural; sólo en el caso de calificar dichos objetos a un ser animado, es cuando hacen también plural; así de *sokitll*, lodo, derivan *tisokime*, somos lodo, mediante permutación de *ti* y adición de la partícula *me*.

Concretándonos a la declinación de objetos animados, obsérvese el empleo no de uno, sino de varios sufijos para el plural, según se trate de nombres primitivos o derivados, de nombres compuestos, de nombres de personas, etc. Los primitivos hacen el plural en *me*, *tin*, o *ke*: de *ichkatl*, oveja, hacen *ichkame*, ovejas; de *solin*, codorniz, *soltin*, codornices; de *topile*, alguacil, hacen *topileke*, alguaciles. Los nombres reverenciales, etc., forman su plural con otras partículas.

Es notable el modo de formación del plural de algunos nombres, como *teotl*, Dios; *sitli*, liebre, etc.; por cuanto en lugar de acudirse al recurso universal y ordinario de los sufijos, sustitúyese éste por el de duplicar la sílaba primera de la raíz diciendo *teteo* dioses, y *sizitín*, liebres.

Pronombres. Tampoco son declinables, pero hay para los personales las siguientes formas:

Nevatl, neva, ne	Yo
Tevatl, teva, te	Tú
Yevatl, queva ye	El o aquél
Tevantin, teva	Nosotros
Amevantin, amevan	Vosotros
Yevantin, yevan	Ellos.

Los posesivos son todos, menos uno, monosílabos; *no*, mío; *mo*, tuyo; *i*, suyo, etc.

El demostrativo éste, ésta, ésto, se traduce en azteca por *inin*, que recuerda al *ini* malayo.

Conjugaciones. La conjugación azteca guarda relación estrecha con alguno de los modelos citados arriba, al tratar del guarani, pano y cumanogoto. Sus modos son el indicativo, imperativo, optativo y subjuntivo. Los tiempos, el presente de indicativo, el pretérito imperfecto, el pretérito perfecto, el pluscuamperfecto y

el futuro imperfecto. En el imperativo nos encontramos aquí con dos formas: una para el presente o próximo y otra para el remoto. En el optativo hay dos tiempos: el imperfecto, y el perfecto, y por último: en subjuntivo, el pretérito imperfecto.

Veáse el ejemplo siguiente:

Ni-chiva	Yo hago
Ti-chiva	Tú haces
Chiva	El hace
Ti-chiva	Nosotros hacemos
An-chiva	Vosotros hacéis
Chiva	Ellos hacen.

Ni-chíva-ya	Yo hacía
Ti-chiva-ya	Tú hacías

Oni-chi-uh,	Yo hice
Oti-chi-uh,	Tú hiciste

Oti-chi-uhké,	Nosotros hicimos
Oan-chi-uhké,	Vosotros hicisteis
O-chi-uhké,	Ellos hicieron.
Oni-chi-uhka,	Yo había hecho.

Ni-chiva-z,	Yo haré.
-------------	----------

Ti-chiva-zké,	Nosotros haremos
An-chiva-zké,	Vosotros haréis.

Ma ni chiva, Haga yo.

Ma-ni-chiva z, Hago yo luego.

Ma-ni chivâ-ni, Ojalá que yo hiciera
Ma xi-chivâ-ni, Ojalá que tú hicieras.

Ma-ti-chivâ-ni, Ojalá que nosotros hiciéramos.

Ma-oni-chiva-uh Ojalá que yo haya hecho.

Ni-chiva-zkia, Yo hiciera.

Por el ejemplo que antecede, se ve claramente: 1.º, que los tiempos se distinguen y caracterizan por medio de sufijos; 2.º, que las personas lo verifican mediante prefijos; 3.º, que en este caso, los del plural varían con respecto a los del singular; 4.º, que el presente de indicativo, el pretérito imperfecto y el futuro los tienen iguales, y lo mismo podemos decir del pretérito perfecto con respecto al pluscuamperfecto; 5.º, que los modos imperativo, subjuntivo y optativo, tienen como propio el prefijo *ma*, diferenciándose cada tiempo de los restantes por la presencia de un sufijo exclusivamente suyo. Por último, no dejaremos de notar que la raíz *chiva* pierde en el perfecto y pluscuamperfecto la segunda sílaba y se convierte en *chi*.

Sistema de numeración. Llega sólo hasta el diez. Desde el uno al cinco, los términos no parecen guardar entre sí relación alguna: uno, *ce*; dos, *ome*; tres, *yei*; cuatro, *nau*; cinco, *macuile*. Desde el seis hasta el nueve se repiten los anteriores, precedidos de las partículas *chicua*, *chic*, etc., etc., y así hacen: seis, *chicuace*; siete, *chicome*; ocho, *chiguei*; nueve, *chiunani*, diez, *matlactli*.

El uno y el tres son en mejicano monosílabos; el dos y el cuatro, disílabos, y los restantes trisílabos.

Léxico. Entran a formarlo algunos monosílabos como los ya citados al tratar de los numerales, los disílabos son más numerosos y mucho más los de tres, cuatro y aun cinco sílabas. Tratando de palabras compuestas, se conocen algunas hasta de diez y seis sílabas. Acerca de la abundancia de voces aztecas, transcribiremos las siguientes líneas de Clavijero, citadas por Pimentel en su «Tratado de Filología Mejicana»: «De la abundancia de esta lengua tenemos una buena prueba en la Historia Natural del doctor Hernández, pues describiendo en ella mil doscientas plantas del país de Anatinac, más doscientas especies de aves y un gran número de reptiles, de insectos y de minerales, apenas se encontrará alguna cosa que no tenga su nombre propio: pero ¿qué maravilla es que abunde de voces significativas de objetos materiales, cuando casi ninguna falta de aquellas que se necesitan para explicar las cosas espirituales? Los más altos misterios de nuestra religión se hallan bien explicados en mejicano, sin que jamás haya sido necesario servirse de voces extranjeras.»

No concluiremos esta breve reseña del idioma azteca sin dejar consignado que, a semejanza de lo que hemos visto en las lenguas suramericanas, la raíces y términos de aquél, adquieren un carácter fonético propio como resultado del empleo frecuente de la *s*, *tl*, *tz* y otras más en medio de dicción.

El opata y demás idiomas de esta familia.—Prescindiendo de los dialectos derivados del azteca, como son el *chinarra*, y el *concho*, hablados en Chihuahua, el *agualulca* de Tabasco y el *jalisco*, hablado en la región de este nombre, pasaremos a un examen comparativo del *opata*, *cahita*, *pima*, etc., a fin de abarcar de una vez sus relaciones y diferencias y evitar así repeticiones inútiles:

El idioma opata recibe este nombre de los indios *opatas*, habitantes de la región central del Estado de Sonora. El eudeve es propio de algunos pueblos del mismo Sonora.

El cahita abarca tres dialectos: *yaqui*, *mayo* y *tchueco*, que son nombres tomados, los dos primeros, de los ríos *Yaqui* y *Mayo*, en el Estado sonorense, y el tercero de una tribu india situada en las inmediaciones del río *Fuerte*, en Sinaloa.

El pima se habló en las llamadas Pimeria Alta y Pimeria Baja, enclavada ésta en el centro de Sonora y la anterior en la región

mejicana lindante con los Estados Unidos, y en algunos pueblos de esta jurisdicción.

El *tepehuan* se extendía por Durango, Jalisco, Chihuahua, Coahuila y Sinaloa, según el escritor Orozco.

El *tarahumar* se habla en Tarahumar Alta y Baja, al occidente del Estado de Chihuahua.

Por último, el *cora* es el idioma de la Sierra de Nayarit, perteneciente al Estado de Jalisco.

Alfabetos.—El opata consta de *veintitrés letras*; el eudeve de *veinte*; el cahita de *veintiuna*; el pima de *veintidós*; y tepehuan también de *veintidós* y el tarahumar de *diecinueve*. Tienen todos ellos las *cinco vocales*, observándose que en tepehuan hay *u* cerrada y *u* aguda, sustituyéndose, además, con frecuencia la *a* y la *e*, la *i* y la *o* y la *u*. En el opata apenas se percibe la *e* final.

Quedan, por consiguiente, *dieciocho consonantes* para el opata, *quince* para el eudeve, *dieciséis* para el cahita, *diecisiete* para el pima y tepehuan y *catorce, únicamente*, para el tarahumar.

Hay letras como la *h*, *m*, *n*, *p*, *t*, *z*, *s*, *k*, comunes a todos los idiomas citados. La *b* sólo falta en el *mejicano*, como la *ch* en el *pima*; la *d* no existe en el *mejicano*, *tarahumar*, *cahita* y *cora*; la *j* no se halla en el *mejicano*, *opata*, *eudeve* y *cora*; la *l* falta en el *opata*, *eudeve*, *pima*, *cora*. La *x* vale en mejicano como *sh* inglesa, y la *tz*, sólo falta en *pima* y *tarahumar*.

De lo dicho se infiere que existe en los idiomas conorenses y en el mejicano un grupo de fonemas que podemos llamar fundamentales idénticos en todos, notándose al mismo tiempo ligeras diferencias en cuanto al uso de algunas consonantes.

Declinaciones.—Prescindiendo del mejicano, en el cual aparece como resto único de la declinación la interjección *e* pospuesta para expresar el vocativo, los idiomas citados tienen modelos semejantes a los del pano, guaraní, y cumanoqoto, ya estudiados; consiguientemente expresan el nominativo por medio de solo la raíz, añadiendo un sufijo para el genitivo, y otro igual en unos casos, y distinto en otros, para dativo y el acusativo:

Tät	El sol
Tät-te	De el sol
Tät-la	A o para el sol

.....
.....

En la declinación del pronombre personal varía algún tanto el procedimiento:

Ne	Yo
No	De mí
Netre	A mí o para mí
Ta, Tamido	Nosotros
Tamo	De nosotros
Tame, Tametze	A o para nosotros

En la segunda persona del singular tenemos las siguientes terminaciones:

Ma	Tu
Amo	De ti
Eme, Emetze	Para ti

Se observa en el genitivo un caso de inversión literal; *ma* en *am*, y en el dativo el cambio de *a* y *o* por *e*: *amo*, *eme*.

En la tercera persona no guardan entre sí relación los términos del nominativo, genitivo y dativo:

It	El
Are	De el
Veku	A o para el

Lo contrario ocurre en el plural:

Me	Ellos
Mereku	De ellos
Mere	Para ellos

**Nombres personales en Mejlcano, Opata, Endeve,
Pima, Tepehuan, etc.**

	Mejlcano	Opata	Endeve	Pima
Yo	Ne, ni	Ne	Nee, ne	Ani
Tú	Me	Ma	E-mo	Mu
El	Je-hua	It.	It.	Hu-ka
Nosotros	Te-hua	Ta	Ta mlde	A-ti
Vosotros	Amc-huan	Eemi-de	Eemi-de	Apima
Ellos	Je-bua-n	Me		Hugama,

	Tapehuas	Tarahumar	Cahita	Gora
Yo	Ane	Ne	Ne	Ne-a, Ne
Tú	Api	Mu	E-mo	Ap
El	Egne	Ta, Ra	Uachaa	Achp.
Nosotros	A-u-to	T-i-mu	Te, I-te-ri-ua	Te, Ite-an
Vosotros	Apum	Rme	Emu	Amo
Ellos	Egama		Met	Me

Conjugaciones. El mecanismo de las conjugaciones difiere muy poco del que hemos examinado en los idiomas pano, guarani, etcétera, etc. Con respecto a los tiempos he aquí el resultado de nuestras observaciones: el mejicano tiene los siguientes: presente de indicativo, pretérito imperfecto, pretérito perfecto, pretérito pluscuamperfecto y futuro imperfecto. Modo imperativo: tiene dos formas, una para el tiempo presente y otra para el futuro más o menos próximo. Optativo: pretérito imperfecto y pretérito perfecto, y además un pretérito imperfecto de subjuntivo.

El opata tiene para indicativo el presente, el pretérito imperfecto de 1.^{era} persona singular, el pretérito imperfecto de tercera persona del singular y del plural, dos formas para el pretérito perfecto, el pretérito pluscuamperfecto, el futuro imperfecto, el futuro perfecto y el imperativo. Optativo: el pretérito imperfecto, el pluscuamperfecto y el futuro.

Gerundios: de presente, de pretérito, de futuro, gerundios de tiempo próximo, de obligación y de tiempo, participios adjetivos y participios sustantivos.

Endeve: presente de indicativo, pretéritos imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto, un futuro, una forma para el imperativo y un presente de subjuntivo,

Cahita: presente de indicativo, pretéritos imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto, futuro imperfecto, dos modos de futuro perfecto, tres distintos para el imperativo, presente de subjuntivo, optativo, gerundios y participios.

Pima: presente de indicativo, pretéritos imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto, dos formas para el futuro imperfecto; imperativo, presente de subjuntivo y optativo. Hay gerundios de presente, de pretérito, de futuro (para oraciones de uno o dos supuestos) y de futuro próximo para los mismos casos, y, por último, hay participios de adjetivo, de sustantivo y posesivos.

Tepehuan: presente de indicativo, pretérito imperfecto, dos modos de pretérito imperfecto, futuros imperfecto y perfecto, dos formas para el imperativo (haga él *ahora* y *haga luego*) subjuntivo presente, imperfecto y pluscuamperfecto, futuro, gerundios y participio de presente.

Tarahumar: presente de indicativo, pretéritos perfecto y pluscuamperfecto, futuros imperfecto y perfecto e imperativo. Subjuntivo: pretéritos perfecto, pluscuamperfecto, participios de presente y futuro, otro participio llamado por los tratadistas «de posible» y los gerundios de presente, pretérito, etc.

En resumen, tienen todos los tiempos así del indicativo como de subjuntivo, etc., etc., el idioma opata y el tepehuan; hay doble imperativo en mejicano y tepehuan, y triple en cahita.

En el opata encontramos dos imperfectos de indicativo, el de 1.^{era} persona del singular y el de 3.^{era} persona, tanto del singular como del plural, y además dos formas para el pretérito perfecto.

En el cahita hay dos modos de futuro perfecto y tres imperativos. En el pima dos futuros imperfectos. En tepehuan dos imperativos, y, por último, en tarahumar un participio llamado «de posible».

Faltan en mejicano el futuro perfecto de indicativo, y en cahita, pima y tarahumar, el pretérito imperfecto de subjuntivo.

En eudeve no existen, ni el futuro de subjuntivo y demás tiempo de este modo, a excepción del pretérito imperfecto. El infinitivo no existe en ninguna de aquellas lenguas. Vemos, por consiguiente, que cada uno de los idiomas citados tiene formas particulares para expresar algún modo o tiempo, a semejanza de lo que habíamos observado en los idiomas de América del Sur arriba estudiados.

Otro de los caracteres comunes a la familia mejicana-opata, es la abundancia de gerundios, que se expresan de la siguiente manera: en mejicano por medio del sufijo *ti*; *¿t'len tikchiu-ti-ka?* ¿qué estás haciendo?, en opata por *ko*: *hioko*, en escribiendo; en eudeve, por *do*; en pima, por *tu*; etc., etc.

Con respecto a los restantes modos del mecanismo verbal, he aquí lo que dice Pimentel, observado asimismo por nosotros.

«La manera de marcar las personas del verbo en todos estos idiomas, con diferencias de orden secundario, es esencialmente la misma, pues consiste en el uso del pronombre personal... En el

mejicano y cora se antepone abreviado: *me-mua he*, yo amo, dicen en cora, *te muache*, nosotros amamos: en opata, completo y sin supresión de letras en el presente de indicativo: *ne hio*, yo escribo o pinto, *ne hio-karu*, yo escribía; en el optativo se pospone a la raíz: *aguckäpä ne hiosla*, ojalá que yo haya escrito; en el eudeve se usa el pronombre antepuesto en algunos casos, pero con frecuencia se pospone: *nee hiosguan*, yo escribo: en pima se antepone también *ani haktaridü*, yo cuento; en tepehuan se antepone en los tiempos de indicativo y se pospone en imperativo: *aneana aguidi*, yo digo; *api aguidi*, tú dices; diga yo, *aguidiana ane*; en tarahumar, va antes del verbo el pronombre, sin abreviación: *neje tard*, yo cuento; *nejé taräka*, yo conté.

Con los mismos pronombres se designa el número en los verbos.

Los tiempos presentes constan de pronombre y raíz solamente; los restantes, caracterizanse mediante partículas propias, como en pano y otros idiomas citados. Preseindiendo del mejicano y pima, donde se forma siempre el perfecto de indicativo cambiando las terminaciones del pretérito imperfecto, en los demás no está sujeta a reglas fijas la terminación de aquel tiempo. Hablando en términos generales, los modos y tiempos se forman con el auxilio de partículas, según hemos visto ya en mejicano.

Numerales: Llegan al diez en la mayoría de los idiomas citados y guardan entre sí relaciones de semejanza tan estrechas que denuncian, sin duda alguna, un origen común. Véase el siguiente cuadro.

Cuadro de los numerales de la familia mejicano-opata

	Kajicano	Opata	Eudeve	Tarahumar	Cahita	Cora
1	Ze	Ze ni	Ze-i	Ze-nepi	Ze-nu	Ze-aut
2	Ome	G-ode				
3	Jei	Bai-de	Bei-de			Vel-ka
4	Nani	Nago	Nanoi	Nakuo		Moakua
5	Makuihi	Mavizi	Marki	Mariki		A-mauri
6	Chik-uaze	B-aza ni	"	Toza-niki		Aze-vi
7	Ch-iko-me			Ki-ka-o		
8	Ch-iku-ey					Ahusac-ika
9	Chiku-nani					Amo-akua
10	Matlatti	Makoi	"	Makoiki		Ta-moamata.

Vemos, por lo tanto, que el sistema mejicano es el más completo, puesto que hay nombres para los diez números, desde el uno.

El opata y el endeve carecen del *siete*, *ocho* y *nueve*, y el eudeve también del *dos*. El tarabumar, del *dos*, *tres*, *siete*, *ocho* y *nueve*. El cora, del *dos* y *seis*, y el cahita, de todos, excepto el *uno*.

Léxicos. Nuestras observaciones están basadas en el examen de trescientas palabras, que podemos clasificar de la siguiente manera; 1.º, términos que expresan sexo, edad y parentesco; 2.º, términos relativos a los miembros del cuerpo humano; 3.º, ídem a los astros y fenómenos atmosféricos; 4.º, ídem a los seres de los reinos, tanto animal como vegetal; 5.º, ídem relativos a utensilios domésticos, habitaciones, etc., etc.; 6.º, ídem a los adjetivos, verbos, adverbios, preposiciones y conjunciones. Desde luego encontramos en la familia opata gran abundancia de raíces, unas de significación concreta, otras de carácter más general y de valor semántico menos definido.

Aparte de aquellas que se refieren a los dos primeros grupos arriba citados, merecen especial mención, por su abundancia, las que significan astros y fenómenos atmosféricos, animales y plantas, utensilios de uso común y acciones de orden moral. Son también muy numerosas las raíces adjetivas y verbales. En su inmensa mayoría son disílabas; las trisílabas abundan poco y las monosílabas menos aún. Es ordinario en casi todas el empleo de la *tl* en medio o en fin de dicción. Antes de esta letra aparece con frecuencia la *x*. La *k* y la *ch* son también muy usadas, así como la *t*. Resulta de aquí un carácter especial que denuncia el parentesco filológico de estas lenguas, cuyos términos sólo difieren de unas a otras por cambios de las dos o tres últimas letras.

El Comanche, Paduca o Jetan, el Tejano, el Mutsun, el Tarasco, el Mixteco y el Zapoteco.

El idioma comanche es el hablado por la nación del mismo nombre. De ella dice así el Lic. García Rejón en su diccionario manuscrito, dedicado a la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística: «La nación comanche, que está situada entre el Estado de Texas y el de Nuevo Méjico, en territorio de los Estados Unidos, se compone de las siguientes tribus o pueblos, a saber: Iparehca; Cuhtzuteca, Penandé, Pacarabó, Oaiguarás, Noconi o Yiuhta, Na-

puat o Quetatore, Yapainé, Muvináore, Sianábone, Caigua, Sari-tehca y Quitzaene.»

El tejano o coahuilteco, recibió estos nombres de Tejas y Coahuila, provincias mejicanas habitadas por multitud de tribus llamadas pajalatés, orejones, Pacaos, tilijayos, etc., etc.

El mutsun era el idioma de los indígenas de la misión de San Juan Bautista en la Alta California.

El tarasco se había en gran parte del Estado de Michoacan.

El mixteco es propio de la antigua provincia de este nombre, situada, dice Pimentel, en la costa del mar Pacífico que comprende actualmente, hacia el Norte, una fracción del Estado de Puebla; hacia el Este, una del de Oajaca, y al Oeste, parte del Estado de Guerrero.

El zapoteco es la lengua de gran parte del Estado de Oajaca.

Alfabetos. No concuerdan, con respecto al número de consonantes, los alfabetos en cuestión: mientras el tarasco tiene *veintidós* y el mixteco *veinte* y el comanche *diez y nueve*, el zapoteco tiene sólo *diez y seis*; *quince* el mutsun y no más de *trece* el tejano. El tarasco es, por lo tanto, el más rico en fonemas simples, siguiendo después el mixteco y el comanche, hasta el tejano, que ocupa el último lugar.

Son peculiares del tarasco la *kh*, *x*, la *ph*, la *rh*, la *ts* y la *tz*; del mixteco, *ks*, la *gs*, la *ds*, la *nd*, la *tz* y la *kh*; faltan en el comanche la *n* y la *q*, a más de las ya citadas; tampoco tiene el mutsun las del tarasco y mixteco, es la *n* y *q*; en el zapoteco hay la *th* y la *n*, pero carece de las ya citadas en el tarasco, mixteco y zapoteco. Por último, el tejano sólo tiene como particular la *ts*, bien que en un sentido menos exacto, pues las hemos visto en dos de los idiomas ya citados.

Con respecto a la pronunciación de las letras no es fácil dar normas fijas, puesto que varía de unos pueblos a otros, aun tratándose de la misma letra. Por otra parte, para apreciar el valor de ciertos sonidos, como *ts*, *th*, etc., etc., sólo queda un recurso, y es el del oído. Un hecho conviene hacer constar aquí, y es que la riqueza fonética de estos idiomas es comparable a la de las lenguas europeas, y aun en algunos casos excede a la de éstas.

Declinaciones. Desde luego, podemos establecer como tesis general que no existe la declinación en los idiomas que ahora examinamos, a excepción del tarasco. En éste, tres sufijos para señalar los casos genitivo, dativo y vocativo, respectivamente:

Tata,	Padre.
Tata-ueri,	Del padre.
Tata-ni,	Al padre.
Tata-e,	Padre.

El plural lo forman con la partícula *echa*, seguida de los citados sufijos en el genitivo, dativo y vocativo.

Tata-echa,	Los padres.
Tata-echa-ueri,	De los padres.
.....
.....

En el comanche usan solamente de *á* para el genitivo: *tehet á Auasi*, cola de caballo.

En el tejano emplean los sufijos *chin*, *chim*, *chit* y *chij*, muy semejantes a los del azteca.

En el mutsun se prescinde de aquéllos y se coloca el nombre de la cosa poseída inmediatamente después del sujeto poseedor: *Pedro rukka*, la casa de Pedro.

En el mixteco síguese el mismo procedimiento del mutsun, y así, de *yutnu*, árbol, y *kuihi*, fruta, hacen *yutnu-kuihi*, árbol de fruta.

También usan del pronombre personal como afijo, y de *si* y *susi*, antepuestas: *si Pedro*, significa de o perteneciente a Pedro; para el vocativo, añaden una *y* al nominativo: *ñani* hermano, hacen *ñaniy*, oh hermano.

Con respecto al zapoteco, aunque carece como los anteriores de verdadera declinación, dispone, sin embargo, de algunos medios para distinguir los casos. Súplese el genitivo con la palabra *xiteni* antepuesta a los sufijos *a*, *lo*, *mi*, etc., diciendo *xitenia*, mío o de mí; *xitenilo*, tuyo o de ti; *xitenini*, suyo o de él. También el acusativo lleva la partícula *lao*, cuando significa el lugar adonde se va: *chaono lao Méjico*, voy a Méjico. Para el vocativo se antepone la partícula *ah* al nominativo, y en algunos casos se posponen las interjecciones *eh* o *he*. Finalmente, se indica ya con preposiciones, o ya colocando a continuación del sustantivo regente, la palabra que expresa el medio o instrumento con que se hace una cosa: *aquél dió con el palo*, se traduce por *kotiñani yaga*, es decir, *aquél dió palo*. Queda, pues, aquí como en el tarasco, un resto de declinación.

Pronombres. Los pronombres de estos idiomas son todos indeclinables, a excepción de los del tarasco, en el cual se declinan con los mismos sufijos del nombre. Véase el siguiente

Cuadro de los pronombres

	Comanche	Yajano	Matsun	Tarasco	Mixteco	Zapoteco
Yo	Nc	T-zin	Kan	Hi	Duhu (1)	Nan, ya, a
Tú	En	t-amin	Men	Thu	Doho (2)	Ioani, loy
El	Or	Topa	Huak	Hinde, ima	Ta, Yukyua (3)	Nikani, nika (4)
Nosotros	Non		Makse	Hucha	Adoo	Taona, tone
Vosotros	Muen		Makan	Tucha	Doho	Loto, to
Ellos	Ore		Nupkan	Hibcha	Tay, jukua	Nike, ke

Como se advierte por el cuadro anterior, los pronombres personales de este grupo lingüístico, no guardan entre sí la relación de semejanza observada entre los pronombres aztecas, opatas, endeves, etc, etc., arriba estudiados; pero en cambio hay algunos como el de 1.^{ra} persona del singular del comanche, que son exactamente iguales a los del azteca, opata y endeve. Además, los del comanche y los de 1.^{ra} y 2.^a persona del singular del tarasco son monosílabos. En el tarasco encuéntranse también formas monosilábicas, como resultado de la tendencia al menor esfuerzo.

Es asimismo digna de mención la abundancia de formas del mixteco para expresar las condiciones de igualdad, superioridad o inferioridad de los interlocutores.

Conjugaciones. En términos generales siguen todas las conjugaciones de estas lenguas el mismo modelo ya descrito al ocuparnos de la familia mejicano-opata. Los tiempos tienen cada uno la partícula correspondiente y las personas se distinguen por medio del pronombre personal o también de prefijos que sustituyen a éste.

(1) Se usa para hablar con iguales o inferiores. Cuando se dirige a superiores, empléase *ñadzeñu, ñadze o ndze*.

(2) Como término familiar, usado por los padres para hablar con sus hijos, y en sentido despectivo con otras personas, *diya*.

(3) Aquella, se traduce por *ñu*. *Disi, maini, ni*, equivalen a usted, y aquélla, si se trata de personas de respeto; tienen su equivalente en *ya* con, tracción, tal vez de *iya*, señor.

(4) Para hablar con personas de respeto, usan de *yobini, yobina*, en vez de *nikani*.

La conjugación tarasca y la zapoteca difieren, sin embargo, de las restantes por señalarse las personas mediante sufijos.

El artificio de la conjugación tarasca es de esta manera. Fórmase el indicativo por medio de terminaciones añadidas a la 2.ª persona del singular del imperativo que puede considerarse como la raíz verbal. Las primeras personas del singular terminan en *ca*, menos la del segundo imperfecto, que la hace en *ga*; las segundas, en *re*; las terceras, en *ti*, menos en el segundo imperfecto, que hace *di*; las del plural, en *cuhche*, en las primeras personas, en *hisi* en las segundas y en *tir* en las terceras, excepto en el segundo préterito imperfecto, que hace *dix*.

Pa-aca,	Yo llevo.
Pa-acare,	Tú llevas.
Pa-hati,	El lleva.
Pa-hacacuhche,	Nosotros llevamos.
Pa-hacatsi,	Vosotros llevais.
Pa-hatix,	Ellos llevan.

Pa-hambica,	Yo llevaba.
Pa-hambicare,	Tú llevabas.

Pa-hanga,	Yo llevaba (en tiempo anterior).
Pa-bangare,	Tú llevabas.
Pa-handi,	El llevaba.
Pa-hangacuhche,	Nosotros llevábamos.
Pa-hangahtsi,	Vosotros llevabais.
Pa-handix,	Ellos llevaban.

Pa-ca,	Yo llevé.
Pa-care,	
Pa-ti,	

Pa-pihca,	Yo había llevado.
Pa-pihcare,	Tú habías llevado.

Pa-ni,	Llevar.
Pa-rini,	Llevado.
Pa-parin,	Llevando.

En el mixteco y zapoteco también se indican las personas, por medio de sufijos, como *nái, ndo, ta, ndoo*, en el primero, y *ya, lo, ni, no* y *to*, en el segundo.

Los tiempos son como sigue: en comanche sólo encontramos un infinitivo y cuatro tiempos para el indicativo, que son: el presente, el pretérito imperfecto, el pretérito perfecto y el futuro.

En mutsun, un infinitivo, un participio de pretérito, con presente de indicativo, *cuatro formas distintas para el pretérito perfecto*, destinadas a expresar los hechos en relación con un tiempo determinado o indeterminado, próximo o remoto, y, por último, el imperativo.

En tarasco, un presente de indicativo, *dos formas para el pretérito imperfecto*, un pretérito perfecto, un pluscuamperfecto, un futuro imperfecto y un imperativo. En el modo subjuntivo, un pretérito imperfecto, un gerundio, el infinitivo y el participio de pretérito.

En mixteco, un presente de indicativo, un pretérito perfecto, un pluscuamperfecto, los futuros imperfecto y perfecto y el imperativo.

En zapoteco nos encontramos, en indicativo, con un presente, *dos formas para el pretérito imperfecto, tres para el pretérito perfecto, tres para el pluscuamperfecto*, un futuro imperfecto y el imperativo. En el subjuntivo tiene el pretérito imperfecto, el perfecto y el futuro. Reina también en este grupo la misma falta de unidad observada en el anterior, con respecto a los tiempos de cada verbo, acentuándose aún más en algunos, como el comanche, en el cual no hay tiempo alguno para el subjuntivo. En cambio, no puede menos de llamar la atención la exuberancia de formas señalada en la lengua tarasca.

Numerales. Los del comanche llegan al ocho y son de una semejanza muy manifiesta con los de la familia mejicano-opata. En el tejano varían notablemente, con relación a los anteriores. Uno y dos se expresan con *pil* y *ajte*, respectivamente; el tres resulta de la combinación de los dos anteriores, anteponiendo el dos, y así dicen: *dos más uno*; el cuatro, cinco y seis, no parecen resultar de combinación alguna: son polisílabos, y se expresan por

puguantzan, *majuaajuyo* y *chikuas*. El siete, ocho, nueve y diez, tienen en tejano su equivalente en palabras que significan cuatro más tres, $4 + 3$, cuatro por dos, 4×2 , y cinco por dos, 5×2 ; el veinte se expresa por la palabra *taiguako*.

El sistema numeral mutsun es más completo que los anteriores. Tiene desde luego los diez primeros números, que son expresados por medio de términos disílabos y trisílabos: *hemetscha*, uno; *utegin*, dos; *kappan*, tres; *utsit*, cuatro; *parue*, cinco; *nakichi*, seis; *tsakichi*, siete; *taitimin*, ocho; *pakki*, nueve; *tanktsagte*, diez. Para decir once, *tanksagte hemetscha hak ichoe*, es decir, diez y sobra uno; *tanzsagte tanats*, *dies diezess*, etc., etc. De aquéllos, el uno recuerda al mismo numeral del comanche, y los restantes hasta el siete, tienen semejanza unos con el pima y otros con el cora.

El sistema tarasco es tan completo como el mejicano, y aunque no existe la menor semejanza entre los términos de uno y otro, aparece, sin embargo, analogía perfecta en la construcción de los mismos. Los seis primeros números y el diez, veinte y cuatrocientos, exprésanse en ambos con palabras simples. Los demás son compuestos de los simples, ligándolos en mejicano con la partícula *on* y en tarasco por medio de *ca*. En la progresión de los números menores se pospone el menor al mayor, y al contrario en la de los mayores. Los números mayores son veinte, cuatrocientos y ocho mil, pero los nombres de estos dos, son en mejicano palabras figuradas, compuestas de la unidad *ce* y de las voces *sontli* madeja de pelo y *xiquípilli*, bolsa o talega. En tarasco, usan *temben* para decir diez, y esa palabra significa asimismo madeja, y *autupu*, bolsa o talega.

De los numerales mixteco y zapoteco sólo conocemos cuatro, o sea el dos, el tres, el cinco y el veinte. Son palabras simples y disílabas, a excepción del dos y el tres.

Léxicos. Existe gran semejanza entre los léxicos de estas lenguas y los pertenecientes a la familia mejicano-opata. Abundantes y ricos de toda clase de términos para expresar lo mismo ideas abstractas que seres pertenecientes a los tres reinos, y operaciones propias de los vivientes, predominan en el comanche, tejano mutsun y demás los términos disílabos, y a pesar de ser frecuente en éstas el empleo de ciertas letras propias de cada una, obsérvese fácilmente el paso de muchas palabras aztecas, opatas, pimas, etcétera, así al comanche y mutsun como al tejano, tarasco, mixteco y zapoteco.

El mixe, el matlatzínca o pirinda, yucateco o maya, el mame, el huasteco, el totonaco, el othomí y el apache.

El idioma mije o mixe, se habla en Juquila, Quezaltepec y Ati-lan, poblaciones del departamento de Oaxaca.

El matlatzínca o pirinda, fué antiguamente la lengua de los habitantes del Valle de Toluca, pero en la actualidad se habla en Charo, perteneciente al Estado de Mechoacán.

El yucateco o maya, se habla en el Estado de Yucatán, Isla del Carmen, Pueblo de Montecristo, en Tabasco, y del Palenque, en Chiapas.

El mame o pocoman lo hablan, según Balbí, los mames y pocomames que parecen no ser más que dos tribus de una misma nación, la cual formaba un Estado poderoso en Guatemala. Se extendió por el distrito de Huehuetenango en la provincia de este nombre y por parte de la de Quetzaltenango, así como por el distrito de Soconusco en Chiapas. En todos estos lugares, se habla mame o pocoman, lo mismo que en Amatitlan, Mixco y Petapa, de la provincia de Zacatepec o Guatemala; en Chalchuapa, perteneciente a la de San Salvador y en Mito, Jalapa y Jilotepec, de la de Chiquimula.

El huasteco es el idioma de la *Huasteca*, situada en la parte norte del Estado de Veracruz, en una región del de San Luis, que confina al Oriente con el Golfo de Méjico desde la barra de Tuxpan hasta Tampico, según el mapa etnográfico de D. Manuel Orozco y Berra.

El totonaco, se habla en la región norte del Estado de Puebla y en parte del de Veracruz.

El othomí en todo el Estado de Querétaro y en una parte de los de San Luis, Guanajato, Michoacán, Méjico, Puebla, Veracruz y Tlaxcala.

Finalmente, el apache se halla difundido por extensa región comprendida, dice Venegas, en aquel tramo de tierra casi circular que comienza desde el Real de Chihuahua y sigue por los presidios de Xanos, Fronteras y Terrenate, llega al río Gila, sube aún hacia el norte hasta el Moqui y Nuevo Méjico, revuelve hacia el Oriente al presidio del Paso y remata hacia el sur en el real de Chihuahua.

Alfabetos.—Como en la familia mejicano-opata, vemos también una diferencia notable entre el número de fonemas simples de

unas y otras de estas lenguas en lo que mira a las consonantes.

El mixe, tiene *trece*; el mame, *quince*; el pirinda y el yucateco: *dieciséis*; el huasteco, *dieciocho*, y el othomí, *veintitrés*.

Acerca del totonaco sólo podemos consignar que sus consonantes son en número igual al de aquellas que ya hemos citado al hablar del mejicano: es decir, *catorce*. Existe, pues, en aquél, la *tl*, tan usada en el segundo. La *th* es propia del pirinda y yucateco, y la *ts* común a todos éstos.

El othomí tiene en conjunto un número de consonantes superior al de todas las lenguas americanas por nosotros estudiadas. En él encontramos por vez primera la doble *kk*, la *kh* y la *pj*. También se distinguen entre sus vocales tres categorías: 1.^a, *a, e, i, o, u*, *claras*; 2.^a, *a, e, i, o, u*, *nasales*; 3.^a, *ā, ū*, *guturales*. Esta riqueza de sonidos ha constituido siempre una dificultad gravísima para hablar el othomí con alguna perfección, y ha hecho muy difícilmente adaptables al mismo las escrituras, así hebrea como griega y latina. Tiene aquél la *r* suave, la *h* aspirada y otras que ya están citadas al tratar de algunos idiomas americanos.

Con respecto a la pronunciación propia del mixe, yucateco y otros, sólo advertiremos que difiere poco de la que se ha descrito al ocuparnos de la anterior familia.

Pronombres.—No existe la declinación en estas lenguas, ni para el nombre ni para el pronombre. Tampoco encontramos signo alguno para indicar el género; pero, en cambio, debemos hacer notar el caso curioso y ya observado en otras lenguas mejicanas, de que, según el sexo de la persona que habla, así se emplean o no ciertas palabras: por ejemplo, sólo las mujeres hacen uso de *Ay*, hermano mayor; de *Koyai*, hermano menor, y otras por el estilo, que denotan parentesco.

Cuadro comparativo de los pronombres personales.

	Mixe	Pirinda	Maya	Mame	Huasteco	Totonaco	Othomí	Apache
Yo	Ōtz, rōtz	Kaki	Ten	Ain	Nana	Aklt	Nugā	Chi, daj.
Tú	Ix, mitz etc (1)	Kahach	Tech	Aia	Tata	Huix	Gui, bi	Ni, Nav
Aquel	t, i,	Incheui	Lay	Ahu, xhi	Jaja	Amah	Bi, ba, ki	
Nosotros	ōōtz, n	Kakehebi (2)	Tion	Ō, Aōio	Huahua	Akin	Nugā hé	
Vosotros		Kachehui	Tex	Ō, arie	Xaxa	Huix'n	Nueguf	
Aquellos	Yao	Inthebue	Loch	Aehu	Baba	Huatonin	Nuyh	

(1) Para indicar cariño o respeto, usan *mih*.

(2) Esta forma es para el plural absoluto, o sea para el caso en que se habla de número indeterminado. Hay, además, los «duales», de primera, segunda y tercera persona: es decir, «nosotros dos», «vosotros dos» y «ellos dos».

Una ojeada al cuadro precedente, nos pone de manifiesto la escasa relación que guardan entre sí los pronombres personales de las lenguas mîxe, pirinda, maya y demás del grupo. Aunque son en su mayoría monosilábicos, con excepción de los pirindas, no se ve, sin embargo, entre unos y otros la semejanza de factura que siempre aparece en los casos de origen común a todos ellos. También aquí se nota la tendencia al monosilabismo y la sujeción a la *ley del menor esfuerzo*.

Conjugaciones. Poco difiere el mecanismo de éstas, del que ya se ha descrito al tratar de los dos grupos de lenguas mejicanas, arriba examinados. Los tiempos caracterizanse mediante el auxilio de partículas, y las personas mediante pronombres antepuestos, unas veces, y pospuestos otras, o también por afijos particulares que desempeñan el oficio de aquéllos. Hay, sin embargo, en cada una de las lenguas, detalles interesantes que juzgamos oportuno mencionar aquí.

En el mîxe acaba en *p* el presente de indicativo. *Modoip*, significa oír: *nmodoip ótz*, yo oigo; el pretérito perfecto de indicativo tiene por signo la terminación *ó* con acento *nikx pákó*, encarnó.

Se conoce otro pretérito perfecto, cuyo signo es la partícula *tó*: *tophee thuandaik*, el que ha prometido. Los tiempos restantes se designan de un modo semejante.

En el pirinda amontramos ya otro procedimiento. Hay una partícula *ki*, propia del modo indicativo y un modo especial de señalar las personas:

Ki-tu-tu-tochi	Yo amo
Ki ki-tu-tochi	Tú amas
Ki-tú tochi	El ama
Ki-kuen tú tochi	Nosotros <i>dos</i> amamos
Ki-chen-tú tochi	Vosotros <i>dos</i> amais
Ki-kuen-tú-tochi	Ellos <i>dos</i> aman

Para el plural absoluto, hacen uso de *huchen*, *chechen*, y *ron*.

El pretérito perfecto tiene por característica la partícula *mí* y así, por el mismo estilo, en los demás tiempos.

Para el imperativo emplean *ku*, para la primera persona, lo mismo del singular que del plural; *di* para la segunda, y *ta* para la tercera. Por último, el imperativo se designa por medio de *in*.

En el mame debemos mencionar ante todo la conjugación del verbo *ser*. Es una combinación ingeniosa en que entran los si-

guientes elementos: el pronombre personal que desempeña oficio de raíz y se usa sin otro aditamento en el presente de indicativo:

Ain,	Yo soy
Aia,	Tú eres
.....
.....

del mismo pronombre y una partícula colocada a continuación de la primera letra de aquél, siguiendo a la partícula, la última o las dos últimas letras pronominales a modo de sufijos:

Ain-tok,	Yo era
Ain-tok-a,	Tú eras
Ain-tok-u,	El era
.....
.....
.....
Ain-hi,	Yo fui
A-hi ia,	Tú fuiste
.....
.....

y por último, de los elementos citados y una partícula más:

Ain- vint- bien,	Que yo haya sido
A-vint-hi-a,	Que tú hayas sido
A-vint-hi-u,	Que él haya sido

En el yucateco se distinguen hasta cuatro conjugaciones, en todas se expresan las personas por medio de los pronombres personales o posesivos y los tiempos y modos con partículas y terminaciones.

En todas ellas se forma el presente de indicativo combinando el infinitivo los posesivos *in, a, u, ste* y la partícula *cah*.

Nacal in cah,	Yo subo
Nacal a-cah,	Tú subes
Nacal u-cah,	El sube
Nacal ca-cah,	Nosotros subimos
Nacal a-cahex,	Vosotros subís
Nacal u-cah-ob,	Ellos suben

El pretérito imperfecto es el mismo presente con las partículas *cuchi* y *catuchi* para tiempo pasado poco ha, y *cachi* para tiempo

más remoto. El pretérito perfecto y el futuro varían en sus formas de unas conjugaciones a otras. En la primera conjugación la forma más pura del verbo es *nac*, a la cual se añaden los infijos *en*, *ech*, *i*, *on*, *ex*, *ob*.

Nac-en,	Yo subí
Nac-ech,	Tu subiste
.....	
.....	

Este mecanismo es idéntico al de las lenguas indoeuropeas.

Los verbos de la segunda conjugación forman el futuro con la partícula *bin*, los posesivos *in*, *a*, *u*, antepuestos, y la terminación *er*; *cambezah*, enseñar, *bin-incamb er*, yo enseñaré.

Los de la tercera y cuarta, difieren algo de esto.

En la conjugación ordinaria observamos variaciones con respecto a la del verbo ser. En el presente de indicativo tan sólo se hace uso del pronombre en la primera persona del singular, a la cual se añaden, además, las partículas *tzum* y *chim*, reservándose únicamente la primera de esas partículas para las personas restantes:

Ain-tzum-chim xtalem,	Yo amo.
Tzum-xtalem-a,	Tú amas.
Tzum-xtalem-hu,	El ama.
Tzum-ko-xtalem-o,	Nosotros amamos.
Tzum-che-xtalem-e,	Vosotros amais.
Tzum-che-xtalem-hu,	Ellos aman.

El pretérito imperfecto se distingue por la partícula *tok*; el perfecto, por los prefijos *ini*, *vi*, *oi*, *ei*, y de un modo semejante se van formando los demás tiempos, mediante el concurso de la raíz verbal y de una o dos partículas y del pronombre personal, reducido a una sola letra y en otros casos completo e invariable. La misma raíz verbal cambia en algunos tiempos la *e* por la *i*:

Ma-chim-xtalim,	Yo amé.
Ma-xtalim-a,	Tú amaste.
.....	
.....	

● pierde la *m*:

Ma-ni-xtali,	Yo amé (otra forma).
.....	

Esta conjugación aparece, por el número de elementos que entran a formar los tiempos, un carácter eminentemente polisintético, que recuerda al del quechua.

La conjugación huasteca. En ésta va precedido el verbo del pronombre en todos los tiempos, los cuales se diferencian unos de otros mediante sufijos. Empléanse también afijos propios para cada persona:

Nana si-tahjal,	Yo hago.
Tata a tahjal,	Tú haces.
Jaja in-tajhal,	El hace.
Huahua ya-tahjal,	Nosotros hacemos.

Nana u-tajal itz,	Yo hacía.
-------------------	-----------

Nana u-taja-itz,	Yo hice.
------------------	----------

Para el futuro imperfecto hacen uso del prefijo *ka*, que también sirve para el imperativo, y para el presente e imperfecto de subjuntivo, de *ku* y *ki*, respectivamente.

La conjugación totonaca difiere de la huasteca en que prescinde de los pronombres para señalar las personas, sustituyéndolos por prefijos. Los tiempos se expresan mediante sufijos que se repiten en el presente de indicativo, en el pretérito imperfecto y en el futuro, con idéntica forma:

Ik-paxki-y,	Yo amo.
Paxky-a,	Tú amas.
Paxki-y,	El ama.
Ik paxki-yauh,	Nosotros amamos.
Paxki-yatit,	Vosotros amais.
Paxki-goy,	Ellos aman.

Los prefijos varían de unos tiempos a otros, aunque también con algunas excepciones; así, por ejemplo, encontramos en el pretérito pluscuamperfecto las terminaciones *nit*, *nita*, etc, de una de las formas de pretérito perfecto de indicativo, y de la misma manera en el presente, pretérito imperfecto y pretérito perfecto de subjuntivo:

Kak-paxki-lh,	Yo ame.
Ka-paxki,	Tú ames.
Ka-paxki-lh,	El ame.

Ka-paxki-lh,	Yo amara.
lx-paxki-lh,	Tú amaras.

Xak-paxki uh,	Nosotros amáramos.
---------------	--------------------

El mecanismo de esta conjugación es muy regular y muy perfecto, y presenta un carácter polisintético digno de notarse.

Conjugación othomt. En ésta permanece invariable la raíz verbal en todos los tiempos; el presente y pretérito imperfecto de indicativo tienen para las personas del singular los prefijos *di*, *gui*, y los cuales sirven también para el plural. El pretérito perfecto los tiene propios, como los tienen los dos futuros, imperfecto y perfecto. Las tres personas del plural llevan los pronombres respectivos *hé*, *gūi* o *hu* y *yū*, que significan, respectivamente, nosotros, vosotros y ellos:

Di nee	Yo quiero
Gui nee	Tú quieres
Y nee	El quiere
Di nee hé	Nosotros queremos
Gui nee gūi	Vosotros queréis
Y nee yū	Ellos quieren
Di nee hmā	Yo quería
Gui nee hmā	Tú querías
Y nee hmā	El quería
Di nee hmā hé	Nosotros queríamos
Gui nee hmā gūi	Vosotros queríais
Y nee hmā yū	Ellos querían

Para el pretérito perfecto usan los prefijos *ba*, *ga*, *bí*; para la forma segunda del mismo pretérito «yo he querido» *xta*, *xha*, *xa*; para el futuro imperfecto, *ga*, *gui* y *da*, y para el perfecto, solo de *gua*.

La conjugación othomí es menos complicada que la del totonaco y más imperfecta.

Con respecto a los tiempos, observamos asimismo en este grupo de lenguas, diferencias muy notables de unas a otras. En el idioma pirinda encontramos los siguientes: presente, pretérito imperfecto, pretérito perfecto y *dos futuros*, o mejor dicho, dos formas para el futuro, en indicativo; faltan los tiempos del subjuntivo, aunque no el imperativo, ni tampoco los participios de presente y de futuro. Hay además la forma llamada *dual*, es decir, la expresión de acciones propias de la primera y segunda persona del plural, o sea *nosotros dos*. No recordamos haber visto en ninguna de las otras lenguas americanas por nosotros estudiadas, esa forma que parece exclusiva del pirinda.

El yucateco tiene los tiempos anteriormente citados en el pirinda, más el pluscuamperfecto y *dos formas* para el presente de subjuntivo, el presente, pretérito y futuro de infinitivo, tres formas para el gerundio y el participio de presente.

El huasteco tiene el presente, los pretéritos imperfecto, perfecto y pluscuamperfecto, el futuro imperfecto, el imperativo, el presente y pretérito imperfecto de subjuntivo y el presente de infinitivo.

El mame tiene presente de indicativo y pretérito imperfecto, *cinco formas distintas para el pretérito perfecto*, el pretérito pluscuamperfecto, *dos formas para el futuro imperfecto*, *un futuro de obligación*, el futuro perfecto, el imperativo, el presente de subjuntivo, *dos formas* para el pluscuamperfecto de subjuntivo y un infinitivo. Carece de gerundios y del imperfecto de subjuntivo.

Los tiempos del totonaco son como sigue: en indicativo, el presente, el pretérito imperfecto, *dos formas para el pretérito perfecto*, el pluscuamperfecto, el futuro imperfecto, *dos formas para el futuro perfecto*, y el imperativo. En subjuntivo hay: el presente, el pretérito imperfecto, el pretérito perfecto, el pluscuamperfecto y un futuro. Faltan los participios, gerundios e infinitivo.

Finalmente, en el othomí encontramos los siguientes: presente de indicativo, pretérito imperfecto, *dos formas para el pretérito perfecto*, el pluscuamperfecto, los futuros imperfecto y perfecto y el imperativo. Faltan los tiempos todos del subjuntivo, los gerundios y los participios.

Numerales. Los numerales mixes son disílabos, exceptuando el uno, dos y diez, que se expresan mediante *tuuk*, *metek* y *mahk*,

respectivamente. El tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve, tienen su expresión mixe, en *tukok*, *maktark*, *mokoak*, *tudunuk*, *huxtuuk*, *tuktuuk* y *taxtuuk*, que terminan como se ve en *k*, precedida de *x* o de *u*. El cinco y el diez, son semejantes a los mismos números del mejicano. El cuatrocientos tiene en ambos idiomas terminación propia y distintiva. El mixe cuenta por veintenas como el azteca, mixteco y zapoteco.

El sistema numeral pirinda está constituido por términos trisílabos, como *yndatusi*, uno; *ynahui*, dos; *ynyubu*, tres; tetrasílabos como *ynkunohuy*, cuatro; *ynkutaa*, cinco; pentasílabos como *ynenkunohuy*, ocho; o finalmente, eptasílabos como *ymurahtadakhata*, siete. La circunstancia de comenzar todos por *yn*, y las terminaciones en *hui*, comunican a éstos una semejanza de factura, apreciable a primera vista.

Es un sistema también vigesimal, por cuanto se cuenta, uno, dos, tres, etc., etc., hasta el veinte, para comenzar después de nuevo. Cien igual a *ynkuta-ta*, o sea cinco veintes. Conviene, por consiguiente, con el mixteco, zapoteco, mejicano, tarasco y mixe, a pesar de lo cual apenas se nota semejanza alguna entre las formas de unos y otros.

Pasando al mame, observamos asimismo que sus numerales son: ya monosílabos como *hum*, uno; *hoc*, cinco; *buc*, siete; ya disílabos como *cabe*, dos; *oxe*, tres; *kiaba*, cuatro; *uacac*, seis; *uahaks*, nueve; *lahub*, diez. Para el veinte emplean la palabra *huinkin*, y para el ciento, *okal*. Parece más imperfecto que los arriba citados.

El sistema numeral totonaco está formado por términos disílabos, de los cuales comienzan con *t* los que corresponden a uno, dos, tres, cuatro, siete y ocho, o sea *toin*, *toyon*, *toto*, *tati*, *taxon* y *traian*. Para el veinte emplean *puxan* y para el ciento *kitzapuxan*, es decir, cinco veces veinte, como en el mixe.

Finalmente, los numerales othomies difieren bastante de los restantes que acabamos de citar. Son disílabos, a excepción del tres.

El uno tiene por expresión *nara* y *nra*. El seis, siete, ocho y nueve terminan del mismo modo, haciendo *rato*, *yoto*, *hiato* y *yuto*. Por lo demás el sistema es completo, pues comprende el ciento y el mil, etc., etc.

Léxicos.—La mayoría de las raíces mixes por nosotros examinadas son monosílabas. También las hay disílabas, aunque en me-

nor proporción, y trisílabas en número muy contado. Significan miembros del cuerpo humano, seres pertenecientes a los reinos animal, vegetal y mineral, operaciones propias de las facultades mentales, sensitivas y vegetativas, etc., etc.

Obsérvase en ellas, con bastante frecuencia, la repetición seguida de la misma letra: *tinaak*, vientre; *tniip*, sembrar; *keex*, nacer.

Son de uso común las combinaciones de *p* y *x*: *kaipx*, hablar; de *n'* y *k*: *nkokx*, de *t* y *p*: *hoitp*, dentro; de *t* y *z*: *ixpotz*, mirar.

En el pirinda encontramos un léxico formado por raíces disílabas y trisílabas, principalmente. Los monosílabos son escasos con respecto a los anteriores.

Es bastante frecuente el empleo de la *tz* en principio de palabra y aun en medio; el uso de *ch* y las terminaciones en *hui*, *ni*, y *mi* constituyen un carácter muy particular de este léxico.

El mame tiene casi todas sus raíces monosílabas y disílabas, con excepción de algunas trisílabas. Son frecuentes en él las combinaciones de *a* y *h*: *ahtau*, leer; de *x* y *ch*; de *l* y *h*, de *t* y *ch* y de la doble *pp*. También se usan frecuentemente la *ch* y *tz*.

El léxico totonaco, aunque tiene muchos términos monosílabos y disílabos, no son raros tampoco en él los tetrasílabos, muchos están tomados del azteca o mejicano, y hay también bastantes iguales a otros del mame y huasteco.

Son frecuentes las iniciales *tz*, *tl*, *zt* y *zk*.

La lengua othomí tiene un carácter monosilábico tan marcado que no ha podido menos de llamar poderosamente la atención de los filólogos americanistas. Algunos, como el P. Nájera y D. Manuel Orozco y Berra, han sostenido que el idioma de los othomíes guardaba con el chino relaciones tan estrechas, que parecía derivar inmediatamente de éste. Esta opinión ha sido combatida por Pimentel después de un examen comparativo de las raíces de uno y otro idioma. No cabe, sin embargo, negar al othomí gran semejanza con la lengua citada, si se tiene presente, además del carácter dicho, este otro que Herra consignó en las *Décadas de Indias* con estas palabras: «El lenguaje de los othomitás es muy duro y corfo, porque aunque los religiosos han procurado imprimir la doctrina cristiana en esta lengua no han podido salir con ello, porque una cosa, diciéndola *apriessa* o *despacio*, *alto* o *bajo*, tiene diferentes significaciones.»

Esta cualidad tan característica de las lenguas monosilábicas predomina de un modo especial en el idioma chino y constituye

una dificultad no pequeña para todos los extranjeros que pretenden hablarle.

No terminaremos esta reseña del othomí sin advertir que son en él bastante frecuentes los términos comenzados con *ht*, con *ñ* con *kh*, con *zt* y con *tz*.

Resumen de la doctrina relativa a las lenguas mejicanas.—De los datos consignados arriba se deduce lo siguiente: 1.º, las lenguas en cuestión no concuerdan en el número de consonantes; 2.º, aparte de un número variable de consonantes *simples* común a todos los idiomas citados predominan en cada uno otros que llamaremos *compuestas*, como la *rh* y *ts* del tarasco, la *tz* y *kh* del mixteco, etc., etc.; 3.º, de aquí se sigue que en cada idioma hay sonidos y modulaciones típicas correspondientes a esas letras; 4.º, que es también frecuente en estos idiomas la sustitución de unas vocales por otras, la *e* por *i*, etc.; 5.º, que en la mayoría de los idiomas mejicanos no existe declinación para los nombres y pronombres, a excepción del tarasco y algún otro más, en los cuales quedan como un resto de declinación las partículas de dativo, acusativo y vocativo.

Tratando de los pronombres hemos visto que en la familia mejica-opata son monosílabos casi todos los de primera y segunda persona del singular; disílabos y trisílabos los restantes. La semejanza que se observa entre varios de los pertenecientes a las distintas lenguas de esa familia es prueba fehaciente de la unidad de su origen.

En los idiomas comanche, tejano, mutsum, tarasco, mixteco, y zapoteco, se observa lo siguiente: en el comanche son monosílabas todos los pronombres; en el zapoteco, hay formas polisílabas y formas monosílabas para las mismas personas; en las restantes las formas disílabas, salvo muy contados casos, de mutsum y tarasco.

En el mixe, pirinda, maya, mame, toronaco, othomí y apache, vemos notables diferencias; son monosílabos, los pronombres, mixes, mames y apaches; polisílabos los del pirinda y disílabos los del maya totonaco y othomí en su mayoría.

Las conjugaciones convienen todas en la propiedad de señalar los tiempos mediante partículas peculiares de cada uno de ellos. Sólo el tiempo presente consta de pronombre o en lugar de este prefijo y la raíz correspondiente.

En el modo de indicar las personas encontramos ya variantes,

pues mientras en unos se antepone siempre el pronombre, en otros apelan al empleo de partículas que preceden de ordinario a la raíz, aunque se dan casos en los cuales siguen a la misma, como ocurre, por ejemplo, en el tarasco y en el zapoteco.

Las mayores diferencias entre las conjugaciones de unos idiomas y otros, corresponden a los tiempos, que difieren por el número y por las formas distintas que en muchos de ellos hemos observado.

Pasando a los numerales, hemos visto ya que las lenguas de Méjico tienen, por lo menos, hasta el diez. En la familia mejicano-opata son tan semejantes, que se nota fácilmente la comunidad de origen. El uno y tres son monosílabos en azteca, los demás son polisílabos, como lo son sin excepción alguna, los de las restantes lenguas de esa familia.

Con respeto al grupo siguiente, advertiremos ante todo que los del comanche guardan relación inmediata con los ya citados de la familia mejicano-opata. En cambio, el idioma tejano tiene un sistema numeral completamente distinto. El del mutsum es muy completo, y algunos de sus números recuerdan respectivamente al comanche, pima, y cora. En el tarasco hemos notado la existencia de un sistema numeral tan perfecto como el azteca y de un mecanismo semejante al de éste, aunque la forma de unos y otros varía no poco.

En el mixe, pirinda, mame, totonaco y othomí, hemos visto ya las grandes diferencias que median de unos a otros. Mientras predominan los términos disílabos y monosílabos en el primero de los idiomas citados, en el mame, totonaco y othomí, abundan en cambio, los de tres, cuatro, cinco y siete sílabas en el pirinda.

Los sistemas numerales mixe, pirinda y totonaco, son vigesimales, como los del mejicano, mixteco y zapoteco.

También hemos visto que algunos términos de la numeración mejicana han pasado a otros idiomas de la misma región.

Léxicos. El léxico de la familia mejicano-opata se caracteriza por su abundancia, por su carácter polisilábico y por el uso frecuente que se hace en él, de la *tl*, de la *x* y de la *k*, *ch* y *t*.

En el grupo siguiente, que corresponde al comanche, mutsum, tejano, etc., predomina el disilabismo, y tiene gran número de palabras aztecas, opatas, pimas y aun de otros idiomas de ese grupo.

Finalmente, en el mixe, pirinda, maya, mame, totonaco y othomí, abundan las raíces monosílabas y son frecuentes el empleo de

la *k t* y *z*, en el mixe; de la *tz*, *ch* y terminaciones en *huz*, *nt* y *mi*, en el pirinda; de la *x*, *ch*, *l*, *t* y *tz* en el mame; de la *tz*, *tl*, *zt* y *zk*, en el totonaco; y de la *ht*, *ñ*, *kh*, *zt*, *tz*, en el othomi.

Carácter morfológico de las lenguas de Méjico y cómo deben ser clasificadas.

Fundados en la doctrina expuesta, vamos a consignar aquí algunas consideraciones acerca del carácter morfológico de las lenguas mejicanas, para establecer sobre esta base una clasificación racional de las mismas.

Las lenguas de América han recibido de los filólogos los calificativos de *aglutinantes con sufijos* y *polisintéticas*, es decir, *lenguas cuyo material fonético se halla formado por simple agregación de partículas yuxtapuestas, en las cuales el elemento determinante que concreta la significación de la raíz, ocupa el último lugar de la palabra; y además de esto lenguas polisintéticas o de mucha composición, que es lo que significa la expresión de polisintéticas*. Bastará fijarse un momento en la doctrina arriba expuesta para cerciorarse de que la clasificación citada no es aplicable a los idiomas americanos tomados en conjunto, y de que aun en aquellos casos cabe aceptarla, no puede hacerse sin restricciones, si es que no es ha de incurrir en evidentes inexactitudes.

Ante todo hay que hacer constar la existencia de un grupo de lenguas, en las cuales, si es indudable que predomina en la formación de las palabras el *procedimiento de aglutinación*, tampoco puede negarse que se dan bastantes casos de cambios fonéticos que obedecen a las leyes de flexión: así, por ejemplo, en azteca de *kualli*, bueno, derivan *kualott*, bondad; y no *kualli-ott*; de *tlilli*, tizne, hacen *tlillo* tizado, y no *tlilli-o*; en opata de *ne yo*, derivan *no*, de mí; en eudeve, de *sei*, uno, hacen *setze* primero, y no *sei-tze*; en cahita de *ona*, sal, hacen *onta* de la sal, y no *ona-ta*; de *kari*, casa, hacen *kata* y no *karita*.

Así podríamos citar por el estilo otros ejemplos, tanto de los idiomas mencionados como del tarahumar, tepehuan, cora y pima. Creemos, por lo tanto, que el primer calificativo que conviene con propiedad a estas lenguas es el de *principalmente aglutinantes*, y no el de aglutinantes sin restricción.

Tampoco es constante el uso de sufijos. En las conjugaciones

se antepone casi siempre el pronombre y se anteponen asimismo las partículas que a veces le sustituyen; pero se dan casos como en algunos tiempos del endeve y tepchuan en los cuales suele posponerse. La partícula *ma* del subjuntivo azteca, va siempre antepuesta a la raíz, y así por el mismo estilo en otros casos. Por consiguiente, no es carácter general el ya citado o, al menos, existen numerosas excepciones.

Por último, el carácter polisintético, aunque más extendido que el polisilabismo, no es tampoco general a todas las lenguas mejicanas. De aquí la división que de las mismas ha hecho Pimentel en cuatro grupos.

1.^{er} orden. Lenguas polisilábicas polisintéticas de suflexión.

- a. Familia mejicano-opata
- b. Tarasco
- c. Zoque-mixe
- d. Totonaco

2.^o orden. Lenguas *paulosilábicas polisintéticas* de yuxtaposición.

- a. Familia mixteco-zapoteca
- b. Pirinda

3.^{er} orden. Lenguas *paulosilábicas sintéticas*.

- a. Familia maya
- b. Apache

4.^o orden. Lenguas *cuasi-monosilábicas*.

- a. Othomí y sus dialectos mazahua y pamo.

He aquí la clasificación que, en nuestro sentir, debe establecerse en conformidad con la doctrina arriba expuesta.

Las lenguas de Méjico y las lenguas suramericanas.

¿Qué relaciones existen entre ambos grupos? Desde el punto de vista morfológico convienen uno y otro en estar formados por lenguas de aglutinación, en las cuales predominan los sufijos y el sistema de intercalación, o sea de infijos. Si ahora pasamos al aspecto genealógico o de origen, varían las relaciones según el orden de lenguas mejicanas que se elija como base para el examen comparativo. El othomí, el mazahua y demás del grupo cuasi-

monosilábico, puede afirmarse que solo recuerdan algo a las de América del Sur en el modo de conjugar. Del maya y sus similares paulisilábicas-sintéticas creemos que cabe establecer una semejanza más visible, no solamente por el mecanismo conjugatorio que sigue la marcha del anterior, sino también por su carácter sintético.

Las lenguas mejicanas que guardan relaciones más estrechas con las de América del Sur, son indudablemente el pirinda, las que pertenecen a la familia mixteco-zapoteca, el tarasco y las del grupo mejicano-opata. Esas relaciones están fundadas en la conjugación, en los procedimientos de formación y derivación de palabras, en el polisilabismo y en el carácter polisintético que es común a todas,

Las relacionés lexicográficas no aparecen en ningún caso.

En términos generales podemos afirmar que el número de consonantes es mayor en las lenguas suramericanas que en las de Méjico, con excepción del othomí y dos o tres más, así como las partículas, prefijos, etc. La declinaciones son también más perfectas en aquéllas, prescindiendo de las del oumanogoto, y las conjugaciones asimismo más completas. Nos parece, por lo tanto, que los idiomas suramericanos se encuentran en una fase de *mayor complicación y perfección*.

Las lenguas americanas y las lenguas malayo-polinesias. Terminado el examen de las lenguas americanas, de las cuales acabamos de ocuparnos, consignaremos aquí algunas observaciones acerca de las diferencias que median entre éstas y las del grupo malayo-polinesio.

Hemos visto, en primer lugar, que las lenguas de América tienen alfabetos más abundantes que las malayo-polinesias, sobre todo por razón de las consonantes. Esa combinación de sonidos que se ha pretendido expresar en aquéllas por medio de *tz, th, tl* y otras por el estilo, falta en las segundas totalmente, y no hay, por consiguiente, en éstas la complicación fonética que suponen dichas combinaciones.

En cambio, las lenguas malayo-polinesias tienen alfabetos propios, aunque imperfectos, mientras que en las americanas, o no se conocen, o se reducen tan sólo a simples recuerdos de una escritura geroglífica, como ocurre en el mejicano y otras de esa región.

Las raíces disílabas, tan comunes en el malayo, nos indican asimismo que el polisilabismo es una excepción en esa lengua



y en sus congéneres, al contrario de lo que ocurre en las de Suramérica y en la mayoría de las mejicanas. Lo mismo cabe afirmar del carácter polisintético, aunque éste es más perceptible en los dialectos de Filipinas.

Carecen también los idiomas malayo-polinesios de terminaciones para distinguir los géneros, aunque esto ocurre de igual modo en muchas de América.

En cuanto a la declinación, falta en absoluto en las lenguas oceánicas citadas, las cuales, no sólo no se acercan en este caso a la perfección del quechua, sino que distan asimismo de los modelos rudimentarios que ofrecen tanto el pano como el guarani y otros de América.

La conjugación malaya es de un mecanismo más sencillo que las americanas. La raíz permanece *siempre* invariable. Los tiempos se indican en la mayoría de los casos mediante duplicación de la primera sílaba o por intercalación de partículas. El pronombre personal se pospone de ordinario al verbo, siguiendo una práctica opuesta a la que hemos visto en las conjugaciones americanas.

No hay en ninguno de los dialectos malayo-polinesios la exuberancia de formas observada en los idiomas mejicanos para expresar un mismo tiempo.

La forma pasiva de los verbos es de uso común en aquéllos, al contrario de lo que se practica en éstos.

El sistema de numeración es más completo y aun más sencillo en las lenguas malayo-polinesias que en las de América. Los casos de sistema vigesimal citados al ocuparnos de los idiomas mejicanos, no existen en los malayo-polinesios; pero, en cambio, se notan aquí vestigios de un sistema *quinario*, al menos en algunos.

Hemos advertido ya que los idiomas malayo-polinesios tienen un mismo sistema de numeración, sin más variantes que las originadas por *supresión o cambios y permutaciones de letras*; pues bien, en los de América pudimos observar que cada uno dispone de sistema numeral propio, a lo menos para algunas cifras.

Con respecto a los léxicos de unos y otros idiomas, es decir, americanos y malayo-polinesios, debemos advertir, ante todo, que si el idioma de un pueblo ha de ser trasunto fiel de sus hábitos, costumbres y género de vida, necesariamente han de mediar entre aquéllos las diferencias que separan siempre a los pueblos insulares y marítimos de los pueblos continentales. Aparte de esto, la semejanza, o, mejor, identidad de procedimientos sintéticos en la

formación de las palabras y el uso de las mismas partículas, afijos, infijos y sufijos dan a las voces malayas una fisonomía propia que las caracteriza y las distingue muy bien de cualesquiera otras, y, por consiguiente, de las americanas.

En unos y otros idiomas hemos observado también cierta exuberancia de términos para expresar conceptos que en nuestra lengua se exteriorizan por medio de un solo verbo auxiliado de un adverbio o locución adverbial, según los casos.

El disilabismo en raíces y términos es asimismo general en todos los que ostentan un carácter genuinamente malayo, y esto no puede afirmarse de los elementos citados con relación a las lenguas de América.

Es verdad que no faltan en aquellos idiomas términos y, sobre todo, raíces trisílabas, pero éstas son en su mayoría de origen sánscrito.

Los pueblos malayo-polinesios han recibido de los hindues y de otras regiones de Oriente, un legado muy cuantioso de ideas relativas a teogonías, supersticiones, agüeros e ídolos en tal proporción, que el diccionario mitológico consta de muchos cientos de palabras, resultando considerablemente aumentado el caudal malayo por los elementos sánscritos. Aun sin esto los léxicos malayo y javanés, y en grado superior los filipinos, nos parecen, a juzgar por los datos que poseemos, bastante más abundantes que los americanos.

Tampoco hemos podido apreciar en éstos la riqueza extraordinaria en refranes y adagios, por cierto muy ingeniosos, que tanto realza a las lenguas filipinas.

En resumen, las lenguas malayo-polinesias son más pobres que casi todas las de América aquí estudiadas, por el número de sus letras, en especial de las consonantes. Tienen alfabeto propio, aunque imperfecto, y sistema numeral más completo que la mayoría de las segundas, y desde este punto de vista superan a éstas, que sólo conservan una parte del sistema numeral algunas de las mejicanas, restos de una escritura geroglífica.

El mecanismo gramatical es menos complejo, más sencillo y más imperfecto en las lenguas malayo-polinesias que las americanas, pero, en cambio, son aquéllas más sonoras y gratas al oído y más asequibles a los extranjeros que las primeras y, por consiguiente, ocupan, atendida su estructura, *un lugar medio entre las monosilábicas y las polisintéticas*

VII

El carolino y las lenguas americanas.

Hemos hecho notar oportunamente las grandes diferencias que separan al carolino de las lenguas malayo-polinesias y la falta de relaciones genealógicas entre una y otras. En presencia de un hecho tan significativo, por lo mismo que contrasta de una manera asaz palpable con la unidad fisiológica de los idiomas citados, ocurre la siguiente pregunta: ¿dónde se halla el tronco originario de esa lengua de los carolinos que se nos presenta con caracteres peculiares y con un organismo que supera por su perfección al de todas las lenguas de la Oceanía? Después del estudio que precede acerca de las lenguas de América somos de parecer que el idioma en cuestión tiene su origen en este continente, y es lengua hermana de las que se hablan en algunas regiones de Méjico.

Investigando el agustino P. Martínez de Zúñiga el origen de la raza malaya, llegó a sostener que ésta procedía de América meridional, fundado principalmente en la semejanza, y aun identidad de algunos términos del malayo, a otros de la lengua araucana. Tal era la opinión del autor citado expuesta en una *Historia de Filipinas* (1) y de la cual se hizo cargo el Dr. A. Lesón en su obra *Acerca del origen de los polinesios*.

El P. Zúñiga modificó su opinión en su posterior obra titulada *Estadismo de las Islas Filipinas* (2) en el sentido de considerarla poco probable; pero conviene tener presente que en la teoría expuesta por aquel, se parte del falso supuesto de una semejanza o, mejor, parentesco lingüístico entre el carolino y las lenguas malayo polinesias, que está muy lejos de existir. Nada autoriza, según hemos visto, para afirmar la existencia de semejante relación. *El carolino es lengua americana, y principalmente mejicana*, y esto vamos a tratar de demostrar a continuación, después de algunas consideraciones generales que nos servirán de base para el caso.

Es un hecho comprobado por la experiencia, que todo idioma tie-

(1) *Les Polynesiens: Leur origine. Leurs émigrations. Leurs langages.* — Paris, 1890.

(2) Págs. 428, 429 y 430, vol. II.

ne un colorido y fisonomía propias, en virtud de los cuales se distingue el habla de la persona que se expresa en su lengua nativa del habla de cualquier extraño que usa la misma lengua, aun en el caso de dominarla con gran perfección. La causa o causas originarias de semejante fenómeno se hallan, ante todo, en el medio y ambiente sociales en que se desenvuelven los idiomas, y después en la disposición habitual de los órganos de fonación para producir los *mismos sonidos*, que por la repetición de movimientos idénticos da lugar a una *norma orgánica determinada* que preside a la producción de aquéllos. En esa particular inflexión de los órganos orales se halla fundado el *centro genético* de fonetismo peculiar propio de cada familia lingüística, como observa muy oportunamente el sabio filólogo español Amor Ruibal, y en ella y en otros caracteres gramaticales trataremos también nosotros de establecer las relaciones de parentesco que ligan el carolino con las lenguas americanas.

La primera observación que ocurre al indagar las relaciones dichas es la que se refiere a la igualdad o casi igualdad de unos y otros idiomas en cuanto al número de letras.

Dijimos ya que la lengua de los carolinos presentaba *un número de consonantes doble del que aparece en los idiomas de las islas inmediatas*; pues bien, al lado de esta desproporción resalta de un modo particular *la concordancia existente por el concepto mencionado entre este idioma y la mayoría de los de América*. Hay que añadir a ese otro carácter común a uno y otros y es la existencia de consonantes dobles expresivas de sonidos llamado de *transición*; estas consonantes son la *ts* del mixe, mame y huasteco; la *tz* y *th* del maya y pirinda; la *tz* y *lh* del totonaco y la *kh*, *ph*, *pj*, y *ts* del othomí, y la *ts*, del keres, tesuque y jemez y demás idiomas de Nuevo Méjico.

En el carolino tenemos asimismo esa clase de consonantes representadas en primer lugar por la *ts* igual a la arriba citada, por *ng* propia del malayo y también de algunas lenguas de América del Sur, y la doble *rr* que se halla asimismo en el comanche y sá-liva. Creemos que existan algunas más que encajan dentro de su condición fonética.

La *g* del carolino suena *gue gui* como en los idiomas de América. La *h*, como en othomí, es decir, aspirada y con sonido aproximado al de la *j*.

La *p* equivale a *b*, cual ocurre en el pirinda y otros idiomas ame-

ricos. Según el etnógrafo de la expedición de Astrolabio, Monsieur Blanchard, los carolinos convertían en *Bunibé* la palabra *Ponapé*.

La *e* y la *o* del carolino tienen, como en la lengua *othomi*, un *doble sonido*, a saber: el que reciben en castellano y otro más abierto, propio de aquéllas. El tratadista Nevé, aplica al de la *e* el pintoresco calificativo de *ovejuno* por imitar, dice, al balido de las ovejas.

La *o* suele duplicarse en carolino como en las lenguas americanas se duplican ésta y otras vocales: *bor*, muchos, lo convierten los carolinos en *boor*.

Acentos. Dice el filólogo Benloew, que el acento marca la acción ejercida por la inteligencia humana en las voces, de tal forma, que a medida que comienzan también a acentuarse, podemos decir que comienzan también a tener conciencia de sí mismas. Hay que tener presente que en el acento se combinan el grado de altura o acento tónico, el grado de tiempo o cantidad en la duración y el grado o acento de intensidad. Este último tiene, lo mismo en el carolino que en la mayor parte de las lenguas de América, un valor relativamente escaso, por el carácter, suave e indeciso, de su pronunciación. El de tiempo, varía según sea mayor o menor el polisilabismo verbal; cuando éste es muy marcado la pronunciación resulta sumamente rápida y, según relatos de misioneros, no les era posible percibir ni las sílabas que integraban una palabra, ni el valor y significación de ésta, ni mucho menos repetirlas con la celeridad común en los indígenas, mientras no hubiese precedido un ejercicio largo y paciente.

Finalmente, el acento tónico es de gran importancia en carolino, en las lenguas de América y aun en las del grupo malayo; por la variedad de significaciones que adquiere una misma palabra según el tono de su pronunciación. El término *othomi nho*, tiene hasta *ocho significaciones distintas*, por el concepto mencionado.

Escritura geroglífica en Carolinas y en Méjico. Al estudiar el malayo javanés e idiomas filipinos, hemos visto ya que existía en todos alfabeto propio que desde luego podemos suponer extendido a los restantes dialectos polinesios. Sólo en el carolino se ha encontrado la *escritura geroglífica* propia de las lenguas mejicanas, lo cual no deja de ser una coincidencia muy digna de notarse y una prueba fehaciente de las relaciones entre dichas lenguas.

Mecanismo de formación verbal. El carolino tiene muchas raíces

monosílabas a semejanza del mazahua, pame y othomí. La aglutinación o agregación de palabras es casi nula en uno y otro de esos idiomas, observándose únicamente que en la lengua carolina hace uso de la duplicación de la primera sílaba, lo que no es frecuente en los otros. La adición de sufijos a la raíz es, en cambio, carácter común a todos ellos.

Empleo del artículo. En el malayo y lenguas afines no es frecuente el empleo del artículo *el, la, lo*, etc.; entre los carolinos ocurre lo contrario, como ocurre en varias lenguas de Méjico; y no solamente disponen éstas del artículo para singular y plural, sino que tienen asimismo terminación para el dual: *fapi pimohon*, los hombres; *fagali pimohon*, los dos hombres, (en carolino); *nema*, los hombres, *thema* los dos kombres, (pirinda).

Declinaciones. Hemos visto ya que las lenguas de América tienen declinaciones, al menos rudimentarias, a diferencia de las malayo-polinesias, que carecen en absoluto de ellas. En el opata, cahita y eudeve, la declinación se extiende sólo al nombre; en el tarasco abarca también el pronombre. La lengua carolina concuerda también en esto con las ya citadas de Méjico y en particular con el tarasco. Tiene declinación para el nombre, sin otra diferencia que la de prefiar las partículas propias de cada caso en vez de subfiarlas, como hace el tarasco. La tiene asimismo para el pronombre personal y aún encontramos en ella otro carácter que prueba por su parte la relación que guarda con las lenguas de Méjico. Dice Pimentel, refiriéndose a la familia mejicano-opata, lo que a continuación copiamos por venir a propósito para nuestro objeto. «Se encuentran también en las lenguas de la familia mejicano-opata algunas palabras o formas distintas, según se aplican a cosas animadas o inanimadas. En mejicano la partícula *te* que acompaña al verbo, indica acusativo de persona y *tle*, de cosa; lo mismo sucede en opata, pues *ne*, significa persona y *hi* cosa. En opata se encuentra la preposición *vepini*, que se usa tratándose de personas y *pini* de cosas, así como *hadeni*; ¿cuál? se usa respecto a éstas y *hadanihay*, respecto a aquéllas.

También en opata *ze*, uno, se usa para numerar vivientes, y *senipa senika*, etc., para cosas. En eudeve la partícula de posesión *guagua*, se aplica a inanimados y *vat* a animados. *Atane*, ¿qué? se usa en cora, hablando de personas, y *tita* de cosas: en el mismo idioma para contar *cosas animadas*, se antepone la partícula *ma* al adjetivo numeral. En tepehuan *kuko* y *tuto*, son palabras que

se refieren a cosas verticales, y la misma idea, respecto a personas, se expresa con *guko*. En *mulsum* hay dos verbos que significan *estar*; *tzahora*, sirve para los *animados*, y *rote*, para los *inanimados*. En costeño el interrogativo *que*, varía de forma, según se refiere a personas o a cosas. En la aplicación del número plural, es donde usan generalmente marcar estas lenguas la diferencia entre seres animados e inanimados, pues sólo le usan con los primeros o que parecen serlo: esta es la regla mas común, aunque con algunas excepciones e irregularidades. Pasando ahora al examen del carolino, vemos en primer lugar que los pronombres demostrativos adoptan tres formas distintas determinadas por prefijos: 1.^a, para personas con *singular, plural y dual*; 2.^a, para animales y cosas; 3.^a, para fragmentos o partes de algún todo, separados. Este, ésta, *tsaney*; ése ésa *tsanir*; aquél, aquélla *tanem*; aquél, aquélla (refiriéndose a los que no están presentes, *fatsá*. Estos, estas, *pi tsaney*, etc., etc.; estos dos, estas dos, *gali-tsaney*, etc., etc.

Segunda forma: este animal o este objeto. *biney*; ése, ésa, *binir*; aquél, aquélla, *binem*, etc., etc.

Tercera forma: este fragmento o parte separada, *gui ney*; eso, *guinir*; aquéllo, *guinem*.

En los pronombres posesivos encontramos asimismo dos formas, una para indicar órganos o partes de nuestro cuerpo o cosas que proceden del mismo: boca, es en carolino *lagnay*; mi boca, *lagna-ag*; tu boca, *lagna-am*; su boca, *lagna-an*, etc., etc.; mi sombrero, *purpur rog*; tu sombrero, *purpur rom*; su sombrero, *purpur roc*.

El mismo caso se repite en los pronombres relativos: para personas usa *mini* en singular y *tson mini* en plural; y para animales o cosas, *mang binignan*, etc.; en plural: ¿cuál de esos dos hombres?, *¿mini pinohon?* ¿cuáles de aquellos hombres? *¿tson mini pinohon?* ¿cuál de los dos pájaros? *¿mang e arse?* ¿cuáles de esos objetos? *¿tinignan é tinir?*

La conjugación en carolino y en las lenguas americanas. El carolino, las lenguas mejicanas azteca, euleve, cahita, pima, tepahuan y tarahumar, y entre las de Suramérica el sáliva y guaraní, coinciden en no sólo tener dos categorías de conjugaciones, sino también en seguir procedimientos, completamente idénticos, en unos casos y en otros muy semejantes, en la formación de las mismas. En la primera de dichas categorías, se incluyen las cen-

jugaciones en que entra el pronombre personal para expresar el sujeto, agente o paciente. En este caso, el pronombre precede a la raíz, que va seguida de un sufijo, destinado a determinar el tiempo correspondiente, presente, pretérito, etc., etc. No hay, por lo tanto, intervención de partícula alguna fuera de la ya citada.

En la categoría segunda entran conjugaciones, en las cuales se prescinde en absoluto del pronombre personal, designándose las personas y los tiempos, mediante prefijos o sufijos y con estos últimos, aunque sólo algunas veces, el plural de los verbos.

Véase el cuadro que a continuación presentamos, en el cual puede abarcarse con una mirada, el mecanismo de las conjugaciones carolina, othomí, etc., etc., y la identidad de procedimiento fonativo.

Cuadro comparativo de las conjugaciones

	En Carolino.	En Othomi.	En Mejicano.	En Opata.	En Oshita.
PRESENTE	Yo hablo.....	Di ñha	Ni-notza	Ne-nukuai	Ne-nokae
	Tú hablas.....	Gui ñha	Ti-notza	Ma-nukuai	E-nokae
	El habla.....	I-ñha	Notza	I-nukuai	Nokae
	Nosotros hablamos...	Di-ñha hē	Ti-notza	Ta nukuai	Te nokae
	Vosotros habláis.....	Gui-ñha gui	An-notza	Gimdo nukuai	Em-nokae
	Ellos hablan.....	I-ñha hu	Notza	Me-nukuai	Im-nokae
PRET. IMP.º	Yo hablé.....	Da-ñha	Ni-notza-yā	Ne-nukuai-karu	Ne-nokae i
	Tú hablaste.....	Ga-ñha	Ti-notza-yā	Ma-nukuai-karu	E-nokae-i
	El habló.....	Bi-ñha	Notza-yā	I-nukuai-karu	Nokae
	Nosotros hablamos...	Da-ñha he	Ti-notza-yā	Ta-nukuai-karu	Te no-kae-i
	Vosotros hablasteis...	Ga-ñha hū	An-notza-yā	Gimdo-nukuai-karu	Em-nokae i
	Ellos hablaron.....	Bi-ñha yū	Notza-yā	Me-nukuai-karu	Im-nokae-i
PRET. IMPER.º	Yo hablaré.....	Ga-ñha	Ni-notza-z	Ne nukuai-sea	Ne nokae-nake
	Tú hablarás.....	Gui-ñha	Ti-notza-z	Ma-nukuai-sea	E-nokae nake
	El hablará.....	Da-ñha	Notza-z	I-nukuai-sea	Nokae-nake
	Nosotros hablaremos...	Ga-ñha-hé	Ti-notza-z	Ta nukuai-sea	Te-nokae-nake
	Vosotros hablaréis.....	Gui-ñha hū	An-notza z	Gimdo-nukuai-sea	Em nokae-nake
	Ellos hablarán.....	Da-ñha-yū	Notza-ekē	Me-nukuai-sea	Im nokae-nake
IMPERATIVO	Habla tú.....	Ñha,	Ma-ni-notza	Nukuai the	Ne-nokae-n
	Hable él.....	Ñha-gui, hū	Ma-xi-notza	Nukuai-sea-i	E-nokae-n
	Hablemos nosotros.....		Ma-notza	»	»
	Hablad vosotros.....		Ma-ti-notza kan	Nukuai eu	Te » »
	Hablen ellos.....		Ma-xi-notza-kan	Nukuai eu	Em » »
			Ma-notza-kan	Nukuai-sea-mē	Im » »

Como puede observarse, la raíz verbal permanece en todos invariable y va precedida de partículas que marcan los tiempos y las personas. Cuando dos o más tiempos tienen los mismos prefijos, cual ocurre en las conjugaciones mejicana, opata y cabita, las personas son designadas por medio de partículas pospuestas a la raíz. Este modelo de conjugación difiere de los que hemos visto en el quechua y pano, en que no hace uso de los pronombres personales, y con relación al primero de los dos citados, en que para cada persona tiene el sufijo correspondiente, según se observó en aquél; difiere asimismo del sáliva, porque en la conjugación de éste sólo se hace uso de sufijos; en cambio, ofrece gran semejanza con algunos modelos del guaraní y del cumanagoto.

Son notables las diferencias que separan a dichas conjugaciones carolina, mejicana y demás del grupo mencionado, de las malayo-polinesias. Estas se forman duplicando toda la raíz, o parte, a lo menos, de ella, e interponiendo injijos en la misma, lo cual jamás se verifica en aquéllas.

Léxicos. Un examen comparativo de los léxicos americanos y del carolino nos ha conducido a la conclusión de que no existe la menor semejanza apreciable entre éste y aquéllos, *fuera de la existencia de numerosas raíces monosilabas* que encontramos en el segundo y en los idiomas cuasi-monosilábicos, *mazahua, pame y othomí*. Esta circunstancia, sin embargo, nada probaría en contra de la tesis que pretendemos demostrar. Entre las mismas lenguas de América hemos observado idéntico fenómeno, no sólo al cotejar las del Sur con las mejicanas, sino también al hacer esto mismo con las pertenecientes a la familia mejicano-opata y el mixteco y zapoteco.

Concluimos, pues, de todo lo dicho que, en contra de la creencia común de numerosos autores, la lengua de los carolinos o lengua de Jap, es por su alfabeto, acentuación, declinaciones, artículos, caracteres pronominales, conjugaciones, y, en una palabra, por su estructura gramatical toda, una lengua americana gemela, muy probablemente del grupo othomí. La diferencia de léxicos, no hace sospechar, sin embargo, que esta lengua sea o un resto de alguna de tantas como se han extinguido en esa región de centro-américa, o tal vez de aquellas que sólo se conservan en alguna de las tribus salvajes que viven todavía en parajes apartados o poco conocidos.

Origen americano de los carolinos.—Valor del argumento filológico.—Pruebas deducidas de ciertos caracteres físicos.—Idem de algunos usos y costumbres.—Monumentos.—Conclusión.

Demostrado suficientemente, a nuestro parecer, el carácter americano de la lengua de Jap y su inmediato parentesco con los idiomas *mejicanos paulosilábicos*, del grupo othomí, ocurre por un proceso lógico la siguiente pregunta, que ya consignamos al principio de este trabajo: ¿por qué hablándose en los pueblos de la Oceanía *dialectos malayos de semejanza y estructura idénticas tan perceptibles*, que han merecido de los exploradores el calificativo común de «Gran Lenguaje polinesio» nos encontramos aquí con una raza que aislada e incomunicada siglos enteros en medio del Oceano, se expresa en un idioma que, lejos de recordar por su mecanismo y por su léxico al de los pueblos que la circundan, es, por el contrario, hermano gemelo de otros que se hallan en la región central del continente Americano? Esta circunstancia llama la atención tanto más, cuanto que islas como Madagascar por el Sur, y las de los Amigos por la región oriental de las Carolinas, tienen dialectos malayos, a pesar de hallarse a una distancia de la Malasia muy superior a la de éstas.

La existencia de esa lengua en las citadas razas micronesias no cabe explicarla por la influencia de inmigraciones, capaces de imponer semejante idioma a los habitantes indígenas carolinos, porque aparte de tratarse de un supuesto completamente gratuito e infundado, aquél hubiese conservado siempre un *substratum propio*, sobre el cual vendrían a sobreponerse los elementos de la lengua advenediza, como un material de adaptación más o menos forzada.

La lengua de Jap ofrece en *su conjunto una homogeneidad* que excluye todo agregado extraño.

Los escasísimos términos tagalos y castellanos que han podido incorporársele, se destacan como algo que sobrenada en ella sin fundirse ni adquirir carta de naturaleza. De otros idiomas no se aprecian restos, ni aun con un examen detenido. Dicha lengua debe ser considerada, por lo tanto, *como propio y nativo patrimonio* de los indígenas carolinos. Ahora bien, si esto es así, y por otra parte, si los pueblos micronesios son producto de emigracio-

nes. como lo son los polinesios y los malayos, ¿cuál es el punto de partida de los primeros? ¿iniciaron su éxodo desde el Continente Asiático, o, por el contrario, partieron del Americano? Dice con razón el etnógrafo inglés, P. Morice, que a falta de documentos históricos demostrativos del origen de una raza, corresponde a la filología el privilegio de suplirlos y ocupar el puesto propio de aquellos (1). Al llegar a este punto, surge, por natural consecuencia, la discutida cuanto obscura cuestión *de las relaciones entre las lenguas y las razas*, y hallándose en ella la clave única, capaz de facilitarnos la solución de nuestro problema, no podemos substraernos al deber de consagrarle algunas observaciones, siquiera sean breves.

La gloria de haber dirigido los estudios lingüísticos por los cauces de la Etnografía corresponde, antes que a ningún otro, al sabio jesuita español Lorenzo Hervás Panduro, creador y fundador de la *Filología Comparada*. «La mente, pues, observadora: escribe en su *Catálogo de las Lenguas* (2), mirando con vista filosófica el linaje humano, advierte que las naciones de éste aunque todas de individuos racionales de una misma especie, se distinguen y diversifican en costumbres, en la figura corporal y en *las lenguas*, y que estos distintivos caracterizan su diferencia y diversidad.» Nación era para Hervás sinónimo de raza, como lo era para los antiguos clásicos, y por eso añade pocas líneas después «el número de naciones que componen el linaje humano corresponden al de las lenguas que las diferencian.» La doctrina del ilustre sacerdote español tuvo entusiastas partidarios y defensores en Pallas, Adelung, Klaprot, Rask, los dos Humboldt y especialmente en Federico Schlegel, quien, dice Antón Ferrándiz (3) «proyectaba los arrebolados albores de la ciencia del lenguaje sobre los orígenes de los habitantes de Europa, penetrando en los misterios bramánicos y asegurando que los idiomas persas, germánicos, eslavos, griegos y latinos, proceden del Sánscrito, como los neolatinos del antiguo idioma del Lacio, y en su virtud, los pueblos que hablan aquellos idiomas pertenecen a una misma raza

(1) La Linguistique considérée comme criterium de certitude ethnologique, par le P. Morice, C. M. J.—Revue Anthropos—1906, vol. I, págs. 112, 118, 114 y 115.

(2) Artículo 1.º, vol. I.

(3) Antropología o Historia Natural del Hombre, vol. I. pág. 55.

indoeuropea, procedente de la India por sucesivas emigraciones.»

Con ser de gran valor la autoridad de los autores citados, todavía resulta más decisiva la del célebre Prichard, por tratarse, no ya sólo de un maestro excepcional en materias antropológicas, sino por su cualidad de médico y anatómico. Después de hacer resaltar la divergencia existente entre los etnógrafos al distribuir en grupos las variedades de la familia humana, añade estas palabras, que vienen muy bien a nuestro propósito: «Para mí, que estoy lejos de aceptar como hecho demostrado el que la especie humana haya procedido originariamente de muchos troncos distintos, no tengo por qué entrar en esta discusión. Me esforzaré en describir brevemente las principales razas de hombres, considerando como familias distintas aquellas cuya existencia apoya en pruebas históricas, y especialmente en pruebas derivadas de la consideración de las lenguas; *porque de todos los caracteres, mediante los cuales se distingue un pueblo de otros, es la lengua el más permanente, y puede demostrarse que en muchos casos ha sobrevivido ella a los profundos cambios operados en los caracteres físicos y morales.* La glosología o historia de las lenguas, fundada en un análisis detenido y profundo de sus relaciones, es un campo de investigación, por decirlo así nuevo, pero que ha sido explorado ya con gran éxito, y en el cual se realizan constantemente nuevos descubrimientos. Cada vez se convence uno más de la necesidad de establecer como base de la Etnología o Historia de las razas, el estudio de las relaciones existentes entre sus lenguas respectivas.

A pesar de tan calificadas autoridades, la doctrina expuesta ha sido combatida rudamente por Broca, que niega todo valor a la Lingüística en el estudio de las razas, y mucho antes por Desmoulins (1), de quien afirma el Profesor Antón y Ferrándiz, que la refutó con argumentos vivos e irrefragables, al observar que «de la identidad del francés de Haití con el hablado en las orillas del Sena y del Loira, se deduciría que los hombres de Santo Domingo, con el pelo lanoso, la piel negra y aceitosa, la nariz chata y las rodillas un tanto encorvadas, son de la misma raza y descienden del mismo tronco de parentesco que los franceses de pelo sedoso, castaño o rubio y blanca piel». A este razonamiento verdaderamente especioso, opuso Augusto Sbleicher la siguiente

(1) *Histoire naturelle des races humaines*, 1826.

afirmación, cuyos fundamentos vamos a exponer en seguida. «Un germano puede por acaso presentar el prognatismo y el pelo lano-so de un negro, mas un lenguaje de negro no será jamás su lengua madre. La estructura visible del esqueleto cerebral y facial y en general de todo el cuerpo, es menos importante que la no menos material, pero infinitamente más delicada estructura corpórea, cuya función es el lenguaje.» Ahora bien, si el lenguaje de un negro jamás será la lengua madre de un germano, el *francés* de un haitiano ¿podrá ser el de un hijo de las orillas del Sena o del Loira? Sospechamos que Desmoulins no llegó a oír la lengua francesa en boca de un indígena de Haiti, de haberla oído, seguramente *no la conocería*. ¿Por qué? Vamos a demostrarlo ahora, partiendo de algunos hechos abonados por la experiencia, así ajena como propia.

El alfabeto latino, aplicado lo mismo a las lenguas americanas que a las polinesias, es, hablando en general, una ficción. Algunas letras de las llamadas consonantes, no tienen sonido correspondiente en aquellos idiomas. Así lo hemos visto en los americanos. Con respecto a los de Filipinas, faltan, entre otros, los de la *rr* y la *f* (éste se observa por excepción en el Bicol). La palabra Ponapé era para los carolinos *Bunibé*. Los indios filipinos decían Alomenos, por Alaminos; Camelo, por Camilo; Memo, por Jerónimo; Vintai, por Vicenta; Sueña, por Zoila; Cholen, por Consolación; Pin, por Cecilio; Piro, por Pedro; Ambó, por Pablo; Tacoi, por Eustaquio, etc., etc.

Es indudable que en todos los idiomas se observan fenómenos semejantes, y así tenemos en castellano Tuto, Lola, Paco y Frasquito, entre otros mil en que se obedece a la ley del menor esfuerzo; pero en los casos arriba citados no rige sólo ésta para las contracciones, cambios y metamorfosis verbales, sino que además los filipinos *funden, por decirlo así, en el troquel de su idioma las palabras españolas, suprimiendo de éstas las consonantes que no usa el malayo, alterando las vocales al modo de éste, e imprimiendo en ellas el sello de familia al incorporarlas a su léxico*.

Debemos tener asimismo en cuenta la influencia del acento en la vida de las palabras. Si, como arriba hemos dicho, marca aquél la acción de la inteligencia humana en las voces, de tal forma, que cuando comienzan a acentuarse podemos decir que comienzan a tener conciencia de sí mismas; al cambiar, por decirlo así, de nacionalidad, las palabras de idiomas europeos, pasando a ser patrimonio de otras razas, que cual nuevos padres adoptivos vienen

a prohibirlas, necesariamente han de entrar en la nueva familia, encarnando en el organismo de ésta, perdiendo cuantos elementos sean inadaptables al caso, y por lo mismo, todos aquellos caracteres que resultan de su influencia y acción. Dedúcese de aquí, que las palabras castellanas, por ejemplo, han de perder mucho de su energía y *fuerza proyectiva* al desaparecer ese *acento de intensidad que nosotros le comunicamos* y recibir en labios malayos la pronunciación reposada, suave e indecisa, que éstos las infunden. Y, en efecto, así lo hemos visto confirmado por la experiencia en éste y otros casos.

De la misma manera, pierden, por la causa dicha, todas las letras de sonido áspero y duro, y también algunas sílabas siempre que el polisilabismo de los nuevos términos es superior al que corresponde al idioma propio.

Es, a no dudarlo, un factor de valor indiscutible en la transformación lingüística el cambio de acentos de que acabamos de ocuparnos. Pero hay aún otra causa que influye más directa y decisivamente que éste en el fenómeno citado: es la *evolución sintáctica*. Dice el filólogo español Amor Ruibal, que la sintaxis encierra la razón formal de los idiomas y su valor ideológico, que es, en resumen, el valor único que los caracteriza. Si puede haber idiomas sin morfología (los monosilábicos) no los hay, ni puede haberlos, sin sintaxis.

La sintaxis debe, según Regnier, ser considerada como el centro de la Ciencia del Lenguaje para el conocimiento psicológico de los idiomas. Ahora bien, ¿qué otra cosa son tanto el valor ideológico, como el contenido psicológico de los idiomas sino un reflejo de las ideas y sentimientos de la raza que es como su madre natural? y, ¿qué es, en último resultado, la sintaxis sino la expresión genuina del modo peculiar que corresponde a esa misma raza, en la percepción y apreciación de la realidad, y por consiguiente, del orden con que emite sus ideas y sus sentimientos? A esa percepción propia y característica del mundo externo corresponden las costumbres y usos de los pueblos condicionados por el medio en que viven, y en este medio están fundadas las diferencias que se advierten entre unas y otras naciones.

El europeo que llega por primera vez a los países malayos Extremo-oriente, véase sorprendido por costumbres opuestas a las de Occidente y si trata de estudiar sus lenguas notará enseguida que sus nombres y pronombrs son indeclinables; que los adjetivos

tienen tan sólo una terminación para los tres géneros; que en la conjugación sigue el sujeto al verbo en lugar de precederle; que el calificativo se antepone frecuentemente al sustantivo a quien afecta; que la forma pasiva sustituye, casi siempre, a la activa, al contrario de lo que ocurre en los idiomas europeos neolatinos; en una palabra, que aquella sintáxis es el reverso de la nuestra, y por consiguiente, que jamás se llegará al dominio de las lenguas malayas *mientras no piense en malayo*. He aquí un hecho que podemos garantizar con el testimonio de los misioneros y con nuestra experiencia personal; hecho positivamente comprobado por la dificultad inmensa que ofrecían siempre las versiones del castellano a cualquiera de los dialectos malayos y viceversa.

Por consiguiente, si el dominio de una lengua malaya o americana sólo puede adquirirse *pronunciando en americano o en malayo, acentuando en esos mismos idiomas y asimilando su sintáxis que, como hemos dicho, representa el valor ideológico de aquellos idiomas*, lógicamente se deduce que el castellano, el francés, el portugués y los idiomas europeos, pasarán a ser patrimonio de aquellos pueblos cuando pronuncien, acentúen y hagan suya la sintáxis europea.

La lengua, dice con razón Chavee, es un organismo silábico primordial en el que ha encarnado cada raza espontáneamente la producción de su particular organización intelectual. Así cada lengua no es otra cosa que un complemento natural de la organización humana, especializada anatómica y fisiológicamente en cada raza. Las diferencias características de la causa productora se hallan forzosamente reflejadas en los efectos producidos. Infundir en su idioma lo que está en su cerebro y de la manera como éste lo siente y lo concibe, he aquí la obra común, primordial, espontánea e inevitable de cada raza. De ahí los siguientes corolarios: *«la raza china es a la lengua china, como la raza indoeuropea es a la lengua indoeuropea. Cual es la raza, tal es la lengua y viceversa, cual es la lengua tal es la raza. Una sola raza no puede crear dos lenguas.»* Si descartamos de este lenguaje lo que tiene de inexacto y poco filosófico, encontraremos ser verdad los juicios que en él se expresan, los que han sido corroborados por otros autores, entre los cuales citaremos tan sólo al Dr. Brinton, quien estudiando las razas de América dice así: estos medios (las lenguas) nos ofrecen, sin duda alguna, *la base más segura de la clasificación étnica de las tribus americanas, la que posee real-*

mente algún valor. Los esfuerzos ensayados hasta aquí con miras a establecer una clasificación basada en los límites geográficos, en las particularidades políticas, en los rasgos físicos de los pueblos o bien en la forma del cráneo o en el grado de salvajismo o de civilización, han dado resultados insuficientes. No puede subdividirse la raza más que tomando por guía a la Lingüística.

Una semejanza de idioma supone generalmente identidad de descendencia y uniformidad de caracteres psíquicos. Es cierto que la historia del mundo nos revela más de un cambio forzado de la lengua de un pueblo, mas esta imposición siempre ha ido acompañada de una infiltración de sangre correspondiente. Cítanse casos de esta índole en Irlanda y Polonia, donde la violencia de las leyes ha impuesto a esos pueblos el idioma de sus conquistadores y tiranos, mas la experiencia testifica siempre *que la nueva lengua resulta una amalgama de la nativa y de la advenediza, desapareciendo las formas accidentales y términos menos importantes de la primera y quedando sus raíces siempre fáciles de reconocer* (1).

Se ha dicho que el lenguaje no tiene relación alguna ni con el individuo, ni con la sociedad que le dió el ser, y que una sociedad puede recibir sucesivamente todas las lenguas existentes sin inconveniente alguno en orden a la adaptación. Desde el punto de vista teórico, ningún reparo serio parece que pueda oponerse a esa doctrina; mas en la práctica resulta siempre contraria a la realidad. Para que un pueblo, una nación, pudiese cambiar de idioma radicalmente, sería preciso aislar por completo desde la misma niñez a cada uno de sus individuos, de tal modo, que alejados de todo contacto con los deudos respectivos, no mamasen, por decirlo así, la lengua patria. Aun en este caso quedaría siempre algún residuo hereditario, sea en la pronunciación, sea en el acento o en otras manifestaciones semejantes, y sobre todo una tendencia y facilidad nativas para volver al idioma de sus antepasados. Es cierto que en América del Sur se habla el castellano; pero aparte de que esta lengua ha sido heredada allí por los descendientes de los mismos españoles, no lo es menos que siguen conservando las suyas aborígenes los panos, guaraaís, cumana-gotos, etc., etc. Un pueblo numeroso no salva nunca la distancia

(1) Amor Ruibal: *Los Problemas Fundamentales de la Filología Comparada*, vol. II, pág. 847.

que media entre su idioma, *si es aglutinante o monosilábico*, y el francés, castellano, latín, o cualquiera de los flexivos.

El fenómeno filológico que entonces se verifica, es el siguiente, confirmado por la experiencia. Cuando la presión e influjo de la raza portadora del nuevo idioma son realmente poderosos y decisivos para impulsar a todo un pueblo hacia la conquista de una herencia espiritual, por decirlo así, la de ese nuevo idioma, que ha de adquirir a costa de aquella que constituía la más preciada reliquia de sus padres, el idioma nativo, entonces podemos asegurar *que ese pueblo se queda en el camino*, sin llegar nunca a la posesión completa de dicha herencia.

¿Cómo ocurre esto? De la siguiente manera. Cambia aquél su léxico por el extraño, somete los nuevos términos a su peculiar pronunciación y acentuación, los enlaza y ordena conforme a las normas sintáxicas del antiguo y así *disfrasa con nuevo ropaje a éste que tan sólo aparece otro para quienes no le conocen*. He aquí los hechos que demuestran lo que acabamos de afirmar. En época ya remota fué invadida la Isla de Java por los indues, los cuales llevaron allí su cultura y su lengua, el sánscrito; los javaneses no fueron refractarios a la acción civilizadora de aquellos que reflejó en el *Brata-yuda*, en el *Ramayana* y en otras joyas de la literatura de Java; mas al llegar al sánscrito resultaron impotentes para asimilarlo en su pureza; lo despojaron de sus inflexiones, aceptaron su terminología y crearon el *Kawi* o *idioma sagrado*, *que no es otra cosa que un dialecto malayo con palabras sánscritas*. Este caso, lejos de poderse considerar como una excepción, es, por el contrario, de carácter general. Se ha repetido en las colonias inglesas con el idioma de la Metrópoli; ha sido observado por el filólogo y misionero P. Fabre en las posesiones francesas de Oriente, donde se habla un francés *ingerito en malayo* y conocido con el nombre de *francés criollo*, es decir, un fonemo exactamente igual al del Kawi; y, por último, nosotros lo hemos presenciado en Filipinas respecto al español, tanto en Manila, como en otras poblaciones del Archipiélago. El Dr. Pardo de Tavera lo confirma con respecto al *caviteño* o castellano de Cavite, del cual dice, con razón, lo mismo que decimos nosotros del que se hablaba en la capital citada, *que era un tagalo con palabras castellanas*.

Había en Filipinas indígenas conocedores del castellano con relativa perfección, como había españoles que dominaban también

aquéllos dialectos malayos, pero en ambos casos eran una excepción. La masa del país, aunque recibía en las escuelas la enseñanza del castellano y gustaba de aprenderlo y se complacía en oírlo hablar bien, porque su oído literario era muy perfecto, no podía salvar la *distancia filológica* que separaba a éste del suyo y repetía el citado fenómeno de los javaneses con el sánscríto.

Aunque en personas instruídas se notaba con frecuencia que no percibían el *valor significativo e interjectivo* de ciertos términos castellanos, como nosotros no llegábamos a *aquilatar* el de otros, tagalos o pampangos; de aquí el empleo *inoportuno* de los mismos, tanto en un caso como en otro, a pesar, tal vez, de la malsonancia respectiva.

Sin salir de nuestra patria podríamos corroborar todavía la doctrina expuesta con ejemplos tomados de lo que ocurre con el castellano en las provincias vascongadas.

Resulta de aquí, que la teoría por nosotros expuesta acerca de la relación íntima que liga a las razas y sus lenguas, tiene un fundamento sólido que, después de lo dicho, no cabe poner en duda. Sobre ella cabe formular una argumentación segura para deducir el origen americano de la raza de los carolinos, o *por lo menos de la existencia de elementos americanos*, en esas islas.

En efecto: creemos haber demostrado arriba el *carácter netamente mejicano* del idioma de Jap y hasta la filiación filológica de éste, por sus propiedades idénticas a las del grupo del othomí. *En las condiciones, ya citadas, de aislamiento en que ese pueblo ha vivido, y supuesto asimismo el hecho de que las tribus diseminadas por las islas inmediatas hablan dialectos malayos, la existencia de una lengua americana en el pueblo carolino sólo puede explicarse por el origen, también americano, y más concretamente mejicano, de ese pueblo.*

Si, como dice muy bien Chavee, una raza no puede crear dos lenguas, la de los carolinos actuales es el idioma nativo y el de sus antepasados; es la herencia que éstos legaron y el sello de parentesco que ha perseverado a través de los siglos y que denuncia claramente el *origen y procedencia mejicana* de los mismos. He aquí la conclusión a que nos ha conducido el estudio comparativo de las lenguas carolina y mejicana. Es el criterio proclamado en su *Historia Natural del Hombre*, por el gran Pichard, es el mismo de que se sirvieron el Dr. Barton y Mr. Gallatin para averiguar por vez primera las relaciones de origen, después con-

firmadas, de las tribus norteamericanas de los Iroqueses y Che-rocoas.

Bastaría esa sola prueba para llevar al ánimo la convicción del origen primitivo de los micronesios carolinos; mas todavía restan otras de positivo valor, que vamos a exponer con brevedad aquí.

Pruebas deducidas de algunos caracteres físicos.

Dijimos al describir los caracteres físicos de los pueblos de la Oceania, respectivamente, que no sólo diferían entre sí malayos, micronesios y polinesios, sino también que esas diferencias separaban unos de otros a individuos de un mismo grupo como el micronesio, por ejemplo. Cuántos exploradores han viajado por esas regiones son testigos de este hecho que M. Senfft hace notar recientemente y de un modo concreto, señalando en las Carolinas Occidentales la existencia de tres grupos distintos entre si por sus costumbres, lenguaje y aspecto exterior, a saber: grupo de Jap, grupo de Palaos y grupo de las islas de Este. A pesar de estas diferencias hay dos hechos que haremos resaltar aquí por constituir un argumento de no escaso valor en pro de nuestra tesis: 1.º, la existencia indiscutible de tipos de *color cobrizo o americano*; 2.º, la de individuos de *aspecto mongólico*. De la primera son testigos Lutke y M. Gaimard, quienes la observaron en Hogolen e islas inmediatas. Lo es asimismo D. Anacleto Cabeza, quien afirma habervisto en Carolinas numerosos representantes del *tipo cobrizo* al lado de otros de *aspecto o color bronceado*.

D. José Montes de Oca nos habla también de los indígenas de Jap, que presentaban el color del *mulato americano*.

Por su parte el capitán Marshall, atestigua la existencia del *tipo de color cobrizo*, en la isla de Herderville.

Con respecto a la *facies mongólica* de muchos carolinos que tanto llamó la atención de Mr. Lessón, aunque a primera vista parece oponerse a nuestra tesis, sin embargo, de hecho viene a corroborarla.

En primer lugar, es opinión admitida hoy por acreditados etnógrafos, que los aborígenes americanos proceden de Asia, al menos en su mayoría. En 1914 publicaron los diarios de los Estados Unidos un documento notable, suscrito por la famosa exploradora Sra. Herriet Chalmers Adams, Miembro de la Sociedad Geográfica Americana y de la Real Geográfica de Londres.

Dicho documento se halla fundado en el estudio *teórico y práctico* de las civilizaciones antiguas del Nuevo Mundo, que recorrió aquélla desde el Canadá hasta la Tierra de Fuego, internándose en los diversos Estados de ambas Américas, sin excluir los centrales, y además en el viaje subsiguiente, verificado a lo largo de las costas orientales de Asia desde Siberia hasta Sumatra. Se proponía la Sra. Herriet *dilucidar el origen de los primitivos pobladores del continente americano*, y en las conclusiones consignadas en su trabajo establece como cosa cierta *que los primeros pobladores de América llegaron de Asia por la vía marítima*. Esta proposición aparece ya confirmada en un antiguo libro chino cuya traducción se publicó en Munich el año 1861. Titúlase. *Viaje de un sacerdote de Buda al Taan y Fu-sang*. Fu-sang es un país situado al Este de China, distante de ésta 20.000 *li*, (8.000 kilómetros), que corresponde con bastante aproximación a California. La travesía del Pacífico es tanto mas verosímil, cuanto que consta, de un modo cierto, que muchas veces han arribado a las costas de California numerosos botes y hasta embarcaciones mayores impulsados por los vientos, habiéndose registrado uno de esos casos en 1912.

Por otra parte, durante la exploración de la California meridional, verificada en 1875 por el Teniente Wheeler, en Mono Conuby, en un valle de rocas basálticas de Arizona, descubrió una inscripción en caracteres chinos de las más remota antigüedad, y posteriormente aparecieron otras semejantes, en parajes no lejanos de la región citada.

Estos hechos y otros que podríamos aducir, explicarían de un modo satisfactorio el aspecto mongólico de muchas tribus americanas, especialmente de Méjico, y en ellos ha fundado Bancroft su teoría sobre el origen asiático de aquéllas.

De aquí se deduce también que el tipo mongólico observado en Carolinas por Lessón, pudo perfectamente proceder de Méjico o de California, como proceden, sin duda alguna, los de color cobrizo y bronceado, y, por consiguiente, que lejos de constituir ese detalle una dificultad para nuestra teoría, viene, por el contrario, a confirmarla.

La opinión del origen americano de los micronesios ha tenido un defensor entusiasta en el etnógrafo del «Astrolabio», Mr. Blanchard, quien la extendió asimismo a los indígenas de toda la Polinesia. Aunque la semejanza o mejor identidad de aspecto físico

entre polinesios y americanos, fué, sin duda alguna, el argumento decisivo que le inclinó hacia el parecer citado; es un hecho que también encontró sólido apoyo en la igualdad de usos, religión y costumbres entre las razas menadas, como vamos a ver ahora».

«Después de haber visitado nosotros los patagones y los pescadores y también los araucanos, los primeros indígenas por nosotros vistos fueron los polinesios. Encontramos alguna semejanza entre éstos y los precedentes, pero como estábamos poco versados en observaciones antropológicas, no les referimos inmediatamente a los pueblos de América meridional... En Taíti desechamos ya toda duda; teníamos ante la vista los mismos tipos que habíamos contemplado ya en Concepción, en el cacique Peneleo y sus gentes. Era exactamente la misma fisonomía, la misma corpulencia, la misma estatura elevada. Llegamos, pues, a la certeza. Los habitantes de América meridional y los polinesios eran, por consiguiente, dos ramas de una misma raza...

Visitamos, añade, poco después, las principales islas de la Polinesia, y observamos las analogías más sorprendentes. Y esto no es en modo alguno una hipótesis, resultado de un sistema; no me apoyo más que en un hecho positivo: la semejanza fisonómica de estos pueblos... Si comparamos las descripciones de los polinesios y de los americanos, hechas en libros numerosos por los viajeros, cualquiera se convencerá de su identidad como lo estamos nosotros. El Almirante D'Urville observó en uno de los patagones gran semejanza con los habitantes de Nueva Zelanda. Más tarde, pinta así al cacique Peneleo. Su fisonomía carecía de expresión y ofreció en todo el tipo de figura que había observado yo muchas veces en Taíti y Nueva Zelanda. Me recordó enseguida a Tai-Wanga, nuestro compañero de viaje, desde Sydney a la Bahía de las Islas, en 1824.

La semejanza fisonómica es, a juicio nuestros la mejor prueba de la identidad de americanos y polinesios. Mas si preciso nos fuese citar analogías de costumbres podríamos presentarlas a granel. Aun dentro del género de vida que sebarara a los habitantes en un vasto continente de los que moran en pequeñas islas, unos y otros tienen el mismo grado de civilización. La jerarquía social y sacerdotal es, poco más o menos, la misma, y sus religiones son igualmente obscuras; tienen unos y otros idéntico cuidado de las tumbas e idéntico respeto a las mismas. Entre los mandans, raza norteamericana que habita la región occidental del Misisipí, expo-

nen los cadáveres sobre pilares lo mismo que en las islas Marquesas y en Nueva Zelanda, y llevan viandas a las sepulturas; más aún, y esto es bien característico: se cortan una o más falanges del dedo meñique en señal de duelo, costumbre extendida en toda la Polinesia, y encontrada igualmente en los guaraníes del Paraguay y en los indígenas de California. Lo mismo entre los Asimibuanes que en otras tribus hay una plaza extensa para reuniones en cada una de las poblaciones, y eso mismo se observa en muchas islas de la Polinesia. En las costas de la Isla de Paseua han sido talladas rocas enormes que representan figuras gigantescas; en otros puntos de la Oceanía, entre otros en la isla de Ualan, véanse murallas formadas de bloques inmensos cuya existencia es un problema para los navegantes. ¿No se encuentran los vestigios de construcciones ciclópeas que cubren el suelo de las dos Américas? Lo mismo que los americanos, son los polinesios aficionados a los adornos; se pintan de colores vivos, se tatúan, se depilan cuidadosamente, se rasuran parte de la cabeza; perforan y distienden el lóbulo de la oreja, suspendiendo del mismo pesados ornamentos.

En Ualan los indígenas cubren con una concha el labio inferior, costumbre que se ha observado también en la costa N-O de América. Los vestidos de los jefes de Taíti denominados *típuta*, son el *poncho americano*. En fin, estos dos pueblos son guerreros, antropófagos; se sirven de las mismas armas; lanzas, corta-cabezas, flechas etc. La cabellera del enemigo es el trofeo de la victoria.

He aquí las costumbres y usos comunes a polinesios y americanos, según Blanchard.

Hemos visto arriba que la mayoría de dichas prácticas existen también entre los carolinos, quienes además de usar el poncho como en Taíti, y de cubrir el labio inferior con una concha, según ya observó el citado Blanchard, conservan asimismo la costumbre de usar grandes pendientes como los indios del Amazonas, la de no permitir trabajo alguno fatigoso a las mujeres durante la época de la gestación, cual observan algunas tribus de Méjico y otras por el estilo que juzgamos superfluo mencionar aquí.

La existencia de todo este conjunto de usos y costumbres en un pueblo apegado a sus tradiciones, pero sin monumento alguno escrito, y aislado e incomunicado, por decirlo así, en medio del Pacífico, sólo puede obedecer a la influencia de sus antepasados, quienes las llevaron, sin duda, consigo al abandonar su primitiva

patria, e la cual vienen a ser como *un recuerdo y un testimonio* bien elocuente.

Monumentos. Hemos consignado arriba las palabras de Blanchard relativas al hallazgo en Ualan e isla de Pascua de monumentos ciclópeos semejantes a los de Méjico y otras regiones americanas; pues bien, todavía en 1875, el gobernador de Marianas y Carolinas, D. Felipe de la Corte y Ruano Calderón, teniente coronel del ejército Español, da testimonio de haber observado las mismas construcciones en otras islas de aquellos archipiélagos (1). «En la pequeña isla de Sile, se encuentran *diferentes construcciones que parecen en completo desacuerdo con el estado de civilización actual de aquellos habitantes.*»

Una parte considerable del cerro más alto de la pequeña isla está rodeada de un muro de mampostería de diversa altura. No lejos de donde vive el actual jefe de la isla, hay muchos lugares cercados de *200 pies de largo, por 100 de ancho* y con muros de *20 pies de altura y de 12 de grueso* en algunos parajes. Los muros están contruidos en mucha parte de piedras de coral, pero se encuentran también grandes masas de basalto tan perfectamente labradas, que no se halla en ellas la menor marca de los cortes del pico. Muchas de estas grandes piedras están colocadas a mucha altura sobre el suelo. Al describir la isla de Ascensión o Ponapé, ocúpase el mismo autor de otros monumentos iguales al anterior, vistos también por él durante la época de su gobierno.

Es por consiguiente, un hecho la existencia de construcciones ciclópeas de idéntico estilo a otras de América, en las Islas Carolinas, lo cual no deja de constituir una prueba más en pró de nuestra tesis.

Conclusión. La cuestión del origen y procedencia de los pueblos micronesios y polinesios ha sido siempre una de las más debatidas en el campo de la Etnogenia. La opinión corriente entre los etnógrafos les consideraba como venidos de las regiones asiáticas por sucesivos éxodos. Nosotros hemos concretado nuestras investigaciones a los habitantes de Carolinas, sosteniendo que *parte por lo menos de ellos, han llegado a esas islas desde América central y tomando como base todos los elementos de*

(1) «Memoria descriptiva de las Islas Marianas y otras que las rodean en relación con ellas, etc., por D. Felipe de la Corte Ruano, teniente coronel de Ingenieros del Ejército español.»—Madrid 1875.

juicio que atrás quedan expuestos. Confesamos que al hacerlo así, nos separamos del común sentir de autoridades muy respetables; mas si las razas se caracterizan según el principio fundamental de la Ciencia Antropológica, por sus cualidades físicas, por sus costumbres y por sus lenguas, hemos de convenir que los pueblos de que acabamos de ocuparnos, lejos de proceder del Continente Asiático, tienen, por el contrario, indudable origen americano y más concretamente mejicano. Tal es la conclusión a que hemos llegado en el presente estudio, que hoy sometemos a la consideración de los etnógrafos.

OBRAS CONSULTADAS

- Adam (L).—*Les idiomes négro-aryen et maléo-aryen. Essai d'hybridologie linguistique.*—Paris.—1883.
- Adriani (Dr).—*Sangireesche Sprachkunst.*—Leyden.—1893.
- Amor Ruibal (Dr. A.).—*Los problemas de la Filología Comparada.*—3 volúmenes.
- Antón y Ferrándiz (D. Manuel).—*Antropología o Historia Natural del hombre.*—Vol. I.—Madrid.
- Arago (Santiago).—*Viaje alrededor del Mundo, por... enriquecido con notas científicas, por Francisco Arago del Instituto y precedido de una introducción por Mr. Jules Jamin.*—Madrid.—1851.
- Bergaño (Fr. Diego), agustino.—*Arte de la lengua pampanga.*—Manila.—1916.
- Buceta (Fr. Manuel) y Bravo (Fr. Felipe), agustinos.—*Diccionario Geográfico Estadístico e Histórico de las Islas Filipinas.*—Madrid.—1851.
- Butron y de la Serna (D. Emilio, Capitán de Fragata).—*Memoria sobre las Islas Carolinas y Palaos, presentada al Excmo. señor Comandante General del Apostadero de Filipinas.*—Boletín de la Sociedad Geográfica. vol. I, págs. 23, 95 y 198. Con un mapa.
- Cabeza (Anacleto, Médico militar).—*La isla de Ponapé.* Conferencia dada en la reunión ordinaria de la Sociedad Geográfica de Madrid, el 24 de Noviembre de 1871. Publicada en el Boletín de la Sociedad Geográfica.—1893.—I, pág. 7 a 68. Con un mapa.
- D'Almonte (Enrique).—*Formación y evolución de las subrazas Indonesia y Malaya, por... Madrid.*—1917.—1 volumen.
- DE LA CORTE Y RUANO CALDERÓN (D. Felipe S.).—Teniente Coronel del Cuerpo de Ingenieros del Ejército y Gobernador de las Islas Marianas, etc.—*Memoria Descriptiva e Histórica de las Islas Marianas y otras que las rodean en relación con ellas, etcétera, etc.*—Madrid.—1875.
- Dictionarium maláico-latinum et latino-malaicum aliis quamplurimis quæ quarta pagina edocebit, opera et studio, Davidis Haex Romæ.*—1631.
- Fabo (Fray Pedro Agustino, recoleto).—*Idiomas y Etnografía de la región oriental de Colombia, por... Barcelona.*—1911.

- Favre, (L'Abbe P.).—*Grammaire de la langue malaise*.—Vienne.—Paris, 1876.—1 vol.
- Favre (L'Abbe P.).—*Grammaire javanaise*.—Vienne-Paris.—1866.
- Lenon (Dr. A.).—*Les polynésiens. Leurs Origine. Leurs émigrations, leur Langage*.—Paris, 1880.—3 volúmenes.
- Madrolle.—*Les peuples et les langues de la Chine Meridional, etcétera*.—Paris, 1898.
- Martínez de Zúñiga (Fr. Joaquín, agustino).—*Estadismo de las Islas Filipinas o Mis viajes por este país*.—2. vol. con notas del Sr. Retana.—Madrid, 1893.
- Montes de Oca (D. José).—*La isla de Jap. Conferencia leída en la Sociedad Geográfica de Madrid en la sesión ordinaria del 4 de Abril de 1893*.—Boletín de la Sociedad Geográfica.—Vol. I, 1893, págs. 251-279.
- Navarro (Fr. Manuel, Misionero apostólico de la Prefectura Central de San Francisco de Ucayali).—*A. Gramaticas Quechua y Pana y Vocabularios de las mismas*.—1 vol.—Lima, 1903.
- P. S. Ramh.—*Die Sprache von Südost Bougainville Deutsche Salomon inslen*.—*Anthropos*.—Abril, 1912, pág. 105.
- Pimentel (Francisco).—*Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, por...*
- Pichard (J. C.).—*Histoire naturelle de l'homme comprenant les recherches sur l'influence des agens physiques et maraux considérés comme causes des variétés qui distinguent entre elles les différentes races humaines par...* Traduit de l'anglais par le Dr. F. Roulm.—Paris, 1843, 3 vol.
- Primer ensayo de Gramática de la lengua de Jap (Carolinás Occidentales), con un pequeño diccionario y varias frases en forma de diálogo, por un Padre Capuchino misionero en aquellas islas. Manila, 1888, 1. vol.
- Restivo (Paulo, S. J.).—*Linguae guarani grammatica, etc.*, Stuttgart, 1892.
- R. P. Flor Van Hoves.—*Esquisse de la langue des Wankutzu*.—*Anthropos*.—Marzo-Abril, 1911.
- Rev. W. G. Ivens.—*Grammaar of the Language of Saa Malata Salomon Island*.—*Anthropos*, vol. VI.—Sept. 1911, Marzo-Abril, pág. 755 y siguientes y Diciembre, pág. 926.
- Washington (Matthevos).—*Etnographi of the Hidatsa Indian*, by Washington 1877.
- W. Meers Strong.—*Note on the Language of Kabadt (British New Guinea)*.—*Anthropos*, 1912, Abril, pág. 429.
- Voyage de l'Astrolabe au Pole Sud*.—*Zoologia*, vols. I et II.—Paris, 1833.
- Voyage de l'Uranie*, par le Comm. Freycinet.—Vol. I.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
I	
Preliminares y razón de este trabajo.....	3 y 4
II	
Situación, extensión y población de las Islas Carolinas.....	5
Tentativas de evangelización en el siglo XVIII.....	6 y 7
Principales exploraciones de las Carolinas, durante la primera mitad del siglo XIX.....	8
Relaciones de España con dichas islas y conflictos que allí tuvo desde mediados del mismo siglo, hasta la cesión de aquéllas a Alemania.....	9 y 10
III	
Clasificaciones etnográficas, de la raza carolina y caracteres físicos de los carolinos orientales.....	11 y 12
Religión, usos y costumbres.....	13 y 14
IV	
Caracteres físicos de los carolinos occidentales.....	14, 15 y 16
Religión.....	17 y 18
Indumentaria.....	19
Tatuaje.....	20 y 21
Adornos.....	22
Habitaciones.....	23
Armas, Otras costumbres.....	24
Ojeada retrospectiva.....	25
V	
La lengua malaya. Origen. Caracteres generales.....	26 y 27
Clasificación de la misma. Estructura.....	27 y 28
Mecanismo de la formación de las palabras.....	28
Sistema de numeración malaya, pronombres.....	29
Adjetivos, verbos y adverbios.....	30 y 31
Sintaxis malaya.....	32

El javanés. Diferencias entre éste y el malayo.....	34
El kawui. Los idiomas de Filipinas.....	34
El malayo y los idiomas de Filipinas.....	36
La lengua de Formosa.....	38
El carolino de Yap.....	40
Alfabeto carolino, nombres, pronombres.....	40 y 41
Verbos.....	43
Adverbios, numerales, partículas.....	44
Léxico.....	45
Lenguas de los negritos australianos.....	46
Lenguas aborígenes de América del Sur.....	47
El quechúa. Su importancia en la época de los incas, su alfabeto.....	47
Declinaciones, numerales.....	48
Verbos.....	49
Léxico.....	50
El pano, alfabeto.....	50
Declinaciones, conjugaciones.....	51
Sistema de numeración, sufijos, verbales, léxico.....	53
El guaraní, alfabeto y declinación.....	53
Conjugación.....	54
Idem mediante pronombres.....	55
Numerales, sufijos, infijos y prefijos, léxico.....	56
El Cumanogoto. Alfabeto y declinaciones.....	57
Conjugaciones.....	58
Partículas y léxico.....	61
Lengua Saliva. Alfabeto.....	61
Declinaciones y conjugaciones.....	62
Sistema de numeración.....	64
Léxico.....	65
Ojeada retrospectiva sobre los idiomas de América del Sur....	65
Lenguas mejicanas.....	70
El azteca, nahuatl, o mejicano. Su alfabeto.....	70
Declinaciones, pronombres y conjugaciones.....	71
Sistema de numeración.....	73
Léxico.....	74
El opata y demás idiomas de esta familia.....	74
Localidades en que se habla cada uno de ellos.....	74 y 75
Alfabetos y declinaciones.....	75
Cuadros de los pronombres.....	76
Conjugaciones.....	77
Cuadro de los numerales.....	79
Léxicos.....	80
El comanche, el paduca o jetan, el tejano, el mutsun, el tarasco, el mixteco y el zapoteco. Localidades.....	80
Alfabetos y declinaciones.....	81
Cuadro de los pronombres, conjugaciones.....	83

	<u>Páginas.</u>
Numerales.....	85
Léxicos.....	86
El mixe, el matlacínca o pirinda, el yucateco o maya, el mame, el huasteco, el totonaco, el othomi y el apache. Localidades donde se hablan. Alfabetos.....	77
Pronombres, cuadro de éstos.....	88
Conjugaciones.....	89
Conjugación huasteca.....	92
Conjugación othomi.....	93
Numerales.....	94
Léxicos.....	96
Resumen de la doctrina relativa a las lenguas mejicanas.....	97
Carácter morfológico de estas lenguas. Cómo deben ser clasi- ficadas.....	99
Las lenguas de Méjico y las lenguas suramericanas.....	100
Las lenguas americanas y las lenguas malayo-polinesias.....	101
El carolino y las lenguas americanas.....	104

VI

Origen americano de los carolinos.....	112
Importancia del argumento filológico en la investigación del origen de las razas. Doctrina del P. Morice.....	113
Hervás y Panduro como iniciador de esta doctrina.....	113
Discusión de las opiniones sobre este asunto.....	114 y 116
Valor efectivo del argumento filológico, Bases del mismo.....	117 y 121
Pruebas deducidas de algunos caracteres físicos.....	121 y 124
Monumentos. Conclusión.....	125

Al terminar este trabajo, nos creemos en el deber de consignar aquí el testimonio de nuestra gratitud más profunda, al Sr. D. Antonio Graña, librero y editor, que ha puesto a nuestra disposición la obra de Pimentel, sobre las lenguas mejicanas; al ilustre naturalista y particular amigo nuestro D. Angel Cabrera Latorre, a quien somos deudores del «Viaje de Arago» arriba citado, y por último al M. R. P. Lector Jubilado, Vicario Provincial de la Orden Agustiniense en el Brasil, Fr. Francisco Girón, quien ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar de la «Gramática Guaraní», escrita por Teodoro Sampayo.

